13648

ENCUADERNACIÓN
Vda. de
ENRIQUE
MARTINEZ
Lain-Calvo 12
BURGOS

XII
110

COSAS DE NIÑOS

M. SIUROT

COSAS DE NIÑOS

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 124834
C.B.
19828

MADRID
Talleres VOLUNTAD, Serrano, 48

Derechos de propiedad
reservados

Al principiar este libro, pensé dedicarlo del modo siguiente:

Por la gloria de mi padre.

Después, he juntado al sentimiento natural, el de la admiración a mis tres grandes modelos, y he añadido:

A la memoria de Dom Bosco y a la salud de D. Andrés Manjón y del Arcipreste de Huelva.

I

VAMOS A CUENTAS

LECTOR:

Las cosas que me han enseñado los niños pobres, viviendo más de veinte años con ellos la vida escolar, te las mostré por vez primera en mi libro *Cada maestrito*... Ahora quiero seguir diciéndote mis impresiones.

Debo hacerte constar que los niños han sido el maestro y yo el discípulo. Recibe, pues, este trabajo, no de mi pobre persona, sino de los abandonados de la fortuna a quienes casi todo el mundo vuelve las espaldas.

Encontrarás aquí rasgos de inocentes y de pecadores, bosquejos de almas infantiles e instantáneas de corazones tiernos... ¡Se ha dicho tan poco de los niños en mi patria, que deseo poner aunque no sea más que una sílaba en el modesto haber de nuestras ob-

servaciones nacionales en la materia, para lo cual te contaré lo que yo veo todos los días y siento todos los momentos... ¿Me perdonarás, verdad?

Si hay en ti un poco de atención y benevolencia, o mejor dicho, un juicio por el que yo pueda colegir que tu alma y la mía se relacionan por el vaso comunicante de la fe, y eres, por ello, hermano mío en la Comunión del Pan de la vida; si eres así, en la blanca y honesta mesa de tu hospitalidad dejo mi libro.

Si eres, lector, en otro supuesto, hombre frío, y la perezosa indiferencia te roba los colores de las cosas, los claros obscuros de las ideas, el sufre y goza de la vida, la acritud de lo agrio, la dulzura de lo dulce, la claridad del día y la ceguera de la noche; si tu escudo de armas tiene tres cuarteles, y en uno se puede ver una hamaca de seda, en otro una montaña de nieve y en el último un cero colocado a la izquierda de una negación, y ceñidos los tres por la leyenda "*Me importa todo un bledo*"; si eres, lector, así, deja caer alguna que otra vez, sobre la pasta de mi libro, un plumero que le

quite el polvo; y si un día padeces, aunque no sea más que un instante, alguna sacudida de tu mundo moral y te decides a leer una sola página de aquél, habrá sido para mí una satisfacción sin medida y un triunfo digno de que la trompa épica regale mis oídos.

Por último, si eres, lector, *hombre de calor de alma,* pero enfadado contra todo lo que te rodea; si vives mal y no aciertas a encontrar en la obscuridad de tu noche la estrella de la luz; si en tu jardín no crecen mas que flores de protesta y no puedes aspirar el perfume de una sola florecilla de paz que alegre tu disgusto; si en tu chimenea hay fuego, pero no el de la leña seca y olorosa, productora de llamas azules, blancas y amarillas, que alumbran y perfuman los lares, sino leña que arde protestando y humea hasta ennegrecer el hogar, chisporrotea con la rabia de sus endiablados nervios, salivea por el extremo que no arde el humor obscuro de su irritado sacrificio, llegando, por último, a ser ceniza, sin ser antes luz; si eres, lector, así, ven conmigo, que, aunque tú vives en la duda y yo vivo

en la fe, no te cegarán los rayos de sus resplandores, porque para tu débil vista enferma, incapaz de resistir la luz fuerte, tengo yo cristales de color que suavizan la visión... Mira, te voy a poner las gafas del optimismo, para que veas que no es malo todo el mundo, ni muchísimo menos; que esa eterna protesta de tu hiel es un disparate; que la revolución para todo, en todo y por todo es una locura como otra cualquiera, y que no es hombre, ni sabe la vida, ni conoce el divino espíritu de la moral, ni de la belleza, el que no es capaz de fabricarse un panal de placer en el centro mismo de la colmena de sus dolores.

¿No podrán los niños, con sus cosas buenas y con sus cosas malas, enseñarte eso...?

¿Te va pasando el turbión...? ¡Vamos, hombre! Espero que los chiquillos, burla burlando, te hagan pensar sintiendo y te hagan reír y meditar, cambiando tu caretón del Renacimiento por una cara con sonrisa dulce y humana...

II

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

El mundo de los niños tiene la misma constitución que el mundo de los hombres, es a saber: la frialdad de sus polos (los niños tienen en el alma frialdades que aterran), las dulzuras de la zona templada (los niños tienen medios tonos de exquisita dulcedumbre) y el hirviente calor del Ecuador (los niños se abrasan en sus propios deseos).

En los hombres, el frío será, por ejemplo, el de uno que arrebata a otro la honra, valiéndose de la calumnia, sin que por eso se levante siquiera una ola en el mar muerto de su alma. La templanza será la de aquel que ha encontrado que la moderación en el uso de los placeres de la vida es la más rica fuente de placeres, y el calor se representará por una pasión amorosa muy viva o

por un odio muy profundo, porque es una equivocación creer que el odio es frío: el odio quema.

Mientras que el mundo de los hombres puede determinarse así, en los niños podréis ver cosas parecidas, pero de otra consistencia y modo; los mismos asuntos con las mismas pasiones; distintas tonalidades, pero un mismo cuadro; las mismas líneas, pero el dibujo más inconcreto.

Un chico de diez años, sentado a la puerta de la escuela y calentándose al sol de la mañana, muerde con ritmo un tanto acelerado su gran pedazo de pan con manteca. Masca y habla. Habla con otro, que le mira con ojos de ansia, y que sigue el columpiar de cada mordisco, como si en aquella curva que empieza en el tarugo de pan y acaba en la vertical de la masticación, fueran el alma y la vida del mirón ansioso. Uno, come que come; otro, mira que mira. Al que come, se le acaba más pronto el hambre que el pan, porque después de hacer sobre éste tres o cuatro *viajes a flor de tierra,* para quitar de en medio la manteca, se guarda los restos del banquete en un bol-

sillo descosido en los dos extremos, como si tuviera boqueras. El chico hambriento hace un último esfuerzo de penetración pacífica con los ojos en la prisión del mendrugo y, convencido de que no *cae* nada, se queda filosóficamente con su hambre.

Un tercer niño, que en silencio ha presenciado la escena, dice:

—*¡Pobrecito, tiene hambre!... ¿Por qué no le has dado un poco? ¡No tiene padre ni madre!...*

El chico del mendrugo es un caso perfecto de círculo polar; el golfito del hambre es de una dulcísima y admirable templanza; por último, la intervención del tercero trae la hermosa calentura del ecuador moral.

¡Ah, sí!, lo mismo que los hombres, pero de otro modo, de otra manera.

Quiero, pues, decir algo de esas maneras, por si puede aprovechar su estudio a nuestras Escuelas del Corazón de Jesús de Huelva, y a todos aquellos que quieran seguir nuestras experiencias mansamente, dulcemente, no con espíritu crítico envenenado de sectarismo, sino con espíritu crítico ungido de buena fe.

Manifestaré con aquel propósito mis experiencias sobre el niño durante su edad escolar, que es la única que nos interesa en este libro, y lo haré de tal manera, que el lector estudie un poco en cada una de las manifestaciones de la actividad espiritual de los muchachos.

III

¿QUÉ ES UN NIÑO?

A esta pregunta contestan por ahí de muy distintas maneras. Véanse algunas: El niño, dice uno, es un arbolito que se está criando. Otro dice que es un bloque de hombre. Yo digo que, si es un bloque, será invertido, porque el bloque, cuando se trabaja en él, decrece, y este bloque, a medida que el tiempo lo va trabajando, aumenta. Otro afirma que es un animal pequeñito que, cuando crezca, será mayor, y nada más.

Estas ideas descubren las aficiones de sus autores. El primero anda en negocios de arboricultura o jardinería; el segundo, el del bloque, debe sentirse escultor, y el último, el del *animal pequeñito,* si se inclina de un lado, Gedeón; si de otro, Pero Grullo con ribetes de spenceriano echado a perder.

Yo, desde que hace ya algún tiempo, he

dado en la *manía* de no explicarme ni la vida, ni la muerte, ni la justicia, ni la finalidad de la creación, ni nada, sin ahondar un poquito en la concepción religiosa de la *caída original* del hombre, propendo a definir, aunque soy un pésimo definidor, diciendo que un niño es un ángel que tiene tronchadas las alas y envenenada la naturaleza. Así, pues, el padre, el maestro y educador no deben ser mas que médicos que traten de quitar de aquella naturaleza, en cuanto sea posible, el virus que tiene perturbada la vida.

Y que un niño es un ángel caído se ve claro ante la consideración sencilla que brota de las observaciones más elementales acerca del mismo. Un niño de seis, de siete, de nueve años, a quien la corrompida sociedad no ha enseñado todavía sus horrores, en quien el vicio no ha hincado sus dientes, y cuyo rostro no ha azotado ninguno de los fieros temporales de la atribulada existencia, digo que debía trascender, en todo y por todo, a pureza, a bondad y a angelicales encantos, y saben mis lectores muy bien que no es así.

Oíd unas cuantas denuncias:

Don Manuel: Fernandito está matando moscas con una pluma.

Don Manuel: Carlitos Ruiz se entretiene en pinchar alfileres a los niños.

Don Manuel: Los niños están apedreando a un gato enfermo.

Don Manuel: En la puerta del Colegio hay un niño escandalizando porque no quiere venir a clase.

¿Cómo, que no quiere venir a clase...?

Sí, señor; es el primer día que lo traen y ha mordido a su madre cuando por fuerza quiso ella entrarlo en el patio...

¡Dios mío...! ¿Quién ha enseñado a estos niños de seis años a ser crueles, a ser soberbios, a ser malos?

Lo traen en la *masa de la sangre,* dice el vulgo, y hay que darle al vulgo la razón... Esa sangre, que tal vez mañana sorprenda al pasar por la cabeza el pensamiento del corrompido, del déspota, del egoísta, del ingrato, del duro de alma, manchándose ella al contacto de tanta ignominia y maldad.

Todo lo demás que hay en la Creación no tiene nada malo en la *masa de la sangre;* los

demás seres son perfectos en sus círculos naturales; únicamente el hombre no tiene una sola perfección en todas las direcciones de su actividad.

Yo digo a los materialistas: Si la Naturaleza ha creado al hombre tal como es, me río de vuestra diosa, que no ha hecho más que tonterías en esta obra.

Y a los cristianos digo: ¿Verdad, hermanos, que Dios no sería digno de la consideración nuestra, ni del culto que se le debe, si hubiera salido de su mano esta miseria moral que se llama raza humana tal como se ha conocido siempre?

Luego si yo no concibo a Dios creando imperfecciones, tengo que suponer que el hombre salió perfecto de su divina creación, y que todo mal, todo crimen y toda injusticia tienen su origen en una desviación que la Humanidad ha hecho, saliéndose fuera de los caminos perfectos de Dios.

Pues bien; todo *eso* malo que nace con el niño hay que templarlo, disminuirlo y hacerlo casi desaparecer con la educación, que, como hemos dicho en otro libro, cuando no es cristiana, no es nada.

Excuso decir que me he referido a las cualidades morales, porque de las intelectuales y físicas puede afirmarse aquello de que es *un arbolito que se está criando; un bloque,* etc., etc., si bien advirtiendo que las etcéteras no llegan mas que hasta donde empieza la opinión del *Gedeón naturalista.*

De todo lo dicho se deduce claramente que habrá en los niños cosas de ángeles, y cosas de demonios, y que debemos procurar defender la integridad de las primeras y hacer todo lo posible por destruir las segundas.

IV

COSAS DE ÁNGELES

Van a comulgar los niños, la mañanita de la Inmaculada. La víspera es el último día de preparación, y les hablo de los prodigios eucarísticos presenciados por mí en Lourdes.

Los niños están encantados. Uno de ellos se viene sobre mí con la siguiente pregunta:

¿Por qué pasan esas cosas en Lourdes y en otras partes no?

Pasan en todas partes; lo que ocurre es que, como en Lourdes se pide más, pues se concede más. Allí se pide al Señor con fe viva y ardiente; allí se reclama la protección de Dios como el Evangelio quiere que se pida...

Y así seguí explicando, hasta demostrarles la necesidad en que estaban todos

ellos de pedirle a la Santísima Virgen y al Dios vivo de la Hostia, en día tan señalado, lo que a cada uno le hiciera más falta.

¿Tenéis, les preguntaba al final, *la completa seguridad de que mañana se os concederá lo que pidiéreis con fe y dignamente?*

Todos contestaron que sí con un convencimiento lleno de fuerza y de calor.

Veamos lo que vas tú a pedir...

¿Yo? Pues que mi padre puea pagá una trampa...

¿Y tú?... Que mi hermano venga del servicio, pronto.

¿A ver, Juanito?... Que me haga bueno el Señor...

¿Tú? Unos zapato...

De este modo pasó un mundo de necesidades por la palabra en súplica de mis alumnos.

¡Pobrecitos! ¡Están criados en el nido del dolor, de la pobreza y de la humildad...!

¡Qué convencidos estaban ellos de que vendrían cumplidas todas aquellas cosas!

Pero de pronto, sale uno haciendo *pucheros,* como se hacen a los ocho años, y dice temblándole la voz:

¡Que mi madre, que se está muriendo, se ponga buena!

Silencio profundo... más silencio... Anda en el ambiente *zumbando,* sin que se oiga el zumbido, la divina abeja de las inspiraciones buenas...

Un chiquillo travieso, juguetón, nervioso, me mira como si quisiera hablar...

Yo le digo con dulzura: *Habla, hombre.*

Y el muchacho, con la cara muy colorada, me dice:

Po mire usted, don Manuel: yo, por mi parte, que siga mi hermano en er servicio, porque a ése (señalando al doliente) *le hase más falta que a mí; así que mañana, si Dios quiere, pio solamente por la madre de ése.*

La ovación fué ruidosa, imponente. Yo cerré los ojos para oírla mejor. No eran las palmas de las manos de mis niños las que se juntaban para aplaudir, no: eran las alas de los ángeles que hacían ruidos de gloria.

A la mañana siguiente, delante del Señor, no se pidió más que ésto: *¡que se ponga buena!,* y fué la más recogida y ferviente co-

munión que han hecho mis alumnos... ¡Ah!, y desde luego, la madre del niño se puso buena... ¿No se había de poner buena, si se reunieron la necesidad, la fe y la inocencia y se lo pidieron a la Virgen?

¡Ah, sí: es evidente... Cosas de ángeles!

Estas súplicas colectivas, hechas en interés de uno solo, son un admirable ejercicio para cultivar el sentimiento de la generosidad, sin el cual la sociedad de los hombres pudiera confundirse con la de los lobos.

He avisado este dato para que los padres y maestros cristianos saquen de él las consecuencias que tengan por conveniente.

* * *

En mi clase, como he referido en otra parte, tienen los alumnos verdadera chifladura por los sellos de correos de las distintas naciones.

Hay en Huelva un jovencito que, cuando ocurrieron estas cosas tendría unos doce años, sobrino mío, por más señas, que padece fiebre violenta por la referida afición de

los sellos, de los que tenía una muy buena colección.

Un día le digo: *Ya podrías darme tus sellos repetidos para las colecciones de los niños de mi colegio y harías una buena obra, porque no sólo les darías el gusto que ellos han de experimentar con eso, sino que contribuirías a su instrución, pues con la filatelia aprenden geografía de un modo admirable.*

El niño, cuyos padres tienen buena posición, hizo un gesto, por el que yo deduje que mi demanda había caído donde aquella simiente de la parábola, que, porque cayó donde cayó, se la llevaron los pájaros.

A los dos o tres días viene a verme y me dice: *¡Tome usted, tío Manolo, tome usted mi colección entera para los niños de los obreros!*

De ninguna manera; mil gracias; no lo consiento... le dije yo... *Los repetidos... bien, pero los de tu colección, no.*

No obstante, el chiquillo me afirmó que *sí* de un modo tan soberanamente decisivo, que tuve que aceptar su resolución, acompañada de estas palabras:

¡Tome usted, sí señor; pero que yo no vuelva a ver, sobre todo, los sellos viejos de España, porque se me va la vista, tío Manolo...!

¡Cosas de ángeles...!

He referido muchas veces este precioso caso vivo de sacrificio y obtenido por causa de él, en una ocasión que referiré en el capítulo *Cosas de demonios,* abundante cosecha de educación.

* * *

Había en mi grado un niño de ojos azules, cabellos rubios, alma limpia y frente ancha y serena. Era tranquilo y reflexivo y estaba enamorado de veras del Sagrado Corazón de Jesús.

Había yo oído decir que quería ser sacerdote... Yo pensé: Voy a ver si lo hago maestro de escuela para formar con él un continuador de nuestros procedimientos. Hubiera sido un maestro ideal...

Un día se habló en clase de las vocaciones y aptitudes. Pinté con negros colores el porvenir del sacerdote, la calle de la Amargura

que es para él la vida, los desprecios que el mundo impío hacía de él, y la guerra sin cuartel que le esperaba en su ministerio. El sacerdote sólo tenía paz con Jesús...

Rodando largamente la conversación, vine a hablar de otras profesiones, ponderando sus ventajas, y sobre todo hice una calurosa exposición de los grandes beneficios que el porvenir muy cercano tiene reservado a los buenos maestros. Tres o cuatro aficionados al magisterio, brotaron de aquella conferencia.

¡Qué! ¿serías tú maestro? Pregunté al niño rubio. Este, al escuchar mi pregunta, bajó los ojos al suelo y encendido como una amapola iba a contestar... Yo para animarle, añadí: *nosotros te costearemos la carrera de maestro...*

¡Sacerdote... don Manuel...!

Pues hijo, pide permiso en tu casa y vete a ver al Sr. Vicario...

Unos días después, el niño vino a despedirse de la clase y traía las manitas llenas de ampollas, señales de los primeros mordiscos del trabajo material.

¿Qué es esto? ¿Tú así...? ¿Qué pasa...?

El niño fijó en mí sus ojos claros, resignados, y me contó que en su casa no querían que estudiara.

¿Por qué...? ¿Son enemigos de la Iglesia...?

El niño hizo un gesto mudo de afirmación elocuentísima.

Pero... y ¿maestro? ¿Por qué no?

¡Tampoco quieren...!

Pero ¿y tu madre, qué dice...?

Mi madre ¡la pobre!... mi madre, no es la que no quiere. ¡Si mi padre viviera...! Un pariente nuestro que vive con nosotros quiere que yo sea carpintero... El pobrecito niño me mostraba las palmas de sus manos heridas por la herramienta de no se qué carpintería donde lo habían puesto a ganar un real ...

Bueno, dije yo, pues eso que hacen contigo es un atropello y ahora mismo voy yo a dar los pasos necesarios para que la autoridad intervenga y estudies ... Esas personas que se oponen a tus estudios, no tienen en absoluto derecho a destrozar tu porvenir. ¡Pues no faltaba más...!

Don Manuel, no haga usted eso, porque

mi madre con el escándalo sufriría mucho, y yo, antes de darle un disgusto a mi madre... pues... ¡Carpintero para toda la vida...! Y se echó a llorar de la tristísima manera que lo hacen algunos niños cuando saborean antes de tiempo el fruto amargo de la tribulación...

¡Quería ser carpintero toda su vida antes que disgustar en nada a su madre...!

¡Cosas de ángeles, no cabe duda, cosas de ángeles...!

* * *

¿Cómo tendrá el alma un niño que se está confesando y lo hace casi en voz alta, y hay un momento en que nos enteramos sin querer y dice: *Me acuso, padre, de que esta mañana por poco digo una picardía?*

* * *

¿Cómo tendrá su corazón aquel otro niño que se relame de gusto viendo que se reparten una vez pasteles en el Colegio y cuando le llega a él el suyo, los mira como sólo los

niños saben mirar los dulces, y luego, resignado y contento, lo guarda en el bolsillo porque lo quiere partir con su madre, en casa?

¡Cosas de ángeles, Cosas de ángeles!

* * *

¿Quién no conocía en Huelva a Juanito Cavignac?

Era un ángel de cinco años. Su padre, me oyó contar algunos de esos benditos casos de desprendimiento de los niños pobres, e impresionado, lo refirió en familia.

Era esto la víspera del día de San Juan Bautista, día esperado con ansía por Juanito, porque pensaba celebrar su santo, convidando a bombones a su hermanita. Tenía ya reunidos para esos efectos treinta y cinco céntimos, ganados a fuerza de vales de buena conducta que su institutriz le daba y que luego cambiaba nuestro amiguito por monedas de a cinco céntimos que por cada vale le abonaba su padre. Era, pues, dinero suyo, ganado por él, si no con el sudor de su frente, al menos con el trabajo de su alma pura, porque todas esas perras venían

a ser banderas tomadas al enemigo en las batallas inacabables del cumplimento del deber.

Pues bien; cuando Juanito, conmovido, oyó contar a su padre las cosas de los niños pobres y buenos del Colegio del Sagrado Corazón, miró a su hermanita, con un gesto que quería decir: *despídete de mis bombones,* y con una lagrimilla pegada a la violeta de sus ojos dijo: *papá, los treinta y cinco céntimos para los niños del Colegio de don Manuel; para ellos, sí, se los regalo.*

Al día siguiente recibo en el Colegio una carta del señor Cavignac contándome lo ocurrido y acompañando un billete de Banco y los admirables treinta y cinco céntimos del pequeño Juan.

Yo, que soy un llorón impenitente, lloré besando aquellas perras del sacrificio...

¿Qué hacer con aquellos treinta y cinco céntimos, Dios mío? ¡No se me ocurría nada... nada...!

Reuní a todo el Colegio en el patio; están allí desde los pequeños de nuestra maestra de párvulos hasta los *hombrecitos* del grado superior. Hay más de cuatrocientos oyentes.

Les cuento el caso. Yo conozco muy bien un perfil del rostro que sale sólo a luz cuando nos domina la emoción por algo que nos cuentan. Lo tienen todos.

Tomo en una mano el billete de banco y en otra las monedas de cobre y pregunto:

¿Qué dinero vale más de los dos...?

Los chicos gritando: *¡Las perrillas, las perillas...!* Alboroto general seguido de nuevo profundísimo silencio.

Vamos a ver: ¿qué hacemos con estas monedas? ¿Compramos caramelos?

¡No señor, no señor!

¿Compramos castañas?

¡No señor! Este *no señor* traía cierto airecillo de protesta.

¿Qué hacemos entonces?

Un chiquillo del grado tercero: *Se debe jasé una limosnita con esas perras...*

Otro del cuarto: *No estoy conforme porque al otro día ya no se va a acordá nadie de la limosna...*

Bueno, pues que hagan todos una breve plegaria para que el Sagrado Corazón nos alumbre, dije yo.

Hecha la plegaria, un jovencito de mi

grado, Peñita, el buenísimo Peñita, muerto unos meses después, dice:

¿Puedo hablar, don Manuel?

Sí, hijo mío.

¿No ha dicho usted que esas monedas son un sacrificio...?

Cierto...

¿Cristo en la Cruz no es el maestro de los sacrificio, como dice el pae Vicario?

Ciertísimo...

Pues entonces es muy sencillo lo que hay que jasé... Mire usted, se coge una bolsita de terciopelo y se guardan los treinta y cinco céntimos y se cuelga la bolsa a los pies del Crucificao que está en la clase superió. To el que llegue y vea la bolsa a los pies de Cristo, dirá: ¿qué es eso? y usted o nosotro o cualquiera, dirá: pues eso es esto y lo otro, y lo contará to y no se olvidará nunca el sacrificio del niño rico ...

¡Admirable!, dije yo, pero pensé al mismo tiempo, que aquéllo era increíble...

Los muchachos aplaudieron a rabiar la idea y hasta hubo quien ofreció comprometer a sus hermanas para hacer la bolsa.

Yo pensé; *ahora es la mía.*

Vamos a ver, vamos a ver, les dije: se ha concluído para siempre en el Colegio la antipatía hacia los niños ricos. Ya no hay aquí niños ricos ni pobres; eso de rico o pobre no es nada. Aquí después de esto que ha pasado ya no hay derecho a pensar más que en niños buenos y malos. Un niño rico malo es lo que debemos rechazar, no por rico, sino por malo. Como un niño pobre malo es igualmente indigno. Los buenos son los únicos que serán objeto de nuestro cariño, y los malos de nuestra repulsión, sean ricos o pobres...

¡Vivan los niños buenos!, dice un mocosillo de ocho años.

¡Aunque sean ricacho!, dice uno que debe haber oído por ahí horrores de los ricos.

Eso, digo yo, *aunque sean ricachos.*

¿Y a que no saben ustedes lo que debemos hacer con los malos?

Multitud de voces: *¡Sí, sí, yo lo sé, yo lo sé, que... que...*

Nada, no lo saben: Con los malos, hijos míos, muchísima caridad.

¿Quién es capaz de decirme ahora después de leer estas páginas que la acción de Juanito Cavignac y el pensamiento de Peñita no son cosas de ángeles...?

¡Cosas de ángeles!

V

COSAS DE DEMONIOS

He aquí, mi buen lector, que iba yo a pedirte que me perdonaras por haber hecho el capítulo anterior sólo con narraciones, cuando viene este otro que, si Dios no lo remedia, va a tomar el mismísimo camino. Hay en ello una ventaja y un inconveniente: la ventaja es que no me oirás a mí, sino a los hechos, para que tú formes el juicio que te dé la gana; el inconveniente es que puedes echarme en cara mi vagancia; aunque bien mirado este inconveniente no es para tí, sino para mí, y en este caso, ya puedes tranquilizarte con el célebre *ahí me las den todas.*

Decía yo, que en el capítulo anterior hemos visto unas cuantas cosas que los niños tienen de Dios y las tienen propias, mejor dicho, heredadas; y que ahora, podíamos

decir algo que también tienen de propiedad indiscutible, y cuyo título les ha venido por la negra vinculación de la *caída original.*

La pureza y la bondad están en los niños como el oro y los metales en los yacimientos, esto es, mezclados con substancias extrañas, que hacen necesario el tratamiento y *educación* del mineral. Hay, pues, que tratar el mineral del espíritu del niño, arrancándole las mezclas impuras del veneno de la fatal herencia.

Porque no admite duda de ningún género, que una especie de instinto de perversión, solicita al pensamiento y la voluntad de los niños con requerimientos, indiscutiblemente innatos a la realización de lo malo.

* * *

Hay una pared recién enlucida y no hay niño chico, ni grande que en su presencia no sienta en los dedos el fuerte cosquilleo precursor del arañazo que ha de romper la homogeneidad del plano.

* * *

Pasan por la calle dos obreros que llevan un grande espejo, de luna amplia y centelleante. Dos chiquillos de menos de seis años juegan distraídos. Uno de ellos alza la vista y, al contemplar el hermoso cristal, no se le ocurre más que esto:

¡Ojú y qué pedrá tiene...!

Lo cual no quiere decir que el espejo tenga una pedrada, sino que el niñito se la daría de muy buena gana...

* * *

Ahora, son dos señoritines de siete a ocho años cuando más.

¿Tú no sabes lo que ha dicho Ricardo?

Yo no.

Pues te mentó la madre, y dijo que te iba a pegá cuando te cogiera en la calle...

Vete de aquí ¡lioso!...

¡Lioso...! ¡Lioso, y se metió también conmigo...!

¡Pero si yo estuve ayé jugando con él en el recreo y me dió una estampa y un caramelo...!

Pues si yo fuera tú le daba dos trompazo,

porque dijo la mar de picardías de tí y de tu hermano y también mentó a tu padre...

Ricardo no ha dicho nada malo del niño de referencia: es sencillamente que el niño tercero, aborrece la paz entre los buenos... ¿Quién le ha enseñado esa maldad del doctorado de la perversión...? ¡Cosas de demonios!

* * *

Yo he visto a un niño llorando a lágrima viva manifestando que otro le había pegado... Como en la escuela del Sagrado Corazón, eso constituye una gravísima falta, busqué inmediatamente al niño *pegón*, y, ¡asombráos, el niño *pegón* no había venido aquel día a clase...!

El *virus* de la *enfermedad primitiva* había reclamado con fuerte deseo en el alma del llorón el castigo de un inocente (porque no podía ser más inocente el acusado), y por eso el denunciante tramó la comedia.

* * *

Juanillo, Juanillo, ¿viene?

¿A dónde?

(Hablando bajo). *A jacé la rabona...*

Yo no. Yo voy a la escuela.

Anda ya, chiquillo, no seas tonto, verá: vamo y cogemo caracoles y ¡hay más granás en los vallao! ¡Más ricas, chiquillo...!

¡Que nó, no voy; que en la escuela se está muy bien; no voy!

Luego jugamos al sartao y con este trompo y uno de mi hermano Maoliyo, cchamos unas quiniuna... Yo he dío muchas veces... Se está mu bien... No pasa ná...

¿No recuerdan ustedes la famosa conversación de Eva y la serpiente?

* * *

Era tanta la afición que los chicos llegaron a tomar a la filatelia en mi clase, que por la posesión de un sello de correo se realizaban imposibles...

Pero un día observo que, si la *fiebre filatélica* ayuda poderosamente a la *instrucción* de mis alumnos, en cambio, por el camino que las cosas llevaban, el *coleccionismo* esta-

ba causando grandes trastornos en la *educación* de la clase.

Era natural; la semilla de una pasión *heredada* vivía en el alma de mis alumnos y yo, sin darme cuenta, la estaba cultivando, tanto, que, cuando me apercibí, no había nadie en clase que no estuviera tocado de la *codicia*.

Pensé un momento, concluir con los sellos y su afición, pero me daba pena desprenderme del más poderoso auxiliar que he conocido para enseñar geografía, como hemos explicado en el libro *Cada maestrito*...

Imaginé dejar lo bueno de la afición y concluir con lo malo. A este efecto ensayé el siguiente procedimiento: Les dije: Os he dado muchos miles de sellos; con esos y con los que habéis buscado por ahí, no hay ya ninguno de vosotros que no tenga su colección más buena o más mala. Cuando llegue el día, os marcharéis de aquí llevándoos, como es natural, vuestros sellos. El Colegio no tendrá ni uno ¿Por qué no formamos al par que las vuestras, una colección para el Colegio que se reuna con vues-

tros sellos repetidos, y que sea para todas las generaciones de alumnos algo así como la colección matriz?

La idea gustó mucho, pero nadie se atrevió ni a pensar siquiera en desprenderse de un ejemplar.

Creso, Sylok y todos los grandes avaros de la vida y de la literatura, pasaron por mis ojos como una procesión imaginaria. Fué aquel un desfile de urracas al que no dejaron de concurrir ninguno de los actuales *coleccionistas de billetes de mil pesetas,* que cada hijo de vecino padece en su pueblo y hasta en su calle, para engordar al cochino de la egolatría, y para vergüenza de la humanidad.

Molesto, indignado, fuí pidiendo a cada uno de los niños de mi grado dos sellos. Es claro qe no podían negármelos, pero ¡había que ver las caras...!

Al dia siguiente, otros dos. Ya no eran tan absolutamente patibularios los semblantes. Al otro día, otros dos, y así durante una semana. La práctica del desprendimiento forzoso fué poco a poco dando lugar al desprendimiento voluntario y las caras ya

no eran de demonios, eran de... niños; pero no, no era bastante, había que hacer más...

Me hacen entonces el regalo generoso de la colección de sellos a que me he referido en el capítulo anterior, y al presentar el obsequio a los alumnos, y explicarles quién y cómo lo hacía, y las circunstancias interesantes que en la donación habían concurrido, se produjo en la clase un movimiento de extraordinaria atención. Les dije:

Vamos a ver quién me da ahora algunos sellos para la colección del Colegio. Aún no había concluído de pronunciar estas palabras cuando comenzaron a caer encima de mi mesa, no un sello, ni dos, sino las colecciones enteras. Estaban todas o casi todas. Cuando me repuse de mi sorpresa, miré las caritas de mis discípulos, y puedo afirmar que no eran caras de niños... eran caras de ángeles.

Las colecciones siguen y la codicia ha muerto... ¡Bendito sea Dios!

La terapéutica moral para estas y otras enfermedades, que aquí no se dicen porque sería el cuento de nunca acabar, está supeditada a la naturaleza especial de cada ca-

so; pero pueden citarse como indicaciones generales estas dos medicinas: religión y trabajo.

El maestro que no dispone de la Religión, para la cura de sus discípulos, puede hacerse cargo de que tiene su botiquín vacío. Dios es el pan con que se comen todos los manjares de los niños. Dios es también medicina con que se curan todos los males.

La Santa Misa, la Confesión y la participación en el Pan Eucarístico son la gota de agua que hiere poco a poco la piedra de nuestra iniquidad, cuando no son el rayo que derrite en un solo momento todas nuestras impurezas y maldades.

Unid a esta indicación general el tratamiento de cada enfermo en sus particulares dolencias, y podéis tener la seguridad de que, si se labora de buena fe, venceréis.

Otra medicina general es el trabajo. En todo caso, por mala que parezca la acción del niño, distraed la atención del mismo haciéndole trabajar con la inteligencia, si fuera posible, o físicamente, que es un modo que está siempre a nuestra disposición.

A la Humanidad se le puso la sangre ma-

la y Dios le ha mandado el depurativo del trabajo. Cosa excelente debe ser la medicina, cuando está ordenada en la fórmula del Médico inmortal de las almas.

No hace mucho tiempo que hacía yo notar a un viejecito, que con sus setenta años todavía echa su cuarto a espadas en los trabajos del campo, la humildad de un grupo de trabajadores, y la equilibrada resignación con que llevaban la rudeza de su vida campesina y la privación de todas las comodidades que suele haber en los pueblos, y el viejo, con una sonrisa patriarcal y honrada, me dijo:

Eso no tiene na de particular. Mire usté, don Manué: ayá abajo (me señaló a la ciudad) *gasta la gente mucha soberbia; de mó y manera que cuantito ve usté arguno que no es así, la paece a usté este mundo y el otro. Pues güeno: yo le digo a usté lo que decía mi padre. Mi padre decía que a la soberbia le pasa lo mismo que ar sudó, que trabajando mucho se echa pa fuera.*

VI

LA CALLE Y LOS PADRES

Las malas cualidades de los niños, que hemos considerado en el capítulo anterior, crecen y se desarrollan de un modo alarmante por las conversaciones y costumbres que los alumnos oyen y adquieren en la vía pública y en el hogar, y muy especialmente por el olvido y abandono en que los Gobiernos tienen a los niños pobres. Diremos algo de esto.

Casi todo lo bueno que el niño aprende de su maestro, lo olvida en la calle; diré más: un mes de trabajo cuidadoso del maestro se echa a perder en muchas ocasiones en cinco minutos de calle.

En nuestras ciudades, cada calle es una gusanera de chiquillos, y en la ciudad donde escribo estas páginas tenemos la gala de llevarnos el premio del callejeo infantil.

¿No pudieran los agentes de la autoridad, en bien de la cultura y moralidad públicas, declarar a las calles en *estado de guerra* para los niños, impidiendo que se reunieran más de dos en la vía pública y que se pararan a jugar en la misma, sobre todo cuando no estén debidamente acompañados de sus padres, directores, maestros, etc...?

Porque los muchachos en la calle oyen las blasfemias del carretero y las groserías del vago de oficio, que comenta por las esquinas lo divino y lo humano, sin que escape a sus labios honra sin mancha, ni reputación sin jirones.

En la calle pelean los perros y pelean los hombres, y el niño vive una atmósfera de matonismo que es una enfermedad de nuestro pueblo.

Por las calles van los borrachos que ensucian el suelo con las escorias de su borrachera y el ambiente con sus palabras.

En la calle reciben los niños pobres, de los municipales y guardias, la guantada y la puntera, que les hacen formar una triste idea de la autoridad.

En las calles escuchan a esas arpías de

mujeres, cuando arman pendencia y hay *diccionario escogido*, zamarreo de moños, mordiscos felinos, desgarradura de voces y atolondramientos de oídos; y, finalmente, podemos decir que en la calle no hay trato indigno que no se manifieste, miseria que no se pasee, infamia que no se diga, entuerto que no se realice, ni vil aprendizaje que no entre a los pequeños por las puertas de los sentidos, potencias y facultades.

Declarada sucia la procedencia de la calle, urge a los curadores de la comunidad tomar las medidas conducentes para la *desinfección* de la vía pública; y si esto no se pudiera conseguir, por lo menos, apartar a los niños de la misma, porque es en medio de ella donde se cría toda la fauna de la granujería y donde degeneran hasta las mejores disposiciones naturales, malogrando el porvenir de la patria en la persona de sus futuros ciudadanos.

* * *

¡Los padres...! Que no se escandalice nadie si señalándoles con el dedo, digo: "He ahí el enemigo."

Eso parece mentira, eso parece un absurdo; pero, por si acaso no ha quedado claramente dicho, lo voy a repetir: "He ahí el enemigo."

La escuela antiguamente hacía menos falta que ahora. Antiguamente la familia tenía un vigor de encina y una consistencia de granito. Dentro de ella, en el seno de ella, se resolvían todos los problemas, se enderezaban todos los tuertos, se calentaban todos los estímulos, se vigorizaban las virtudes y se combatían los vicios. El padre era el patriarca que premiaba, juzgaba, dirigía y educaba. El niño iba a la escuela a instruirse, no necesitaba la escuela para educarse. La madre derramaba sobre el vigor masculino del molde paterno la suave esencia de la misericordia, y era ella la musa de la benignidad que conseguía el equilibrio de las facultades puestas en educación.

Pero se desarrollan las tendencias individualistas, y le nacen a la familia las siguientes enfermedades, producto del llamado siglo de las luces: *El divorcio,* que al suprimir las raíces eternas del matrimonio, produce la inconsistencia de la familia; *el*

Casino, que mata a la casa, y *el lujo* en todas las clases sociales, que, encareciendo la vida, exige mayor trabajo de los padres, tanto trabajo, que no les queda tiempo para ocuparse directamente de sus hijos. No pudiendo ocuparse de sus hijos, la cosa es bien clara: el niño al instructor, el niño a la escuela, el niño a la calle.

Sí, es indiscutible: si se afloja la familia hay que apretar los lazos de la escuela.

La escuela de hoy no es mas que un sustituto del hogar. Un mal, en cierto sentido, pero necesario; un mal menor. La educación de la escuela es, con relación a la del hogar, como si se comparase la leche aromática y sedosa del tibio seno de la madre con la que fluye de la dureza cristalina y fría del biberón.

Bueno; pues eso es lo que yo quería decir: que casi todos los niños de hoy se educan con biberón.

¿Tienen los padres la culpa de la mala educación de sus hijos?

Casi siempre.

Unas veces consiste la culpa en no buscar buena leche para el biberón; esto es,

que lleven sus hijos a maestros malos y escuelas peores.

En otras ocasiones se destruye en casa todo lo que se crea en la escuela. El padre no reza, porque no sabe o le da vergüenza, o no le da la gana, que es caso muy frecuente, para desgracia de la sociedad de hoy. El padre no está nunca con sus hijos.

¿Pasear? ¡Qué ha de pasear con ellos...! ¿Qué tiempo iba a emplear entonces en su tertulia del Casino o de la taberna?... *No, para pasear están las niñeras o los criados,* dicen los ricos. *Que se pasean solos si quieren,* dicen los pobres.

Para la escuela, el maestro, que puede ser un sin vocación, y para el resto del día, los criados y las niñeras... ¿En qué tiempo se les da calor a estos arbolitos?

¡Ah, madres, madres: os están ganando la batalla el Casino, el biberón y las niñeras...!

Yo he oído esto a un padre: *Estoy disgustadísimo con mi chico: se ha examinado en el colegio, y en Aritmética y Geografía ha salido aprobado; en Religión y conducta moral, sobresaliente. Es decir, que en lo que*

sirve para todo, nada, y en lo que no sirve para nada, todo. Hubo unos cuantos oyentes que rieron la gracia. Yo pensé: este hombre tiene mucho empeño en que su hijo sea ilustrado, pero le preocupa poco que sea un granuja.

Entro en casa de un señor amigo mío, que tiene hijos de doce y catorce años y niñas inocentes. Dejo caer la vista sobre su despacho y veo allí un montón de libros inmorales... *¡Pero si ésto es sicalipsis pura...! ¿No le da a usted miedo de tener esto al alcance de los niños...?* Toda la respuesta fué una mirada de indiferencia... y una sonrisa burlona.

Del hogar de los pobres, con raras excepciones, da miedo: borrachera y paliza; paro forzoso y falta de pan; paro voluntario y humor de perro.

¿Religión...? Cero. ¿Prácticas morales? ¡Vaya usted a ver...! ¿Cuidados con los niños? ¡Cuidado con los niños...! Ved un caso. En las Escuelas del Sagrado Corazón, en el barrio de San Francisco, se instruyen y educan todos los años, hace ya más de veinte, quinientos niños por término medio. A me-

dia docena no han llegado los padres que han venido a preguntar, siquiera una vez, por el estado de sus hijos...

... ...

Madre: dice el maestro que me tengo que lavá los pié.

¡Lavarte los pié!... ¡Valiente pamplina!...

Padre, que me llame usté temprano, que dice el maestro que mañana, que es domingo, tenemos que di a misa los niños...

¡A misa!... ¡A misa!... ¡Habrá pamplinoso!... ¿Van a jacé a los niño, obispo? ...

... ...

Y así en todo lo demás. Me sobra la razón cuando digo que el principal enemigo de los niños suelen ser los padres.

VII

LA LIBERTAD DE LOS NIÑOS

He aquí, lector, que ahora describe el tren de nuestro libro una curva bastante pronunciada y entra en un paisaje distinto.

Es el concepto que los discípulos tienen de la libertad, de la propiedad, de la belleza, de la escuela, del maestro, de los juegos y de las vacaciones, lo que va a ser objeto de algunas páginas.

Debe siempre entenderse que todo lo que diga sobre estas y las demás materias de que me ocuparé, ha de considerarse como complemento de las ideas expuestas en *Cada maestrito*... De ese modo, entre el libro presente y el antes citado podremos reunir un mediano conjunto de la materia.

Aquí veremos todas estas ideas más bien desde el punto de vista del niño que del maestro; procedimiento bien distinto de

Cada maestrito..., en donde hemos casi siempre procurado mirarlas desde la posición del maestro.

* * *

¿Cuál será la libertad que entienden los niños?

¿Cuál es la que entienden los hombres?

¡Viva la libertá! ¡Viva la libertá!

¡Calle usted, hombre, no grite usted tanto!...

No he de gritá, señó, si está uno loco con esto de la libertá que ha venío...

¿Pero usted qué entiende por libertad?

No sé cómo decírselo a usté... Verá usté, verá usté... La libertá es, pues... eso...: no pagarle a nadie; comé, bebé, fumá y no pagá...

... ...

Vamos a ver si sabe lo que es la libertad aquel señor con cara de luna, gordo y reposado, pero descolorido. Es dueño de un establecimiento de ultramarinos...

Pues la libertad es que yo venda los garbanzos al precio que me dé la gana, y que la gente los pague sin chistar.

¡Demonio de hombre!...

... ...

¿Y usted, joven, qué entiende por libertad?...

La libertad es la santa emancipación del yugo de todas las tiranías y despotismos que la fatigada Humanidad ha soportado sobre sus llagadas espaldas...

¡Bueno, bueno; no diga usted más, no diga usted más!...

... ...

Lente de oro, frac impecable, maneras de hombre que está del *lado allá*, académico de no sé cuántas cosas y distinguido senador del reino:

...La libertad es la realización de la vida dentro de los círculos invulnerables del orden...

... ...

Un ministro de la Gobernación: *Que cada uno haga lo que quiera, con tal de que en las calles y las plazas no se oiga ni una mosca....*

... ...

¿Pero no será posible que alguien nos diga en qué consiste la verdadera libertad?

Si les parece a ustedes, vamos a preguntarle a aquel señor que vive en la ermita de la sierra, el cual ha repartido sus bienes a los pobres, y se pasa la vida, sacerdote de la Naturaleza, en las crestas de las montañas y en el bosque bravío, y adorador de Dios, en el Kempis y en el Evangelio, que son también dos libros bravíos.

La libertad consiste en que yo pueda más que mis pasiones. Me esclavizan la lujuria, la codicia, los honores, la soberbia, etc. Cuando yo ponga el pie victorioso sobre mi lujuria, mi codicia, mis honores y mi soberbia, seré más libre que el aire y que la luz. ¡Echadme entonces a todos los tiranos...!

¡También es bravío el concepto de la libertad...

... ...

Hemos hecho todas estas averiguaciones para ver si podíamos clasificar en algún grupo, la libertad que los niños sienten y comprenden. En ninguno de estos casos está... ¡Ah! ¡Si pudiera enseñar a los discípulos de una manera eficaz y práctica, la libertad del señor que vive en la ermita de la sierra...! ¡Pero no puede ser! Es natural, las

pasiones del niño son, con respecto a las del hombre, lo que el mosto es con respecto al vino; y la libertad, consiste en quitarle su enfermedad no al mosto, sino al vino. No hay todavía sujeto.

La libertad que ellos comprenden es la libertad física. Así, si un niño quiere andar y no le dejan, siente herida su libertad de moverse. Si tiene los brazos sueltos y le mandáis que los cruce se siente atacado en su libertad. Si habla y le mandáis callar, la libertad física del muchacho padece una lesión..

Es en vano que sacrifiquéis en presencia suya a todas las libertades públicas y privadas. No tendrá delante de esas libertades muertas ni un solo gesto de desagrado. Pero en cambio, ¡qué tremenda perturbación se les causa si atacando su libertad animal, os interponéis entre un movimiento suyo y su objetivo!

El niño, para crecer y desarrollarse, necesita de toda esa serie de sus saltos, juegos, movimientos, inestabilidad completa y dinamismo agudo. Si oponéis a esa dinámica exigida por la naturaleza, una quietud im-

puesta por vuestra voluntad, las facultades todas del niño se conmueven, se resienten.

Es más fácil enseñar una lección a una colección de estatuas que a una clase que yo he visto donde todos los niños estaban sentados, con las cabezas erguidas, los ojos en dirección al maestro, los pies de todos idénticamente en fila, los brazos cruzados y en un completo silencio.

Y el maestro me mostraba orgulloso aquella clase...

¿Qué aprenden...? Pregunté yo.

¡Saben mucho...! Pregúnteles usted...

¡Qué catástrofe!... Ni una palabra de nada; sólo encontré cuatro o cinco *carretillas* metafísicamente insubstanciales, como únicos habitantes de aquellas abandonadas cabezas...!

Había un niño en medio de la clase, castigado de rodillas...

¿Qué ha hecho este pícaro...?

¡Qué sabe usted, señor, ha mirado al techo, al suelo y a la pared mientras yo explicaba la lección...! ¡Este no será nunca nada...!

No sé si fué revolucionario lo que hice; pero, sin que el maestro me viera, al chico

arrodillado que había cometido aquellos crímenes le regalé *sotto voce* lo menos media docena de caramelos.

No amarrad a los niños. Dejadlos sueltos, tan sueltos como sea compatible con un orden racional en clase.

Si ellos pudieran, hablarían así:

—*Dejad que el arbolito de nuestro cuerpo se balancee a impulso de la brisa de nuestros nervios. No os empeñéis en la estúpida parálisis a que nos somete ese maestro del cuento. Arrojad en medio de nuestros libres movimientos las semillas de las ideas, que habéis de ver que no se pudrirá ninguna en el surco.*

—*Cuando veáis a alguno de nosotros que no se mueve, ni se altera por nada, pensad que estáis en presencia, o de un enfermo, o de un fenómeno; y si queréis reducir los dos términos a uno sólo, podéis hacerlo, porque fenómeno y enfermedad vienen a ser la misma cosa.*

Luego, cuando los niños sean hombres, podrán comprender que la libertad pública, combinada con el orden, es un ideal de la civilización.

VIII

LA PROPIEDAD Y LOS NIÑOS

Los niños tienen de la propiedad el mismo concepto que los romanos... y que las generaciones presentes.

¿De quién es este trompo?

¡Mío, mío! (Hay que ver cómo pronuncian ellos este *mío*).

¿Por qué es tuyo?

Porque lo he comprao.

Y pa qué lo quieres?

¿Pa qué lo he de queré? Pa jugá con él, y romperlo si me da la gana.

Sin querer se acuerda uno del *Jus utendi, fruendi et abutendi.*

Los medios que los niños emplean para defender sus propiedades se resuelven casi siempre en un nuevo conflicto: la pelea.

¡Que esa bola es mía!

¡Pues no, que es mía...!

Qué va a ser tuya, tuya?

¡Ya lo creo! Como que yo traía tres bola y una es ésa...

En este instante se procede al nombramiento de un amigable componedor, cada uno con ánimo de no seguir su dictado, si fuere contrario.

¡Felipe, Felipe...! ¿Tú nos has visto jugá a las bolas, a éste y a mí?

Sí.

¿Te has fijao bien?

Sí, me he fijao bien.

¿No es verdad que esta bola es mía?

No, esa bola no es tuya, que es de ése.

¡Mira, tú también! ¡De ése, de ése...! ¡Bueno!

¡Como que es de ése...!

Pues si es de ése o no de ése, mira... a mi bolso... (y se guarda la bola).

(El despojado se echa a llorar en firme, con su poquito de pataleo, manotazos al aire, etc., etc.)

¿Vas a llorar encima, maldita sea...?

El amigable frustrado le dice al que llora: *¡Chiquillo, díceselo a tu padre...!*

¿Y tú qué tienes que vé, vamos a vé?

Me da la gana; ¿te vas enterando?

¿Si, eh? Pues toma... (gañafadas a las narices, mordiscos, patadas, y, por último, surge el balancín cogiéndose cada uno respectivamente de las dos orejas del contrincante).

¡Maldita propiedad!

Tener derecho a una cosa que dicen que me corresponde; ser mía, guardarla, destruírla, hacer con ella lo que quiera, meterla en producción o no, a mi antojo, aunque haya otras personas que tengan absoluta necesidad de la cosa que yo tengo en improductiva vagancia... Eso, es ser la cosa de mi propiedad... según dicen.

Otrosí, que si la cosa me produce tanto, que me sobra diez veces para mis necesidades, y yo quiero coger las nueve sobrantes y enterrarlas, porque esa es mi voluntad; lo hago, y estoy en mi derecho.

¿Han pasado veinte siglos de cristianismo o es que se ha padecido por mí una ilusión, y no estoy aquí con mi tiempo y mi vida, sino que vivo en la antigua Roma y acabo de oír a un jurista en el foro?

Esta propiedad es la que han inventado

los hombres después de la *caída original;* esa es la propiedad egoísta del pecado, la exclusivista, la intolerable, la anatematizada por Cristo en el Evangelio, la aborrecida por todos los hombres de corazón.

Y ahí la tenéis; viene tan directa de la *caída original,* que los niños la llevan amasada con la sangre de sus venas; y cuando saben pronunciar dos palabras, una de ellas es el posesivo *mío,* no como Dios quiere que se pronuncie esa palabra, sino como los romanos querían que se pronunciase.

Hay que trabajar con celo de apóstol y con amores constantes de propagandista incansable para que los niños vayan poco a poco perdiendo esa idea maligna del modo de usar la propiedad. Es preciso restaurar todas las cosas en Cristo, y para ello hay que hacerles cambiar a los hombres el sentido de la ordinaria dirección de sus bienes, haciéndoselo cambiar antes, como es natural, a los niños.

No, no puede un alma cristiana hacerse solidaria de todo un conjunto de iniquidades que produce el concepto pagano y rabiosamente individualista de la propiedad.

Conceptuada así la propiedad, es un robo; pero no como decía el autor francés, sino un robo que se ha hecho a los santos designios del Creador. Un robo a la Ley de Dios, porque Dios no ha mandado que con la propiedad se haga lo que suele hacerse.

El concepto de la propiedad que hay que poner en el alma de los pequeños es el siguiente:

El hombre en absoluto no es dueño de nada. Dios es el sólo amo de su obra.

Las cosas han sido creadas en la tierra, en el mar y en el aire para utilidad del hombre. El hombre es el usufructuario de los bienes que posee. Dios le ordena que administre sus riquezas de tal modo, que éstas produzcan todo lo que puedan producir; porque tener los bienes apartados de la producción es derivarlos de los propósitos divinos, que van ordenados a que sirvan para la satisfación de las necesidades de la Humanidad.

Dios ha ordenado también que mis riquezas, después de satisfacer las necesidades mías y de los míos, deben servir para aca-

llar las de mi prójimo; porque yo, ante Dios, no soy más que un administrador muy cualificado de mis bienes; pues es bien sabido que propietario, en toda la extensión de la palabra, no hay más que uno sólo: El.

Si al aplicar los propietarios sus bienes en los múltiples conceptos a que la vida obliga, obraran ordinariamente con sujeción a esas normas enteramente cristianas, ¿existirían los pavorosos problemas que plantean una lucha a muerte de los que no tienen, a los que tienen?

¿Dónde irían a parar los perniciosos resultados de aquella falsa orientación de la riqueza, si sobre nuestros bienes echáramos un granito de sal del Evangelio?

Así, pues, puedo decir que Dios creó al hombre y le infundió el uso naturalmente cristiano de la propiedad. Sobreviene la caída original y el hombre hace de los bienes el uso que hicieron los griegos, los persas, los romanos, etc. El Evangelio vuelve las cosas a los moldes de Dios; pero en este momento egoísta en que vivimos, los hombres están de nuevo tan diametralmente opuestos a

Dios, que hemos vuelto a presentarnos dueños de nuestros bienes con el mismo criterio que un cliente de César y que un contratista de las obras de Atenas.

Lo dije en Granada en una célebre asamblea, y lo repito aquí: Los católicos, ya que los que no lo son no piensan en ésto, debemos, aun en medio de esta sociedad paganizada, proceder al bautizo de la peseta. Si se medita un poco sobre la *peseta mora*, se viene en conocimiento de que entre el bolsillo de un pagano y sus sextercios, entre el bolsillo de un turco y sus piastras y el bolsillo de un cristiano y sus pesetas, existe, con cortas diferencias, la misma relación moral. Es decir, que nuestro dinero está atacado de paganismo, porque, si bien es cierto que hay multitud de bellísimos ejemplos (siempre entre los *apacentados* del Buen Pastor) en que todas las pesetas se han hecho cristianas hasta el sacrificio, no lo es menos que, si al dinero de la gran masa de la sociedad se le sopla con alguna fuerza, empiezan a salirle a las monedas turbantes y chilabas.

Nada: que hay que bautizar la peseta; que hay que hacerla cristiana.

¿Que cómo se bautiza?

Dos palabras y hemos cerrado este capítulo.

Se bautiza:

1.° No dejando improductiva ni una sola peseta, para lo que hay que declararle la guerra al dinero cruzado de brazos.

2.° Montando negocios e industrias donde trabajen muchos pobres y donde ganen el pan muchas familias, siempre que esto sea posible.

3.° Dando participación en las ganancias a los representantes del trabajo en la creación de la riqueza.

4.° Atendiendo honestamente a nuestras necesidades y dedicando el sobrante de de las ganancias a la redención de las miserias humanas.

5.° Haciendo todo esto en nombre de Dios, único dueño de todos los bienes presentes, futuros y posibles.

En cuanto a los niños, con sus bolas, con sus trompos, con su sellos, con sus *rompis*, con sus *botones*, con sus dulces y con todo lo que él llama *mío*, obrad y dirigidlos de

tal manera que obtengamos el resultado que por la gracia de Dios obtuve yo cuando se empezó a formar la colección filatélica del Colegio, y de que hemos hecho mérito capítulos atrás.

IX

LAS BELLAS ARTES Y LOS NIÑOS

¿Pero también va usted a meter el arte en un libro de niños?...

¡Ya lo creo...! Esa extrañeza proviene de que usted cree que el arte, puesto al alcance de los niños, pega lo mismo que las famosas pistolas del crucifijo... ¿No es ése?

Sí, señor; algo por el estilo...

Pues, permítame que insista y que le diga más: que el arte, en las escuelas, no es un adorno ni recreo, sino un artículo de primera necesidad. Mire usted: el arte viene ser, con respecto a la vida, lo que la píldora es con relación a la quinina. Por causa de la cápsula de la píldora, se toma aquélla sin sentir. Bueno; pues la vida es más amarga que la quinina, y si no la mete usted en la píldora del arte, será muy difícil que pueda sobrellevar su gusto intolerable y malo. Hay

quien sabe llevar sus amarguras a pecho descubierto, sin paliativos ni amigables introductores; pero no todos tenemos talla moral para que se nos adore en los altares.

En metiendo usted mano a la comparación y al símil, estamos perdidos...

¡Pero, hombre, si digo una verdad de a folio...! Un maestro explica: es seco, desabrido, rígido, anguloso; ¡el demonio que le eche cuenta...! Hacen bien los chicos en aburrirse... ¿No se aburriría usted?

Pero el maestro es fino, discreto, flexible, tiene gracia, y dice las cosas de un modo que no hay más remedio que atenderle. Se le oye un rato explicar, y exclama usted: ESTE HOMBRE ES ARTISTA. *¡Ah!, ya lo creo; y es entonces el arte una especie de píldora para tragarse la quinina de la enseñanza sin que se moleste el paladar...*

Bueno; yo me marcho y lo dejo a usted con su arte, con sus píldoras y con sus niños!...

Con alguien más me deja, que no ha dicho usted.

¿Con quién?

Con la razón.

... ...

¿Qué bellas artes entienden los niños?

Exactamente las mismas que el vulgo de los hombres. Es decir, que sólo dejan de entender tres formas de la gran belleza: la poesía lírica, la pintura y la arquitectura. ¡Como el analfabeto que va por la calle, como el mozo que carga aquel carro, como el escritorzuelo que sufre congestión de adjetivos raros, como tanto caballero que arrastra automóviles, o pisotea *estrados,* o echa a perder sillones de casinos, o, a fuerza de *parla* y *parla,* lo hacen administrador del pueblo, de la provincia o del Estado... ¡Como todo el vulgo!

Tomo a cualquiera de estos caballeros y le digo, escuche usted esto:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
si a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

... ...

Y le sigo el verso, y le meto por los oídos la creación admirable de Lope..., y como si fuera chino... ¡Vaya por Dios!

Y esto:

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos..., etc.

Y Bécquer, el inmortal, no hace mella...

...¡Doblemos la hoja!

A los niños les ocurre lo mismo; no entienden la poesía subjetiva y delicada que nos cuenta misterios del alma, cosas sentidas y no formuladas, esencias con que se fabrican los afectos y las ideas; células con que luego se van a formar los pensamientos.

Los niños no entienden esto por lo que dijimos en nuestro primer libro: porque los niños no aprenden bien mas que las ideas suceptibles del gráfico, y la ciencia sublime de lo inconcreto, lo vago y lo indefinido, la ciencia misteriosa de la emoción sin nervios, de las cosas que viven en el alma y a la que los hombres no le han puesto nombre todavía, la dulce y exquisita flor que guarda sus perfumes para los próceres del buen gusto, no se ha hecho para los niños por imposibilidad física, ni para el vulgo por imposibilidad moral.

... ...

¡La pintura, tampoco...! Pero los niños

pintan y tienen una gran afición a pintar, se me dirá. Es verdad.

Veamos lo que pintan los pequeños escolares. Hacen lo que la pintura tiene de oficio, de mecanismo: Trazan líneas, ponen colores, pero... ¿Como...? ¿No se acuerdan ustedes de aquellas pinturas murales de las civilizaciones orientales primitivas? Todas aquellas figuras han sufrido el horrible tormento de la laminación. El cilindro grande de afirmar los paseos le ha pasado por encima. La cara de la figura de perfil, el cuerpo de frente, los pies de perfil también... Hay creaciones graciosísimas sobre las carpetas de la escuela.

Hablad a los niños del genio pictórico y mostradles un ejemplar bello del arte. La luz está magistralmente tratada, el colorido es sobrio, porque el asunto es florentino; o es juguetón, caliente y risueño, porque el pintor es veneciano; la composición está equilibrada, el ambiente justo, las figuras vivas, sin afectismos, porque el cuadro es del gran maestro del Museo del Prado; o se mueve en él una dulzura del Corregio, una genialidad de Rembrandt, una exquisita

imaginación de Tiépolo, o un rasgo revolucionario de Goya... ¡Inútil, inútil! Lo que la pintura tiene de bella, es decir, la santa poesía, alma de la obra pictórica, como ésta puede expresarla, tiene para los ojos de los niños unos velos más espesos que aquel con que cubre sus secretos Isis la egipcia.

. . . . . .

De la arquitectura, como bella arte, muchísimo menos...

Un buen señor, que se ha pasado la vida sumando pesos duros, restando tranquilidades y reposos, multiplicando el crédito y dividiendo al prójimo, le ha dado a última hora por la finura, y el pobre, con muy buen deseo, quiere *enterarse,* a pesar de la dureza de las raíces de su ingenio.

Nos encontramos un día en Sevilla y me dijo:

—*¿Quiere usted que le acompañe a la catedral?*

—*Con muchísimo gusto.*

Hablé hasta por los codos respirando aquel ambiente sin igual de la hermosa creación del arte cristiano.

—*Mire usted*—le decía yo—*esas colum-*

nas y esas ojivas: ¿qué le parecen a usted?

Él decía:

—*¡Valiente...*

Yo le interrumpía:

—*¿Y esas vidrieras, y ese crucero, y ese altar mayor, y ese Murillo?... ¿Qué tal?*

—*¡Valiente...*

Nueva interrupción:

—*Mire y admire aquel Luis de Vargas, y el coro, y la capilla de los Reyes...*

El amigo, mordiéndose el labio inferior, y lleno de admiración:

—*¡Valiente...*

—*¿Valiente, qué?*

—*¡Valiente manzana de casas se haría aquí dentro!...*

—*¡Valiente bruto!*

Conocido es el encanto de la media luz en las catedrales góticas. Este detalle mete él sólo más de la mitad de la belleza en el conjunto estético de esos monumentos en que la piedra se ha espiritualizado de tal modo, que aquéllo, con todas sus armonías, parece una oración sinfónica hecha con los grandes motivos del cristianismo.

Pues bien; llevé una vez a un niño, y no

le gustaba la catedral porque era muy obscura...

Los niños tienen aptitud indiscutible para la parte que de oficio y mecanismo corresponde a esta bella arte. Ellos hacen casitas en la arena mojada y en el barro. Casi todos ellos tienen dentro de sí un albañil; ninguno tiene dentro la substancia de un arquitecto. No entienden la bella arte que se llama arquitectura.

... ...

Veamos ahora las manifestaciones de la belleza que sienten en toda su intimidad los niños. La música, la poesía épica y la dramática. La escultura padece para ellos una especie de eclipse parcial.

La música es la bella arte que más y mejor sienten los alumnos. A mí no me llaman la atención ni Mozart niño, tocando ante la emperatriz María Teresa, ni los grandes músicos que han asombrado al mundo haciendo cosas estupendas en los primeros años de la vida. No; a mí lo que me llama la atención es que no haya más niños prodigios en el arte musical.

Cantáis algo y en seguida lo repiten los

discípulos. Los coros que se han formado en las escuelas nuestras son una de las manifestaciones de la cultura que menos trabajo nos ha costado.

¿Qué tienen la música y el canto que de un modo tan extraordinario convienen con el temperamento de los pequeños?

Porque no hay nada más inconcreto ni más vago, y en este particular los niños no deben entender la música. Pero esa inconcreción y vaguedad se refieren a las ideas, que no a los sentimientos, porque, mirando a éstos, la música es su gráfico, su expresión, su verbo, y los niños tienen una sensibilidad exquisita.

Explicada racionalmente la perfecta concordancia del alma de los niños con la música, pudiéramos permitirnos el lujo de explicar este fenómeno poéticamente: He dicho que los niños tienen cosas de ángeles. ¿Qué es un ángel más que un *espíritu cantor?*

Pues bien; cuando los niños se acuerdan de que proceden de *allá,* se les llena la naturaleza de luz, y cantan...

... ...

Don Manuel, cuente usted un cuento; cuente usted un cuento...

Vamos, hijos; dejadme ahora de cuentos...

Sí, sí; cuente usted el del rey de los moros... o el de...

¡Vamos, hombre!...

¡Ande usted, don Manuel!... ¡Ande usted!...

¡Bueno!...

¡Como les gusta el cuento, y la leyenda, y la historia..., los saborean con delicia, los entienden admirablemente!... Es la poesía de lo exterior, de lo que se toca, de lo que se ve, que se adapta con perfección a sus facultades cognoscitivas. Es la poesía épica, que no tiene secretos para ellos.

Y no quiero hablar de la dramática, porque no concluiría nunca. Si queréis interesar a un niño en una idea, no tenéis más que *dramatizarles* el asunto. Se les alargan las narices, se les dilatan los ojos, se les levanta la frente, se abren todas las puertas de su movediza atención.

Por eso el teatro les gusta a perecer, y por eso, padres, maestros y autoridades han de

tener un especialísimo cuidado con el teatro y los niños. El teatro bueno es el mejor de todos los maestros: el maestro de Dios. El teatro malo es la pedagogía del demonio.

Mirad hacia dónde les llega la afición. Un alumno muy torpe había de hacer un papel pequeño en una pieza que se representaba en el teatrillo de nuestras escuelas. El hombre tenía que aprenderse un verso..., no había más remedio, y se lo aprendió. Han pasado dos años; se le han enseñado cien cosas distintas, algunas muy bien enseñadas. De casi nada o de nada se acuerda... Preguntadle por el verso de la comedia y veréis retentiva, entonación y gusto... Lo dicho: *dramatizadles* la lección, y quedará aprendida.

... ...

Es la escultura, para los niños, un arte que sienten a medias. La parte material, la forma humana, el cuerpo en airoso movimiento o en quietud de reposo, el gesto, etcétera..., entran en la jurisdicción cognoscitiva de los pequeños.

En realidad, esta parte de la escultura es lo más importante de ella, una vez que

en el equilibrio y proporción de las partes con el todo está el principal motivo de perfección de esta bella arte. Todo lo demás, que se refiere a problemas anímicos, a grandes movimientos espirituales y a violencias del afecto, a que tan poco aficionados fueron los griegos en este arte de la escultura, mientras les duró aquel período tipo, de donde han brotado bellezas y principios estéticos para surtir al mundo en esta materia; de todo aquello que los escultores modernos han metido en la escultura sin deber, porque esa emotividad es del campo de la pintura; de todo aquello, repetimos, no saben juzgar ni comprender los pequeños.

Chiquillo: mira qué muñeco más bien hecho.

Mejor hecho está el mío.

(Los que hablan están jugando con barro en la puerta de la escuela.)

¿Qué ha de estar?

¡Venid para acá, venid para acá!

(Acuden todos los compañeros.)

¿Cuál está mejor hecho?

Ni uno se equivoca. Es claro: está allí la forma humana de bulto, ocupando un lugar

en el espacio, y eso lo tocan ellos, lo sienten, lo comprenden.

De todo este capítulo se deduce que se puede obtener fruto educando a los niños en los principios de la música, de la poesía épica, de la dramática y de la escultura. En cuanto a la pintura, enseñadles sus elementos materiales, su parte técnica; podéis enseñarles, por ejemplo, el dibujo; pero todo trabajo en orden a la substancia y alma de la pintura es esfuerzo que perdéis y fatiga perniciosa que vais a producir en sus espíritus.

De la poesía lírica no hay ni que nombrarla...

El famoso soneto de Lope, cuyo primer cuarteto hemos citado, un resumen gráfico de los grandes maestros pintores y un bellísimo fragmento de arquitectura, que yo llevé a mi clase para iniciar a los niños en estas soberanas direcciones del espíritu, están allí en el aula. Pero hay que convenir que están desahuciados. Cuando los chicos van ya para mayores y se retiran de clase, porque les ha llegado la hora de levantar el vuelo de la vida, empiezan a comprender

esto, y no ha mucho me decía un ex discípulo de catorce años, que hace uno que salió del colegio:

Don Manuel: vaya una preciosidad de verso ese que está ahí escrito en la pared. Hasta ahora no lo he comprendido bien...

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío?...

¿ ... ...
... ... ?

X

LA ESCUELA Y EL MAESTRO

En la plaza cercana a la escuela, una mañana de invierno, esperan la hora de las clases ocho o diez niños. Charlan, juegan, comen (¿dónde habrá un grupo de ellos en que alguien no coma?) y toman el sol; el sol de las mañanitas frías, amigo de los pobres, a los que sirve de bufanda, de capa, de estufa... Así se reúnen también los pájaros... Un día en que el tiempo venga ancho y el humor no sea malo, será cosa de dedicar un rato a este asunto: *Los niños y los pájaros.*

Charlan a todo trapo, y a poco se aumenta el grupo con dos o tres que van a una escuela distinta.

Perico, ¿tú por qué estás en la otra escuela?

Porque mi padre quiere...

¡Qué ha de ser porque tu padre quiere! *El que quiere eres tú...*

¡Bueno, pues yo quiero!...

¡Miá tú que di a una escuela tan fea!...

¡Fea!... ¡Más bonita que la tuya!

¡Una escuela que no tiene ni patio!...

¡Pero es nueva, y la tuya es vieja!

Vieja, sí, vieja; vieja y tó, da gusto; y en la tuya no se pué ni respirá, y hay un maestro na más, y en la mía hay la mar de maestros.

Sí, pero mi maestro es mejó que los tuyos.

¡Este chiquillo está loco! ¡Mira que decir eso!... ¡Vamos, hombre! ¡Mejó que los míos, mejó que los míos!...

Y así sigue la conversación, y es un milagro que el asunto acabe pacíficamente. Yo he visto pegarse a los muchachos por si la escuela *tal* de uno era mejor que la escuela *cual* del otro. Esto es, que los niños tienen por cosa de su propiedad la escuela a que asisten, y el hecho de *pegarse* por causa de ella significa mucho.

Y no importa que la escuela sea mala; no importa el aspecto de cuadra miserable que

muchas tienen, ni que huela mal, ni que el maestro sea un desgraciado que se vuelva loco con más de cien alumnos, avenida de chiquillos tres veces superior a la que cabe en el cauce natural del pobre pedagogo. No obsta que el mismo muchacho sea un rabonero, ni que asista a las clases con la misma alegría que si fuera a un suplicio. A pesar de todos los pesares, la escuela es *su* escuela, la suya...

Allí es donde él se refugia cuando otro como él, o peor que él, viene a pegarle en la calle. Allí se divierte interiormente de las amonestaciones del señor grave y casi desesperado que le ha cabido en suerte por maestro. Allí fragua todas sus picardías. Allí da constantemente pábulo a su inquieta y rebelde naturaleza, pegándole a éste, metiéndose con aquél, rompiéndolo todo y burlándose de lo divino y de lo humano.

Y si el alumno es aplicado, mucho mejor. La escuela es la plaza donde obtiene sus triunfos. Allí oye decir: "¡Qué bueno es Fulano", y Fulano es él. Allí escucha la palabra del maestro, que se dulcifica para él de un modo especial. Allí ha sentido dentro de

su alma la sensación del brote de las primeras ideas. Allí lo están enseñando a escribir, a leer, a rezar... ¡Ah! Este muchacho está en la escuela como el pez en el agua. La escuela es suya, suya...

¿Qué será cuando la escuela tenga las condiciones que decíamos en *Cada maestrito*... y el maestro sea lo que apuntábamos en el libro de referencia?

¡Qué cantidad tan enorme de energía moral, de sentimientos de orden y de fuerzas civilizadoras se desperdician con el solo hecho de no poner las escuelas en las condiciones exigidas por el sentido común y por el sentido moral!...

Con relación al maestro, les ocurre a los niños algo muy parecido de lo que piensan, sin darse cuenta, de la escuela.

Pero, chiquillo, ¿qué estás ahí porfiando, si esto, que yo te digo, lo dice D. Luis?

Lo dice D. Luis! ¡Ahí es nada la cosa! Don Luis es una especie de semidiós; don Luis sabe más que nadie; D. Luis no puede equivocarse; D. Luis *manda* más que el rey; don Luis es solo, único, indefectible. Don Luis es... el maestro.

Magister dixit. ¡Cómo se conoce que aquellos hombres de la Edad antigua eran unos verdaderos niños! *Lo ha dicho el maestro,* era la más contundente de todas las razones en el empeño de una discusión.

Los niños son, por lo menos en esto, hombres de la Edad antigua. *Lo ha dicho el maestro,* es la razón suprema de todas las cosas.

Esta autoridad sin defecto, sin mancha, sin resta de ningún valor en la integridad de su contenido, es el primer gran secreto de la enseñanza. Sin ella no se podría instruir ni educar a nadie.

Hubo un día un revolucionario-teólogo (mezcla detonante) que se metió de *ocultis* en el campo de las investigaciones filosóficas, y dejó caer al descuido este principio, que sorprendió a más de un espíritu elevado: *la autoridad en el conocimiento no sirve para nada.* La gran piara de filósofos de café ha repetido luego hasta el entontecimiento la vacuidad de la máxima.

¿Que no sirve para nada? Se acabó la Historia. El cronista que vió un suceso tiene que enmudecer para las generaciones pos-

teriores. El descubridor que vió la tierra ignorada, que guarde silencio, porque no hemos de creerle. El químico que sorprendió una ley oculta, y el biologista que llegó a la raíz de un misterio, con percepción que a sólo su genio ha sido concedida, que se callen, porque no les damos crédito. La observación aportada por el pensador viejo encanecido en el estudio de los seres y de la vida, debemos rechazarla. La experiencia de mis mayores, la receta del médico, la declaración de un testigo honrado, la fe en la esposa, el descanso en la amistad de los buenos, todo eso es materia despreciable para el conocimiento... *¡Ni están todos los que son, ni son todos los que están!*

La autoridad es la base de la vida en las múltiples manifestaciones humanas, empezando en el procedimiento científico y concluyendo en la receta del médico.

Pero en la escuela es más todavía, porque, como la enseñanza parte de una porción de *supuestos*, si el niño no concede un crédito absoluto a su maestro, y el maestro no posee una autoridad científica y moral sin mancilla, no podrá comunicar a los di-

chos *supuestos* la fuerza axiomática que necesitan para estribar sobre ellos la obra de la enseñanza.

Y ved si esto estará en el fondo de las eternas verdades, que los niños dan a sus maestros la autoridad precisa que la obra instructiva y educadora exige, no porque se lo han enseñado, ni por condescendencia, ni por motivos de variable consideración, sino por indefectible mandato de la naturaleza, por inspiración natural.

Para el alumno bueno, esa autoridad será dulcísima en cuanto a la moral, e iluminativa en las labores mentales; para el alumno malo, en el orden de la moralidad, la autoridad del maestro tendrá caracteres de doctrina correccionalista penal, y en el orden de la inteligencia será como un fantasma que, con gesto que no cambia, le estará siempre diciendo: *Atiende, atiende, porque la verdad fluye de mí.* Esta amonestación pasará del entendimiento a la conciencia y morderá allí tantas veces, que se levantará el caído.

Le pregunté un día a un muchacho:

¿Tú crees que hay en el mundo alguien que sepa más que tu maestro?

¡Qué va a habé, don Manuel, qué va a habé!...

Magister dixit... He aquí una fórmula que, cuando no tiene realidad práctica en las escuelas de instrucción primaria, todo lo que allí ocurre es una calamidad y una ruina.

XI

LOS JUEGOS

El juego en el niño es una función tan necesaria como la de respirar o la de digerir los alimentos.

La Naturaleza, obra de Dios, revela en cada momento la sabiduría infinita del Creador. Si los niños no jugaran y se movieran, no crecerían. Ya hemos dicho esto en nuestro primer libro, tantas veces citado. Luego, podemos inmediatamente deducir esta consecuencia: Maestro que hace jugar a sus alumnos, realiza una obra tan útil como si les diera de comer; y la contraria, esto es, maestro que impide que jueguen los suyos, hace una obra tan mala como si les quitara la luz, el sol, el pan o el agua.

Nosotros somos muy injustos al criticar a los niños juguetones e inquietos. —*Este niño es intolerable. Esta criaturita es mala hasta la pared de enfrente. Es mala condi-*

ción la de este chiquillo: lo rompe todo, etcétera, etc.

Ya no nos acordamos de cuando nosotros lo rompíamos todo... Ya hemos olvidado aquella fiebre por la posesión de algo, y aquel cansancio inmediato y consiguiente a la posesión. Ya pasó, para no volver más, aquello de desear un mes y dos un caballo de cartón que había en un escaparate, y el mismo día de tenerlo, abrirle un agujero en el vientre, para hacer una inspección de los interiores del animalucho, que, visto por fuera y por dentro, era arrojado con un gesto de cansancio.

No había tal cansancio, sin embargo; era que el sitio que ocupaba en nosotros la voluntad de tener el caballo, iba a ser inmediatamente tomado por la nueva impresión que ya nos estaba llamando en el alma. Luego otra, otra y otra; y así sucesivamente, hasta formar ese movimiento continuo que nosotros llamamos, en sentido de crítica, *travesura,* y que no es más que una manifestación de la vida, tan legítima y necesaria como los latidos del corazón o como la circulación de la sangre.

Hablando en términos gramaticales, podíamos decir que en la oración de la dinámica material y espiritual del niño, el sujeto es *él;* el verbo, *jugar,* y el complemento directo, el *juguete.*

Caballo de cartón, espada de lata, carrito de madera, pito desafinado, tamboril ronco... ¡Cuántas veces hemos abierto los ojos a la luz de la mañana, y han sido vuestros inanimados individuos el desayuno moral de nuestras almas!... ¡Cuántas veces, entre las nebulosidades del sueño rico de la infancia, surgió la figura del juguete y, mientras nuestras madres nos besaban la frente y el ángel nos cubría con las alas, allá, muy dentro del sueño, caballo, espada, carro, pito y tamboril eran la miel de nuestra afición y la locura de nuestros deseos!

Los niños pobres no tienen juguetes: sólo tienen juegos. En este sentido pudiera decirse que poseen ellos más derecho a jugar que nadie. El trompo, la bola, el *rompi,* el botón, la billarda, no son juguetes: son juegos. Si los niños de mis escuelas se meten en esos juegos con más fuerza, más voluntad y más alma que los de otras partes, es porque son

pobres, porque no tienen juguetes, y le ponen al juego la actividad entera del cuerpo y del espíritu.

Yo no pongo tasa ni límite cuando llega la hora de jugar. Una sola consideración hay que respetar, y es que no se hagan daño, que no se lastimen. Saltar, correr, gritar, bullir; lo que quieran y como quieran. No voy a ser tan tonto que les prohiba alimentarse; porque el juego, como he dicho anteriormente, es un alimento.

Esto aparte de que, cuanto más jueguen durante las horas de las lecciones, mejor se aprenderán éstas. Es claro que el juego en las lecciones no será como en el recreo. En las lecciones, el juego será tranquilo, reposado, sedentario si hace falta, pero juego, porque es cosa probada, como dije en *Cada maestrito...*, que si durante todo el tiempo de la lección les quitáis el juego por fuera, ellos, inconscientemente, se vengan de vuestra conducta jugando por dentro. ¿Qué son esas distracciones, embobamientos y ausencias espirituales, con respecto a vuestra explicación, sino juegos *por dentro?* La cuestión está únicamente en que el maestro bus-

que una relación entre la enseñanza y el juego.

Tenía mucha razón cuando en el libro de referencia afirmaba yo que un niño es una máquina para jugar. Todo lo demás de la vida, incluso las cosas más serias, tienen para él, desde el punto de vista de las tendencias naturales, una importancia que el niño juzga secundaria.

Yo he visto a un niñito de seis años, el día en que murió su madre, a quien quería extraordinariamente, y observé que unos compañeritos le propusieron jugar, y jugó. ¡Pobre niño! Triste y todo, jugaba. De cuando en cuando hacía un *pucherito,* como relámpagos de una tormenta que se va alejando; pero jugaba, como si obedeciera a una fuerza superior... ¡Y ya lo creo que obedecía! ¿Qué entiende el crecimiento de los huesos, de los nervios y de los músculos, de esa tristeza que nos causan los *que se van?* Ya puede hundirse el mundo, que el juego de los niños no holgará. Tengo por ciencia cierta que la única razón de la huelga de los juegos infantiles es la enfermedad que viene.

Un fenómeno que no ha explicado nadie, ni creo yo que tenga explicación, es que a los juegos de los pequeños les pasa lo que a la fruta: que viene siempre a su tiempo.

¿Quién no sabe que en toda Andalucía. por ejemplo, cuando soplan los vientos primaverales, se mira por las tardes al cielo, y está allí ondulando su cola la cometa o pandorga, que se enseñorea del espacio?

Basta recordar que allá, por la Natividad de la Virgen, fiesta de Septiembre, los *bolinches* ruedan por todas partes, y en los suelos terrosos de las plazas se juega de lo lindo; porque aunque allí la bolita de mármol salta poco, se mete, en cambio, con mucha facilidad en el hoyuelo.

En diciembre... *Una, dos, tres... foché; una, dos, tres, foché...*, y hay *foché* dondequiera que hay barro para clavar el palitroque.

Y los *trompos* tienen su tiempo, y el *saltado* tiene el suyo, y los *botones* su época, como la tienen asimismo la *billarda, roba pilares, el toro, chupa* y otros.

¿Quién es el encargado de avisar? No hemos podido averiguarlo. Pero como veáis

bailar el trompo en una calle de un pueblo, podéis estar seguros de que en cincuenta leguas a la redonda no hay para los chiquillos más que *puyas* por aquí, la *guita* por allá; que si está *pajito*, que si no lo está; que si... Y tampoco tiene nada de particular que os encontréis a más de uno chocado y con venda, porque a Fulanito se le aflojó la *guita* y le plantó el pedazo de encina torneada en la testa al compañero, sin poderlo remediar. ¡Propinas del oficio!

No quiero concluir esta materia sin recordar, por lo menos que en *Cada maestrito...*, en el capítulo "Los premios", demostramos, o por lo menos creímos demostrar, que los objetos del juego eran la materia más a propósito para premiar a los niños...

Juanito, ¿qué quieres mejor, un trompo o un dulce?

...¡Un trompo!

Al autor de estas líneas le consta que si los niños tuvieran dos voluntades, la otra sería para el dulce. O lo que es lo mismo: que el trompo le ganó las elecciones al dulce por uno o dos votos, pero se las ganó.

XII

LOS DOMINGOS Y LAS VACACIONES

Declaro con sinceridad que, a pesar de que en mi escuela me tenían por un niño bonísimo, y a pesar también del concepto que en el Instituto y en la Universidad alcancé de buen estudiante, no hubo jamás, para mí, noche más azul y luminosa que la noche del sábado, no por nada que haga relación con las brujas, sino por la sencillísima razón de que al día siguiente no había clase.

Vosotros diréis que eso es una especie de rabona espiritual, impropia de alumnos bien considerados; diréis que eso es una crudeza; diréis lo que os dé la gana; pero cuando yo he dicho lo que he dicho, he dicho la verdad.

¡Qué noches!... No tenían sombra de intranquilidad, ni sospecha o duda de molestia de ningún género. Porque ni aun las de los domingos eran así; había, por lo menos, que estudiar las lecciones del lunes.

Cuando niños, en el período de la escuela, en esta deliciosa noche del sábado, era el dormir tranquilo, con una felicidad que tenía aureolas de amanecer y reposos de gloria; y era también, el domingo de mañanita, el despertar risueño aliñado con la exquisita idea de que en aquel día no tendríamos que ver nada con tinteros, plumas, planas y encerados.

Ya mayores, en los venturosos tiempos del Instituto, eran noches de cafés, como si fuéramos hombres; de teatros, si había dinerillo, y de fumarse a la luz de la luna cada cigarro que ardía Troya... A la mañana siguiente había que tirarse de la cama volando, y así y todo llegábamos a la misa de doce en los alrededores del Evangelio.

Más tarde, en el período universitario, era en Sevilla y en casa de la patrona que tuviera mejores condiciones, donde se armaban las grandes tertulias, saturadas de

disputas violentas de política, de toros y de religión. Después se alzaba el vuelo, y éste, a rondar en aquella casa señorial donde había una niña rubia como Ofelia; aquél, a pelar la pava en la ventana con una morena que no se llamaba Moraima por una equivocación; el aficionado a la dramática, a los estrenos en Cervantes y en San Fernando; el taurófilo, a la tertulia del Central, y yo, que padecía entonces ataques estupendos de un romanticismo agudo, me reunía con otro infestado como yo, y eran de ver y oír aquel desgranar versos enamorados, el evocar leyendas estupendas de imaginación árabe-andaluza, en que había princesas inconsistentes a la luz del sol, detrás de las cuales latían nuestros corazones con deseos de cosas imposibles, cuyas visiones ideales estaban sumergidas en un ambiente real de azahares de Sevilla.

¡Ah, sabrosísimas noches del sábado, y más que regalas mañanas domingueras, ya no volveréis más!...

¿Tienen los niños de mi escuela aquellos deseos que a mí me atosigaban en secreto, en la inquieta esperanza del domingo, cuan-

do corrieron los tiempos de mi instrucción primaria? ¡Ya lo creo que los tienen! Lo que pasa es que estos niños pobres de ahora tienen mejores colegios que los niños ricos de entonces, y sienten aquel deseo muy aminorado, ya sea por el régimen cariñoso que con ellos se emplea, ya por la dulzura cristiana de que disfrutan en los mil y mil motivos de gozo con que les brinda nuestro sistema de enseñanza.

Con lo anterior quiero decir que, alumno de nuestras escuelas que tenga fuertes deseos de sábado y domingo, educándose fuera de nuestra casa, habría de costarle mucho trabajo encontrar centros de instruccción donde aquel deseo no se le convirtiera en fiebre ardorosa.

Para completar la idea, diré que no creo en las moscas blancas, ni en los alumnos que, cuando se acuerdan del sábado por la tardecita y del domingo todo el día, no sientan, en el lugar más íntimo del alma, una exquisita vibración de placer.

Madre, ¿mañana hay escuela?

Juanito: ¿Tú no sabes una cosa?... ¡Que mañana no hay escuela!...

Don José: Mañana no habrá escuela, ¿verdá usté?

Voy a conceder, porque es de justicia, que esa manera de hablar, y ese desasosiego y picazón de huelga, es propio de los alumnos más endeblitos, es verdad; pero justo es también reconocer que hasta las *notabilidades* de clase se rinden, lo cual no tiene nada de particular, porque, aun tratándose de Dios, de quien todos sabemos que no puede cansarse, cabe hablar de vacaciones, ya que la Santa Escritura ha dicho, para que los que quieran oír y entender oigan y entiendan, que "*el séptimo día descansó*".

El deseo de vacaciones es natural en las escuelas malas y con los maestros malos por eso mismo; y es también natural en las escuelas buenas, porque no hay una necesidad espiritual más imperiosa que aquella que nos manda el contenido de las siguientes palabras: variación, cambio, mudanza.

¡Ah! Vosotros, los que estudiáis fuera de casa, es decir, ausentes de vuestros pueblos; y vosotros también, niñitos que vivís bajo las alas calientes de vuestras madres, y aque-

llos otros pobres a quienes las vacaciones no traen ni una caricia, ni un beso, y, para hablar de una vez, todos los que de alguna manera estáis engranados en la rueda de la instrucción, sabéis muy bien lo que significan en el alma de un escolar estos tiempos del año: Navidades, Carnaval, Semana Santa, Feria y Verano.

Tales son las vacaciones desde el punto de vista del niño... ¿Habrá aquí algo más que el simple deseo y la dulce sensación del escolar? ¿Son o no son convenientes las vacaciones?

En cuanto refrescan el espíritu del maestro y de los alumnos, las vacaciones son excelentísimas: orean el alma, tonifican los nervios y consolidan el conocimiento adquirido. Pero es que las vacaciones, al mismo tiempo que producen estos bienes, llevan consigo todos los males que son consecuencia del hecho de desviar a los alumnos de un régimen y una norma a que ya estaban acoplados. Un escolar que dejó sus estudios al empezar diciembre y no vuelve a ellos hasta bien entrado enero, ha sufrido un formidable descarrilo pedagógico. Hay que ver

los esfuerzos que se necesitan para meter luego a ese espíritu desarrilado en la vía del cumplimiento del deber...

Son, pues, las vacaciones buenas en cuanto tonifican; malas, pésimas, en cuanto descarrilan.

¿Cómo se restaría en gran parte su maldad? Veamos.

Partiendo del supuesto según el cual se suman por motivos de vacaciones, sin contar los domingos, un mes de Navidad, una semana de Carnaval, más de medio mes de Semana Santa, más de una semana de feria y cuatro meses de verano, y advirtiendo, porque es racional hacerlo así, que es necesaria toda esa huelga como compensación al gasto nervioso de la labor escolar, la cuestión queda, a nuestro entender, reducida a distribuir ese tiempo del descanso en una forma que el buen sentido está proclamando en evitación de las referidas catástrofes *ferro-espirituales.*

Yo arreglaría ese negocio de vacaciones del modo siguiente: dos meses de descanso en el verano, porque desde 15 de julio a 15 de septiembre no es caridad obligar al pró-

jimo a trabajar sin fruto y sin ganas, y diez días de vacaciones en Navidad, para que no se cometa la injusticia de hacer trabajar a nuestros alumnos cuando la Humanidad entera descansa y hace un gesto confortable de alegría.

Ultimamente sería concedido, a más del domingo y fiestas de guardar, un día de descanso en la semana, que debe ser el jueves. Entiéndase que este día del jueves no sería de huelga completa: sería de descanso con relación al desenvolvimiento práctico de la enseñanza en la escuela, pero sería desde luego el gran día útil que están pidiendo a voces los pulmones delicados y la sangre pobre; porque yo obligaría a maestros y alumnos a que en el jueves hicieran expediciones campestres.

De este modo resultaría que el domingo estaba dedicado al descanso y a Dios. El jueves, al descanso de la mente y al ejercicio de la fuerza física. Los demás cinco días de la semana, al desarrollo integral del *todo* enseñanza.

Ajustad las cuentas y veréis que aún se huelga menos que con las prácticas actuales,

y hay la gran ventaja de que disminuyen los descarrilos y de que aumenta el gusto y la fuerza en maestros y discípulos.

En estas cosas, que parece que no tienen importancia, suele encontrarse con mucha frecuencia el escondite de los grandes negocios de la pedagogía, porque no sé si lo habré dicho ya, pero es cierto que en nuestra buena y paciente España la pedagogía está en el escondite.

Además, señores alumnos, y vaya esta advertencia final para ustedes: con el sistema dicho no perderían un átomo vuestras *pavas,* vuestras tertulias, vuestros teatros, vuestras poesías, ni tampoco enturbiaríamos en lo más mínimo el sabroso despertar del niño que ha ido toda la semana a la escuela, y se le representa, cuando abre los ojos a la luz del domingo, que aquel día no hay clase.

XIII

LA RABONA

Un momento he tenido la tentación de llamar *Las Diabluras* a todo esta parte del libro que va ahora a desarrollarse; pero he desistido, no sólo porque dividiría la continencia del título original, sino porque doleríame siempre el recuerdo del *modelo* a que el título había de referirse, que si bien fuera tolerable para un solo capítulo, para gran parte del libro resultaría demasiado, porque, en honor de la verdad, hay que ver la composición de la substancia del nominativo de referencia.

Entremos, pues, en materia.

Burlar la vigilancia de los padres y, sin que ellos se aperciban, no asistir a la escuela, es una de las sugestiones más fuertes que padecen los malos alumnos y un motivo

frecuente de torpes caídas. Dejaría completa la idea si dijese que los alumnos buenos no hacen eso, pero la sugestión de hacerlo... ¡vaya si la tienen!

Colocados los malos en la plataforma de la desobediencia y de la rebeldía y en plena luna de pecado, tiene todo lo prohibido un encanto irresistible...

¡Yo no quiero raboneros en mi clase. Si alguno de vosotros hace la rabona, que no me llame su maestro. Al que haga la rabona no le hablo más...!, etc., etc.

Todas esas frases no estarían mal dichas a alumnos buenos para prevenirlos contra el vicio de referencia. Pero decid esas palabras a los malos, y al día siguiente tendréis rabonas a granel. Fruta prohibida, fruta fuertemente deseada, antojada.

En una clase donde hay raboneros es más lógico hablar así: *Ya sé que Fulano y Zutano hicieron ayer la rabona y que estuvieron escondidos para que yo no les viera. Hacen mal en esconderse, porque yo no me enfado por eso: ¡Pchs! Pueden Fulano y Zutano hacer la rabona cuando les dé la gana.*

Es claro que este modo de hablar ha de hacerse de tal manera que los alumnos buenos que lo oigan entiendan que en esas palabras va el colmo del disgusto del maestro, y que los malos, los raboneros, no vean en las frases anteriores más que una soberana indiferencia del pedagogo para sus rabonas.

Cualquiera que no conozca a los niños creerá que el maestro ha hecho mal en hablar así. No, no ha hecho mal: ha hecho muy bien. Porque si el rabonero no siente excitada su *enfermedad* por la *prohibición*, ya tendremos ganada una buena parte de la batalla.

¿Qué hace el niño mientras rabonea? He aquí otro dato interesantísimo que conviene conocer, porque dicta el buen sentido estratégico que si podemos dar en la escuela lo que el niño busca en la rabona, ésta habrá perdido casi todo su interés.

Otro hecho de gran significación es que la rabona no se hace casi nunca solo. Hay siempre uno o varios *corraboneros*. Medicina al canto: hacer todo lo posible por asfixiar al rabonero *matriz* en la soledad. Que

no le acompañe nadie, y el vicio se irá disipando poco a poco hasta que muera.

¿Tú vas a la escuela?

Yo, sí.

¿Te sabe la lección que dijo ayé el maestro?

¿Yo...?, regulá.

Chiquiyo, no vayas, que te van a castigá.

Y tú, ¿te la sabe...?

¡Yo, qué me vía a sabé!

Por eso quiere hacé la rabona.

¡La rabona...! ¿Yo voy a hacer la rabona...? Yo voy al huerto de mi primo...

Al huerto, ¿pa qué?

Pa cogé almendras.

¿Almendras?... ¡Almendras...!

Almendras y... echá la pandorga.

¿La pandorga...? ¿Está lejos?

No, a la salía del pueblo.

¿Y cuándo se viene, dí?

A las doce...

¿Y si mi padre se entera, dí?

¡Anda allá, tonto! ¡No se entera!

Allá van al huerto el rabonero *matriz*, tranquilo y frío, como si no hiciera nada

malo, y el *novato,* con el color perdido, el corazón *dale* que *dale,* los ojos inquietos y el miedo fingiéndole en todas las esquinas la imagen de su padre o su maestro.

¡Pobrecillo, tiene almendras al alcance de su mano y no las mira; echan la pandorga y no le distrae; el campo tiene sol, aire y alegría y, sin embargo, el campo está triste. Toda persona que pasa por el camino le asusta; todo ruido le sobrecoge y no dice más que ésto: *¿serán ya las doce, dí?*

Este niño llega a su casa después, y muy torpes han de ser sus padres, o muy descuidados, para no conocerle la trampa.

Los ojos cobardes, las botas llenas de polvo, el gesto de sospecha...

¿De dónde vienes tú, chiquillo?

De... la... escuela.

¡De la escuela...!

¿Y ese polvo de las botas? ¿Y esos calzones llenos de tierra? ¿Y esta hora de venir? ¡Chiquillo, tú... tú has hecho la rabona!

El cuitado llora y se entrega. Este niño es muy difícil que reincida. Le ha salido muy mal la prueba.

La forma brutal de faltar al colegio que hemos apuntado, es la menos frecuente, al menos en las escuelas que yo conozco.

¡Pobrecito mi niño...! ¿Qué tienes tú, corazón mío?

Me duele un poquito la barriga, mamá.

¿A ver, la lengua?... ¡No parece que está muy buena... Mira, hijito; ¿quieres tomar un poquito de magnesia?

¡Bueno!

El niño toma el purgante sin que le haga falta y pasa gustoso por el antipático deglutir de la magnesia, con tal de no ir al colegio.

¡Rabonero...! Entre esta rabona y la anterior hay la misma diferencia que entre el hurto y la estafa. Eso se llama rabonear en el propio domicilio de los enternecidos padres... *¡Pobrecito mi niño...!*

Don Luis: ¿quiede usted que vaya a...? Esto lo dice un chico con el rostro contrariado, el vientre hundido y sobre el vientre, la mano extendida indicando que está allí lo *malo...*

Sí, ve, pero no tardes, porque si no, vas a perder esta lección...

El niño que dice que va *a*... no tiene ganas *de*... Es que le pide el ánimo un poquito de huelga y por conseguirla es capaz de pasarse quince o veinte minutos en la *oficina de*...

¡Ilustre rabonero, doctor en rabonas, artista incomparable del arte de pegársela al maestro; esa rabona tuya, aunque parcial, es la rabona tipo, porque nadas y guardas la ropa; asistes a clase y no asistes; y en las mismas narices del pedagogo, sin magnesias, ni sustos, fraguas el artificio sencillo de una rabona dentro de la mismísima escuela! Te repruebo, pero me haces gracia. Tú no serás nada serio en el mundo, pero la raza de los Lázaros, Rincones y Cortados, tiene hoy ocupaciones más *distinguidas,* que las que desempeñaban cuando Cervantes y Hurtado de Mendoza escribieron la vida de los pícaros...

Te condeno, pero al dictar tu sentencia no está en mi cara la adusta línea del magistrado. Ejecuto tu sentencia, pero la ejecuto sonriendo...

¡Ah, se me olvidaba...! Te advierto, a pesar de mi sonrisa, que Caco murió se-

gún dicen, de mala manera. Esto no quiere decir que tú te parezcas ni remotamente, al famoso ratero, ¡líbrenos Dios!; lo que quiero advertirte, hijo, es que si Caco hubiera ido cuando pequeño a la escuela, seguramente hubiera hecho rabonas *parciales* en la *oficina* del cuento. De modo, que mucho cuidado.

XIV

LOS DISGUSTOS

Los niños odian muy difícilmente.

Un niño hará mil picardías y travesuras, tendrá el instinto de romperlo todo y de maltratar al prójimo; realizará por sí actos que en el hombre son la expresión del odio; pero el motor de esos actos, o sea el lancetazo del áspid que nos pica en el alma requiriéndonos a odiar, ése no lo experimentan ellos. El niño es malo por instinto. Por razonamiento no procede nunca o casi nunca la maldad de los pequeños.

Por eso, ya que no pueden odiar, juegan a odiarse, y por lo mismo, a los disgustos de unos niños con otros les llamo yo el juego de los odios.

Hay pequeños que padecen el vicio de disgustarse.

Don Manuel: Contreras no pué comulgá mañana.

¿Por qué?

Porque está disgustao con Vidal.

¡Hombre, pues me gusta...! Vengan Contreras y Vidal... ¡Digan ustedes qué ha sido éso!... ¿Qué le parece a usted, tan amigos, tan cariñosos, y así...?

Los dos disgustados agachan las cabezas llenas de vergüenza, con los ojos fijos en el suelo y el labio inferior caído.

Tú, a explicar el disgusto... ¡Pronto...!

Silencio completo.

¿Será posible? ¿Es ésto desobediencia o qué es?

Contreras empieza a balbucir palabras, y mientras tanto Vidal mueve, nervioso, la planta del pie, haciéndola girar de derecha a izquierda y al revés, sobre un punto fijo, que es un síntoma formidable...

¡Es... que este... niño... ha dicho...!

Dios mío, ¿qué habrá dicho este niño? ...

Yo no he dicho ná, don Manuel: es que Contreras se disgusta por cualquier cosa.

Y entonces el niño que se disgusta por cualquier cosa encoge el labio de abajo, atro-

pella al de arriba y, con el gesto de un ocho tumbado, empieza un llanto sentimental y dulce. Cualquiera que no se acuerde de su niñez, creerá que ese chiquillo está sufriendo. Nada más distante de la verdad. Ese niño goza, está poseído de íntimo placer... ¡Como que no se ha disgustado más que para éso..., para saborear el gusto de la reconciliación! Lo malo es que este placer no es sano, porque por él se va a los mimos y al imperio inaguantable del capricho y la arbitrariedad.

¿Pero no se abrazan ustedes y se perdonan...? ¿Dónde están los hermanos...?

Estos dos alumnos, que por obedecerme se tirarían de cabeza a un pozo, permanecen quietos, como imperturbables estatuas, ante mis excitaciones de paz.

Es más noble, digo, *el que más pronto busca a su hermano. El primero en abrazar es más digno.*

Y tengo necesidad de hacer que miren al crucifijo de mi clase y recordarles los dolores y sacrificios de la Cruz y la fealdad moral de los que no perdonan y el horror que tiene el Sagrado Corazón a los que no se

aman como hermanitos, para que tímidamente se levante una mano, detrás la otra, luego un paso con miedo de Vidal hacia Contreras y, finalmente, un abrazo apretado, estrepitoso, porque la cuestión era guardar las caras, y ahora que la una se tapa con la otra, aquéllo no tiene límites, ni en la efusión, ni en la pura caridad con que aquellas lágrimas de gozo se confunden.

Yo, conmovido ante aquellas originales nupcias de almas inocentes, me siento sacerdote sin órdenes, y bendigo aquel abrazo, envolviendo, con una cruz enorme que dibujo con el pensamiento, aquellas dos cabezas humanas, donde hay mucho fruto de inocencia, y donde empiezan a abrir sus botones unas flores negras que mañana han de producir frutos de pecado... ¡Señor, que se sequen esas flores!

Acá, en nuestra región andaluza, la fórmula casi sacramental de los disgustos es ésta: *Yo no me junto contigo;* y cuando se hace referencia, esta otra: *Yo no me junto con Fulano.*

Las emplean siempre, porque no hay nadie más ritualistas que los niños, y para ca-

da costumbre tienen ellos su verbo. Ahora es el verbo juntar el que hace el gasto.

Dijimos que no era el odio el que animaba estos disgustos, pero no dijimos cuál es la substancia de estos estados espirituales.

El nervio de estos disgustos es el amor. Sólo entre muchachos que se estiman mucho surgen esas contiendas. La causa está determinada por un accidente en el juego, en las clases, en la calle o en cualquier sitio. El modo se da a conocer por un deseo ardiente y secreta alegría, que les mueve el corazón cuando están cerca del niño objeto del disgusto.

¡Ah, si no fuera por el orgullo, por el necio orgullo, cuántos abrazos, no de niños, sino de hombres, acabarían con el noventa y nueve por ciento de los disgustos que vemos a nuestro alrededor en la vida social! Sólo el uno por ciento de esos disgustos no tiene cura humanamente hablando. En ese uno por ciento se han refugiado los disgustos por odio. El hombre ama mucho más que odia. Ama cien veces más.

¿Debe evitarse que los niños realicen esta práctica perturbada del amor? Evidente-

mente. El amor es más grande mientras es más franco, más sencillo y más simple. En esta forma de los disgustos anda el amor complicado con substancias extrañas. Un amor de esa naturaleza es un amor que se desvía, que se aleja.

Es, pues, necesario orientar los sentimientos de los niños de modo que no se desperdicie ni una sola vibración del amor. Es éste el zumo de la vida, y no es cosa de desperdiciar locamente el divino licor. Prodíguese el cariño hasta la locura; ámense con amor de hermano hasta a los lobos del bosque y hasta a las olas del mar, como aquel Francisco, llama de amor viva que incendiaba con sus lágrimas y suspiros los cuatro vientos de la creación; ámense hasta el dolor y el sacrificio a los hombres, nuestros hermanos cerca de Dios, pero ámense por derecho, sin ambages ni rodeos; cara a cara y con simplicidad entera, porque el amor que profesamos a los demás, cuando se complica, se convierte en amor propio.

Yo, después de darle mil vueltas, he venido a conocer que no es lo mejor, para combatir los disgustos, la ceremonia solem-

ne de la reconciliación. Esta ceremonia es un incentivo para nuevos disgustos. Ahora pongo en práctica un procedimiento nuevo. Cuando me avisan que dos niños andan disgustados, observo con ellos una perfecta indiferencia, y procuro que trabajen juntos, pero sin que adviertan que ocurre eso por designios míos. Es cosa probada que, obrando así, no hay disgusto que dure tres días.

XV

¡YA YO FUMO...!

Hace ya mucho tiempo; corría la edad de oro que todos disfrutamos en la niñez, y fué en la escuela de Gibraleón, pueblo que dista poco más de una hora de Huelva, donde se echaron los cimientos de mi primer cigarro.

Recuerdo que andaba yo pasando las verdes y las maduras en la pizarra, delante de una cuenta de restar, cuando *Nené,* un chico de costumbres algo libres y de carácter generoso y franco, a un descuido del maestro, abrió la mano morena y en el centro de la blanca palma me mostró una moneda de cobre, mientras en sus labios andaba una picaresca sonrisa.

¿Qué es éso, Nené?

¿Qué va a ser? Una gorda.

¿Para qué, di?

Para un liadillo... Cuanto salgamos voy y lo compro, y vas y vienes tú conmigo y te enseño a chupar... ¿Quieres?

¡Ah! Me estaba brindando un acto que entonces andaba muy por encima de mi categoría de niño bien guardado por mis padres. Así, al principio dije que no. Mas luego, *Nené* insiste diciendo que no nos vería nadie, y yo me limité entonces a decir que no, pero sin pronunciar la palabra, sino moviendo únicamente la cabeza. *Nené* vuelve a la carga y me dice que soy un cobarde; que no me atrevo, porque fumar es cosa de hombres; que él era ya un hombre y que yo... era un mariquita.

¡Demonio de muchacho; me dió en el flaco: aquéllo era cosa de hombres... cosa de hombres... de hombres...!

Bueno—le dije—, *voy contigo; quiero que me enseñes a fumar.*

Y fuimos. En el estanco le dieron un manojito de cigarrillos atados con un cinturón color de naranja, en el que había, si no recuerdo mal, esta leyenda: *Compañía Arrendataria de Tabacos. Entrefuerte.*

En la salida del pueblo, *Nené*, con aire superior, me dijo:

Toma, deslíalo y hazle la cama, porque así están muy duros y no se chupa bien.

Hícelo como el taimado me dijo, y allí fué el liar y desliar, porque ¡cualquiera, después de mullir aquéllo, era capaz de volverlo a su estado primitivo...!

Nené reía hasta descoserse, y yo hube de entregarle mi cigarro para que lo pusiera en forma...

Chupa... chupa... más fuerte...; no, no; mira: así, ¿lo ves?

Y fumaba y hacía gestos de saberle aquéllo a gloria.

Yo noté desde luego una impresión desagradable en el paladar; pero fumaba y escupía; y aunque protestaba todo en mí contra aquel tóxico, y ni la hiel, ni la quinina, ni el acíbar supiéronme nunca peor, *Nené* estaba allí y él era en aquel momento el representante de *el qué dirán* y del *respeto humano;* y chupé, chupé, hasta que mi amigo aprobó aquello que yo creí conclusión y que no era más que el principio.

Ahora, échalo por la narí.

¿Por la nari?

Sí, hombre, mira...

Y se reía mientras dos chorritos de humo blanco y azul salían por las ventanillas de sus escarranchadas narices.

Quise hacer la habilidad, y aquello fué el delirio... Estornudo aquí, lagrimeo allá, un principio de fatiga en el estómago y un ligero dolorcito un tanto pesado sobre la frente y los ojos.

Chiquillo, ¡qué malo...!

¡Malo! ¡Qué va a ser malo! ¡Riquísimo, riquísimo!

Y chupaba más y más, y echaba por la nariz humo como una chimenea.

Luego que me hube serenado un poco me dice *Nené:*

¡Pues todavía no sabes tú lo que es bueno...! Para fumar como los hombres hay que hacer el pe-pe.

¿Pepe? ¿Y eso, qué es...?

Di, tú, pe-pe, no para fuera, sino hacia dentro.

Lo hice y me dijo:

Pues ahora fuma, y cuando tengas el humo en la boca, di pe-pe hacia dentro.

¡Madre mía del Mayor Dolor: aquéllo fué la muerte! ¡Qué ahogo...! ¡Qué fatiga...! El pecho me hervía, la garganta me daba pinchazos, el sudor inundaba mi frente, los ojos lloraban lágrimas de dolor, y la cabeza daba vueltas y más vueltas. Se me cayó el cigarro de las manos.

Nené reía siempre... Y ahora digo yo: ¿qué hubiera pasado si en el cinturón amarillo, en vez de entrefuerte, hubiera dicho fuerte a secas...? ¡Entrefuerte..., entrefuerte...! Pero si aquéllo no era un cigarrillo: aquéllo era un rayo de los legítimos, envuelto por la pecadora mano de *Nené* en un papel de la Tabacalera... ¡Entrefuertes...! ¡Entrefuertes...! ¡Mentira...!

Mi pobre cabeza recibía los duros aldabonazos del envenenamiento, y yo estaba sentado, con las manos en la frente, mientras el mundo giraba alrededor mío, cual si fuese yo el centro de algún sistema planetario loco de remate, cuando *Nené*, algo compadecido de mi estado, bajóse hasta mí; y conforme lo tuve a tiro, como si mi estómago hubiera conocido que aquel era el autor del desafuero que con él se había come-

tido, tira de vascas fieramente airado, y quien quiera saber lo que cayó sobre *Nené*, que recuerde lo de Don Quijote y Sancho con el líquido de Fierabrás, o lo del ciego y Lázaro cuando el pasillo picaresco de la longaniza.

Luego, por presumir de hombrecito, fumé delante de unas niñas, no con tan estupendas fatigas como la primera vez, pero mareándome como si fuera embarcado; después, en varias ocasiones, lo hice siempre con mal sabor de boca y con bien poco regalo de la cabeza y garganta.

Todo esto que se dice, y mucho más que se calla, me costó el poder decir un día, hombreándome con unos mozalbetes que se burlaban de mí:

¡Ya yo fumo, y lo sé echar por la nariz, y hacer el pe-pe...!

Tenemos, pues, que la primera causa productora del trastorno de que nos ocupamos es el afán de imitar a los hombres que tienen los niños.

¿Cómo debemos prevenirlos contra esa imitación dañina?

En primer lugar, desterrando el feo vi-

cio que tienen muchos maestros de fumar en clase. Si los maestros se hicieran cargo del enorme perjuicio que hacen a sus alumnos fumando en la clase, no fumarían ni en ella, ni en ninguna parte. Pero ya que este heroísmo no sea exigible, al menos, que se guarden de fumar delante de sus alumnos en toda ocasión y momento. ¿Con qué autoridad va un maestro a hacer la propaganda contra el tabaco, si mientras perora tiene el cigarrito en la boca, o está deseando de acabar para darle los últimos chupones a un colillón infame, que en el borde de la mesa espera el segundo o tercer incendio de su existencia de cigarro?

Y lo que se dice de los maestros, que se lo apliquen los señores papás.

En segundo lugar, ha de procurarse que los alumnos sepan que eso de fumar no es cosa de hombres, ni mucho menos. Fuman muchas mujeres, y no fuman ni el cincuenta por ciento de los hombres. Cuando os pongan ellos mismos el caso de alguna persona notable que fume, citadles inmediatamente el ejemplo de nuestros grandes literatos y guerreros del siglo de oro, que, si

es verdad que no fumaron porque no pudieron, en cambio es oportunísimo su recuerdo para probar que se pueden ser las primeras figuras de la historia de un gran país y no haber conocido el tabaco ni de vista.

... ...

Continuando mi caso, diré que acabó de meterme en el vicio de fumar la prohibición de mi buen padre, que santa gloria haya.

Es evidente la ley de que lo prohibido es fuente de deseos. ¡Qué cigarros más ricos aquéllos que yo quemaba tomándole las vueltas a mi padre. ¡Eran tanto más ricos cuanto más expuesto estaba a caer en la justa reprensión de mi viejo.

Veréis en este punto lo que yo he hecho en mi clase.

Al principio prohibí a mis alumnos que fumaran, y les expliqué los conocimientos que aporta la ciencia del día acerca de los efectos enteramente nocivos del tabaco. Mostrábales gráficos de pulmones de fumadores que ponían los pelos de punta. Les hablaba de la anemia, etc., etc.

Prohibido, y encima, peligroso... ¡Ah, fumaban los chiquillos que era un encanto...! Se ríen ellos de todos los pulmones habidos y por haber.

Pero medito sobre mi niñez; me acuerdo del efecto que lo prohibido hizo en mí, y hablé entonces en clase explicándoles, como antes, los perniciosos resultados de fumar, pero dejándolos en libertad de hacer lo que quisieran en este punto.

Unos han seguido fumando; otros, con el sistema de la libertad, lo han dejado. Los primeros son los que habían llegado ya al vicio, o sea al estado en que fumar es agradable; los segundos, los que, recogiendo sólo dolores y fatigas, marchaban derechos al hábito malo, influídos casi únicamente por el encanto indefinible de lo prohibido.

Es, pues, convenientísimo que en el período amargo del aprendizaje de fumar disfruten los niños de una completa libertad por parte de sus padres y maestros. Dejadlos solos con la *fatiga,* que ella los librará del vicio.

Yo creo que se acabarían los estancos si

los padres cumplieran el siguiente programa: primero, no fumar delante de los niños, o no fumar en absoluto; segundo, mirar el tabaco con indiferencia y tenerlo en su mesa como se tiene, por ejemplo, la mostaza en el comedor: que ordinariamente está allí para que nadie la use.

Si los niños se convencen de que el tabaco es, con respecto a la libertad de usarlo, una substancia *neutral*, no habrá ni uno solo a quien le ocurra vomitar y marearse por gusto.

Sólo arrastrados por las fuerzas misteriosas de la imitación y de lo prohibido se puede llegar a la isla de los fumadores; porque por gusto no habría nadie que atravesara los mares revueltos que la rodean.

Y voy a concluir hablándoos de un procedimiento que sólo podrán emplear los maestros cristianos.

Como los niños, por muy metidos que se encuentren en el vicio, no lo están al extremo, verdaderamente lamentable, de muchos hombres, si se consiguiera tenerles sin

fumar un mes o dos, seguramente muchos de ellos volverían de aquella isla.

Mis alumnos, que sienten devoción ardiente por la Santísima Virgen, le ofrecen, después de una buena preparación espiritual, no fumar en un mes. Debe costarles mucho trabajo cumplir esta promesa, pero me consta que la cumplen. Cuando se acaba el mes, algunos de ellos dejan por completo el vicio.

¡Ah, bienhechora influencia de la religión, que hasta en las más vulgares cuestiones de la vida nos ayudas y salvas...!

Y termino este capítulo advirtiendo a los padres y maestros que, aunque está escrito en broma, deben meditarlo en serio; porque esos cigarritos que se fuman los niños a destiempo, y los que se fuman luego a su tiempo también, son uno de los enemigos más grandes de la virilidad de la raza.

Y en cuanto a mi pobre autoridad para hablar a los maestros y padres del vicio de fumar, conviene advertir que yo fumé hasta la exageración, pero llegó un día, no muy distante en mi vida, en que comprendí

que no debía fumar más, y lo dejé. ¡Pues no faltaba más sino que un cigarrillo de la Tabacalera mandase más que la voluntad libre de un hombre, hecha libre por Dios, para que se remonte más alto que los ángeles, si quiere!

XVI

EL VINO Y LA TABERNA

¿Le gusta a los niños el vino? Preguntadlo al monaguillo que golosinea el fondo de las vinageras. Hablad con aquella criaturita que viene con la botella de la taberna, a donde le mandó su padre, y que os diga en confianza quién se ha bebido todo el gollete de la misma, que viene vacío. Si no quedárais satisfechos, invitad a mis alumnos a una merienda en la Granja del Polvorín y, cuando hayan saboreado cortadillos de jamón y pan blanco, habladles del vino y veréis semblantes estirados, sonrisas de deseos, gritos de júbilo y palmoteos de victoria...

¿A quién no le gusta una copita? El vino alegra el corazón y alegra la vida. Es verdad: alegra el corazón, pero enciende la cara, suelta la lengua, afloja la vergüen-

za, le abre un agujero al bolsillo, y, cuando se empeña en reñir con el estómago, que es casi siempre, el demonio que cargue con él.

Si el vino no fuera la vereda precisa para llegar a la borrachera, sería un encanto, a pesar de la cara, de la lengua, de la vergüenza, del bolsillo y del estómago. Pero lo malo es éso: que por él se puede ir a lo otro. Y lo otro, ya lo sabemos, es una ruina en todas las direcciones posibles de la vida.

Aquí, en nuestro clima casi tropical, donde la imaginación arde y el sentido de las cosas se desliza por nuestro pensamiento como si resbalara por una pendiente; donde las gentes empiezan a hablar, a hablar, a hablar, y se emborrachan hablando, debía estar prohibido por la ley el uso interno del vino, porque, para borracheras, bastante tenemos con este alcohol del clima que nos anda en el cuerpo, irritándonos y congestionándonos el modo de ser de la vida.

Un viejo y cristiano magistrado, que sabía por experiencia dilatada que casi todos los desavíos de los pobres y sus desaguisa-

dos y entuertos procedían del vino, decíame con cierta indignación:

Mira, Manolito; yo prohibía su uso y alzaba la mano únicamente para la consagración en la Misa y para las necesidades de la farmacia.

¡Buen negocio iban a hacer los boticarios!—dije yo.

No lo creas. Todo es cuestión de costumbre. Un año después de no catarlo, habría la gente de verlo en las boticas con el mismo respeto medicinal con que se lee hoy en los frascos del estante: Esencia de trementina. —Jarabe de ipecacuana— *u otra golosina por el estilo.*

Es claro que mi amigo exagera un poco; pero que algo hay que hacer, a mí no me cabe la menor duda; porque, o de plano me equivoco, o no ha de tardar mucho en que por causa de este vértigo de la vida moderna, que tanto debilita a los hombres, se tomen por los Gobiernos medidas enérgicas contra el tabaco y el vino. Al menos, así lo he leído en las notas de un hombre que sabe un poco de antropología, y que es-

tá asustado del descenso alarmante de la vitalidad humana en los últimos años.

Pero ¿qué relación tiene esto con los niños?

¿Pues no ha de tener?... El vino, que individualmente hablando, puede en ciertas ocasiones ser un bien, socialmente considerado es siempre un mal. Siendo un mal, fuera una grave falta pedagógica no sembrar en la mente del niño las ideas que después, al ser hombre, han de apartarlo del uso innecesario del líquido que ha dado tanto que hacer a la Humanidad, desde que a nuestro padre Noé se le corrió la mano.

Las ideas que hemos de sembrar son las siguientes:

1.° El ejemplo del maestro y del padre, que tienen el deber, para conservar su autoridad, de ir por delante con la conducta.

2.° La demostración clara, con ejemplos, con citas, con hechos, de que no es propio de hombres, sino de borrachos, el uso inoportuno del vino. El niño que bebe vino por imitar a los hombres, a quien imita es a los borrachos. Que quede fuertemente impresa en ellos esta consideración, porque en

esto de imitar las hombradas anda más de la mitad del alma de los niños.

3.° Que, aunque se *rían ellos de los pulmones,* algo queda de la demostración gráfica de tanta y tanta miseria como podemos enseñarles en el organismo de un alcoholizado.

4.° Que no rijan graves ni adustas prohibiciones en la materia, porque ya sabemos adónde vamos a parar cuando se estira demasiado la cuerda de las limitaciones de la legítima libertad: en el orden político, a las revoluciones; en el orden doméstico, a las rebeldías, y en el orden pedagógico, al *emperramiento en el vicio.*

... ...

Si, con respecto al uso del vino, exceptuábamos la divina consagración y los casos de imprescindible necesidad, con relación a la taberna decretamos desde luego el cierre absoluto, sin sombra de excepción que quite valor universal a nuestra medida.

¡La taberna...! ¿Han visto ustedes un absurdo mayor? Cuando pasen cien años, y las sociedades se afinen un poco, si se afinan, será cosa de ver el gesto de admiración que

van a poner aquellos ciudadanos cuando sepan que en un tiempo pasado, relativamente próximo a ellos, había establecimientos públicos numerosísimos, sin más finalidad que la de envenenar a los ciudadanos, en el caso más favorable con vino, y en el más frecuente, con un brebaje indigno de las funciones digestivas de la Humanidad.

Aquí, en mi pueblo, donde la gente tiene mucha gracia, le dicen a las tabernas *zampuzos*. Cuando una persona se baña y mete la cabeza debajo del agua, vulgarmente llaman a ese acto un *zampuzo*.

Bueno; pues la taberna es eso, un *zampuzo*, porque en ella se pierde la luz y el aire y, si se está mucho tiempo metido en su ambiente, se ahoga uno, se pierde la vida.

Ven, hijo mío, niñito de mi escuela, que quiero enseñarte, para que los aborrezcas desde ahora, esos lugares impropios de la civilización, antros donde toda malicia se combina, toda imbecilidad se asienta y todo asco tiene su natural morada. Ya sé yo que tú no vas ahora a esos sitios; pero vas a ir mañana, y yo no quiero que vayas ni

hoy, ni nunca. Ya que no hay legisladores que te libren de esa plaga, ni Gobiernos que te quiten de en medio esos peligros, ni paternales instituciones que trabajen en echar tierra en ese pozo que los hombres distraídos de tu mejora han abierto en medio del camino de tu vida, quiero, por amor de caridad, tomarte de la mano y, con los ojos del alma, fijar tu atención para que aprendas de una vez la trampa que allí tiene puesta el diablo a tu alma, a tu cuerpo, a tu salud y a tu vida. Razón tenía el que escribió en las paredes de nuestras escuelas de Huelva:

La taberna pone al hombre
bruto, enfermo, loco y pobre.

Mira aquel prójimo grueso, un poco pálido, casi lampiño y con un chirle que le corre el mapa de la cara desde el norte al mediodía: es el sacerdote de ese templo pagano, que se ha escapado por la criba de la historia, y en plena civilización cristiana todavía se permite representar a Baco; hombre que está en mangas de camisa detrás de

aquel mostrador, que todos los vasos sucios los friega en el mismo cacharro de agua, y que ahora cuenta dinero con sus manos de dudosa limpieza; luego echa vino y licores en vasitos de cristal lacrimoso; más tarde, cata golosamente la misma bebida que vende, y que en las propias narices del parroquiano mezcla el vino con el agua, el aguardiente con no sé qué endiablada combinación industrial, y las pesetas buenas con alguna pesetilla falsa que hay que *pasar*. Ese hombre, que algunas veces es una buena persona a quien la necesidad trae a esos negocios, es en otras ocasiones individuo familiarizado con la justicia histórica, de quien han renegado en más de un sumario los escribientes de los Juzgados de instrucción por el trabajo que les manda.

Si conoces a cuatro taberneros, cotéjalos con este sacerdote de Baco, y verás que tres, por lo menos, responden al tipo que te estoy enseñando.

¿Ves aquella mesa, no de pintado de pino, sino de pino sin pintar, en la que hablan acaloradamente dos hombres y beben con sed devoradora vasos y vasos de aquel men-

jurge con color de vino? ¿No ves cómo piden una botella y otra, y otra? ¿No los ves tambalearse, con el vidriado alcohólico en los ojos, las bocas impuras vomitando blasfemias y vinazos, los pies torpes y las manos inciertas, que ora pagan lo que han bebido y aún más, y ora amenazan señalando hacia sus abandonados hogares?

Pues esos hombres tienen hijitos que aquella noche van a acostarse sin cenar, porque sus padres...

Mira los hombres de aquel otro grupo que, barajando fichas de dominó, arman sobre la mesa una algarabía inaguantable.

¿Los ves? Pues así están casi todo el día. No se les conoce otra ocupación. Al menos, a la luz del sol, no se les ha podido ver oficio en que desenvuelvan la actividad. Seguro que más de cuatro tienen ocupaciones nocturnas, que no serán ni guardar las calles ni rezar maitines.

¿Quiénes son aquellos dos silenciosos que delante de sendos vasos de vino tienen el aire de recelo, la mirada torcida y el gesto patibulario, y a quienes la aparente calma está delatando tempestades interiores? Ob-

serva que en la puerta hay un policía que parece que no hace nada, pero que no les quita ojo. Son caballeros de grande y general estima, a quienes casi todas las puertas se abren, porque son pocas las puertas que resisten a la ganzúa.

¿Qué escándalo es ése? ¡Ah, sí!: es que en el corralillo de la taberna hay comilona. No sé qué guisote, ni qué guitarrero, ni qué mujercilla *cantaora* han levantado una tempestad de deseos de *juerga*, y aquello arde en una continua fiebre de locura y de vino. ¿No ves cómo disputan por si Fulano toca mejor o peor, por si la mujer canta o no canta, por si el *Gallo*, por si Belmonte...? La borrachera es reina y señora del corralillo... ¿Qué es éso? Una bofetada, gritos, carreras, mesas rodando, navajas en las manos, un tiro, otro, y el diluvio universal de exclamaciones y lamentos. La blasfemia ha sido el verbo humano en la contienda. El tabernero, después de echar la llave al cajón de los cuartos, ha tenido a bien esconderse. ¡Socorro, socorro!, se oye, desfallecidamente, allá dentro... Hay un silencio que asusta a todos los corazones, y el mascarón de la tra-

gedia tabernera, estúpido, soez y sangriento, hace una mueca de triunfo... Una voz grita: *¡Aquí, aquí, un hombre muerto...!*

Ven, hijo mío: ¿Ves aquel pobre expirando en un charco de sangre y vino, con el pecho atravesado de un balazo? Pues ese hombre es padre de familia, y deja en la miseria a sus niños pequeños. Vámonos, que no quiero que presencies el horrible cuadro; vámonos, y piensa que ese hombre ha muerto sin confesión y en pecado... ¡El Sagrado Corazón de Jesús le valga!

¿Te atreverás, después de lo que has visto, a entrar en toda tu vida en la taberna? Si entras, no te quejes luego, porque a ti te han dicho todas sus miserias, y a ese pobre que acaban de matar quizá no le dijeran nada... ¡Es verdad:

La taberna pone al hombre
bruto, loco, enfermo y pobre...!

XVII

LA NAVAJA Y EL VALOR

¡Chiquiyo, he visto un hombre, con una navaja de mueyes así (señalando todo el brazo). *¡Qué valiente debe se...! ¡Me gustan la ma los hombres valientes...! ¡Chiquiyo, qué navaja, qué peazo de navaja...!*

Pues mira tú, a mí no me gusta éso; me da miedo de las jerramientas...

Tú dices eso porque toavía no tienes más que once años; cuando tengas doce, como yo, verás...

Te digo que no me gustan y que me dan miedo, ahora, el año que viene y siempre.

Quizá será eso, porque tú eres cobarde...

¿Cobarde? ¡Psch!

Este par de ciudadanos siguen calle abajo, distraídos en su conversación, cuando a una mujer que va delante de ellos se le cae al suelo, sin que lo note, una peseta.

El niño cobarde va a gritar a la mujer; pero el *valiente* hace un gesto que cohibe al primero, lo que no es obstáculo para que éste se haya apoderado de la moneda, que cayó más cerca de él.

(Con gesto de mando) : *¡Cáyate la boca...! ¡No seas tonto...! ¡Pues no va a devolvé la peseta...! ¿Tú eres tonto, dí?*

Ya lo creo que la voy a devolver... Cuanto la mujer salga de la casa donde entró, ya la tiene en la mano...

¡Lo que nos vamos a diverti, chiquillo...! ¿Tú sabe las cosas que podemos comprar con la peseta?

Sí, y a esa pobrecita mujer la dejamos sin dinero, ¿verdad...?

¿Pero tú te has creío que el dinero es de ella? ¡De ella..., bueno!

Entonces, ¿de quién es...?

¿De quién va a ser? De su amo, que es aquel ricacho que vive en la esquina.

¿Del ricacho... del ricacho...? Pues, ¡lo mismo da!

(Pasa un joven zamorano con el bombo de los barquillos de canela.)

¡Barquiyos, barquiyos...! ¡Qué ricos!

Anda, mira, la cambiamos y jugamos dos gorda... ¡Anda, tonto...!

El barquillero está ya rodeado de cinco o seis muchachos, y uno de ellos juega la suerte. Las palabras *dos..., nueve..., doce...*, juntamente con el repiqueteo de la ruleta, se le meten al pobre niño cobarde en el corazón...

El diabluelo tentador sigue en sus trece...

Después de los barquiyos compraremos palo dulce; luego, un trompo, y a la tarde iremos al cine...

¿A ti te gusta el cine?

¡Muchísimo!

Salen unas vista más bonitas, ¿no es verdad?

La última vez que yo fuí eran cosas de la guerra...! ¡Más sordaos...! Y después hicieron títeres... ¡Si la peseta fuera mía, ya lo creo que iba yo esta tarde al cine...!

¿Y no es tuya?

No es mía.

¿Y quién se va a enterar, vamos a ve?

Mi madre.

¿Tu madre? ¿Quién se lo va a decí?

Un pajarito azul que dice eya que se lo cuenta tó; y es verdá: se lo cuenta tó.

¡Cuando yo digo, chiquiyo, que tú eres tonto... ¡Un pajarito! Habrá pamplinoso...!

Sí, sí; tú dices todo lo que quieras, pero ese pajarito es el Angel de mi guarda; así lo dijo una vez el señó Vicario...

... ...

Tome usted, señora, esta peseta que se le cayó a usté antes.

¡Gracias, hijo mío...! ¡Pues es verdad...! ¡Muchísimas gracias...! Luego, en casa, no lo iban a creer y me tomarían por una... No, no; eso no podía ser. ¡Gracias, Dios mío...!

La pobre mujer besa efusivamente al niño, y en sus ojos brilla una lágrima.

A mí me consta de buena tinta que el pajarito en aquel momento decía, rozando con sus alas de seda en el alma del niño: "Muy bien, muy bien". Y también me consta que el niño sentía un placer cien veces más grande que el de los barquillos, los trompos, el palo dulce y el cine...

¡Como que es un valiente en toda la extensión de la palabra! Es un valiente que ha sabido sacar en triunfo la idea del deber

cuando la habían acorralado todas las tentaciones...

En cambio, el niño que mide el valor por la longitud de la navaja, es tan cobarde, que una simple peseta lo ha arrancado de cuajo del buen sistema moral...

En *Cada maestrito*... expusimos la idea de que el valor no era más que el vencimiento de nosotros por nosotros mismos; porque cuando llegamos a ese dichoso estado, todos los enemigos de la vida no merecen ni la atención de un minuto.

La navaja, la pistolita, la matonería, ni plantean problemas de valor, ni otra cosa que se les parezca.

La navaja, de hoja panzona, de filo sutil, de cabo de cuerno con aplicaciones metálicas, cuyo dueño la enseña al descuido, ufano de ser el *hombrazo* que maneja aquella alhaja, es siempre cobarde y casi siempre traidora...

Los homicidios se presentan como tales ante la justicia. En la puerta de la taberna, en la encrucijada, o en el camino del pueblo, esos homicidios son casi siempre asesinatos. No son estas palabras mías: las han pronun-

ciado la experiencia de cuarenta años y un entendimiento de primer orden en la carrera del Derecho.

Me molestan y me ofendo. Me acomete la ira y grito. Me domina la soberbia y pego. Me excita la envidia y me tuerzo como un reptil. Me agravia uno y le suelto un navajazo. Todo eso lo hace cualquiera. No se necesita más que ser cobarde para obrar así.

Yo le llamo valiente al que no se ofende, al que no grita, al que no pega, al que no se tuerce, al que no da navajazos...

La navaja es la grotesta cristalización del veinte por ciento de fanfarronería que tiene nuestra raza en la sangre. Como el grito noble y altivo es la expresión de ese cuarenta por ciento de valor verdad que hay en el alma española. La frente serena de los que saben sacrificarse, como Teresa de Jesús, como Juan de Dios, forman el otro cuarenta del carácter de la Patria.

¿Para qué tiene usted esa navaja?
Pa cortá el pan.
¿El pan? (¡!) ¿Pero usted dónde come?
En casa.

Entonces no comprendo cómo no está también en casa la navaja.

¿Y la defensa de uno...?

¡Ah, vamos! Ya ese es otro cantar. Pues mire usted: tan persona soy yo como usted, y en la vida he necesitado ir por la calle como un hombre de la edad de hierro... Y debo advertirle que lo que me pasa a mí le ocurre al noventa por ciento de los hombres cultos. Los ciudadanos que tienen alejada en absoluto de su espíritu la idea de pelear con nadie, en la vida se les ocurre llevar esos acompañamientos, propios de matarifes.

Muchos otros que no alejan de su pensamiento la posibilidad de pelear, se echan el navajón en el bolsillo con estas palabras interiores: "Por lo que pueda ocurrir."

Ese hombre que al salir de su casa se prepara así, ha andado ya, sólo con eso, más de la mitad del camino de las reyertas que acaban con sangre y ruina.

Predica usté en desierto, don Manue; porque, diga usted lo que diga, cualquiera me quita a mí mi compañera.

¿Que cualquiera se la quita a usted? Que fuera yo Gobierno, y ya le ajustarían las

cuentas a usted y a todos los compinches de usted...

¿Qué haría usted?

Pues, fundado en que son muchos los centenares de españoles que mueren todos los años por las picaduras de esas víboras, me dejaba de registros, cacheos, ni pamplinitas, que si acaso modifican algo son los efectos, y de golpe y porrazo me iba a la raíz y la arrancaba de cuajo. En las fábricas de armas se iban a concluir para siempre las herramientas que ordinariamente emplean los hombres en la vida civil para matarse unos a otros. Y nada más.

Mientras no haya Gobiernos que metan en cintura este fanfarrón matonismo, óyeme tú, hijito, y tómale un santo horror a la navaja y a todos los que la emplean; a la pistola y todos los que creen que el colmo de la grandeza de un hombre está en tener aquéllo sobre su cuerpo con la tranquilidad de quien lleva un libro o un escapulario.

¿Ves? Aquí, encima de la mesa de clase, está la navajita que un niño me entregó voluntariamente después de haberle explicado

estas cosas. Desde entonces, gracias a Dios, no hay entre mis alumnos quien gaste esos juguetes, que no son más que una gimnasia moral, para tener el ánimo preparado al uso de las armas del homicidio.

¡Ah! Te voy a dar un consejo. Yo sé que tú, ríe riendo, puedes hacer mucho en tu casa... *¡Si tu padre gastara esas cosas...! ¿Hay pozo en tu corral...? ¿Sí? Pues al pozo con ellas. Una vez, dos veces, siempre. Porque quizá, hijo mío, esté en eso el pan de tu niñez y la felicidad tranquila de tu pobreza honrada.*

XVIII

LOS NIÑOS TOREROS

Lo vamos a decir de una vez. Hay en España quien tiene a los toros más afición que los hombres: los niños.

Es una locura que les viene tan honda, que no parece sino que allá dentro del alma se les ha metido, con toda su reata de cuernos, banderillas, capas, estoques y garrochas, la musa maja de la taurofilia...

En el patio del colegio, en una hora de descanso, juegan con aplicadísimo interés al toro. Me acerco a uno que acaba de echar un lance, y le pregunto:

¿Qué suerte es esa?

¡Pues vaya una pregunta, don Manuel!... ¿Qué va a ser?... Una verónica.

¿Y la que ha hecho ahora Pepito?

Una navarra. Y esa otra, una de frente por detrás y...

¡Bueno, bueno!... Lo sabéis todo...

¡Pregúntele usted a Fuentes!... (Fuentes es auténtico Fuentes, y no nombre de afición.)

¿Pero qué le pasa a Fuentes?

¡Que ese sí que sabe!...

Vamos a ver, Fuentes, ilustrísimo Fuentes, torea...

Pues mire usted. ¿Ve usted esta larga? Pues es la del "Gallo" Y esta, la del Guerra, y esta, la de Joselito.

¡Atiza! ¡Qué erudición!

Y este pase con la izquierda, de Juan Belmonte, y este molinete, del...

Demonio. ¿Pero quien te ha enseñado a ti todo ese cúmulo de utilísimos conocimientos?

"Petaca", uno que fué puntillero del "Lítri" y que vive en mi casa.

... ...

Hace algunos años, cuando empezaron nuestras escuelas a funcionar, me propuse yo concluir con esta embriaguez de la monomanía taurina, e hice cuanto estuvo a mi alcance para acabar con las distracciones toreras de los muchachos del colegio. Recuer-

do que la primera piedra del edificio que yo quería levantar, fué la corta en pública sesión de dos coletas que auténticas, no metafóricas, se habían dejado crecer dos de aquellos recién llegados alumnos.

Horrores prediqué entonces de toros y toreros: propuse premios para los que me hablaran mejor contra las corridas, y a más de prohibir que se jugara en el colegio, avisé correctivos, para aquellos de quienes yo supiera que extramuros violaban mis mandatos. Fué una buena cruzada contra la monomanía taurina.

Al principio, por la novedad, más bien que por nada, obtuve un ligero triunfo; pero poco a poco, llegué a convencerme de que todo era absolutamente inútil, porque el medio social trabajaba de un modo invencible contra las buenas voluntades de un maestro novato que sufría alfilerazos de impaciencia por la perfección de sus alumnos.

En efecto, el niño en todas partes y en todos los momentos recibía impresiones completamente contrarias a mi enseñanza. Si se paraba un momento a la puerta de la

taberna, de allá adentro venían hasta él emanaciones y fermentos de vino y toros. Si oía la conversación de los albañiles en el andamio, de los herreros en el yunque, de los barberos entre barba y rape y de los municipales en la esquina, milagro había de ser que la conversación no fuera salpicada con nombres propios como éstos: Miura, *Pepete*, Saltillo, *Guerrita*. Si miraba a las paredes, un cartelón amarillo o colorado, decía con letras como brazos de grandes: *Toros*. Si caía un periódico en sus manos, toros en Cuenca, en Jaén, en Madrid, en Bayona... Si pasaba por las puertas de un café, toreros había de ver por fuerza. Si ponía los ojos en el estante del restaurant, allí estaban en las mejores marcas de vinos, los retratos y nombres de matadores de toros. Si leía una revista ilustrada, se encontraba con que la mitad del número eran retratos de la familia real, y la otra mitad de asuntos de la tauromaquia; y al considerar la indiscutible alteza de lo primero, pensaba el absurdo de que no debía irle muy en zaga lo segundo, cuando tan de cerca ordinariamente se encontraban. Si

veía un señor por la calle con su bastón de autoridad, su desacostumbrada levita y su chistera con el vello de punta, ya se sabe que aquel señor iba a presidir la corrida: y finalmente, si las mujeres, que son en todo acto la clave de la delicadeza, se componían como nunca y echaban el resto para presenciar la corrida y daban la *nota de color* de la fiesta, era natural que los niños siguieran en el empeño de su afición porque el maestro tan solo, tan desviado de la corriente general, debía prohibirles lo que les prohibía, tal vez por una rareza, o acaso por algún secreto que no les era dado conocer.

Y eso, que no sabían que quien les contrariaba de aquel modo era un aficionado empedernido, que sacrificaba, al hacer la guerra a los toros, su gusto y afición al mandato de sus obligaciones de maestro, y al dictado de su conciencia, que le exigía obrar así, como dije en *Cada maestrito*...

Algún tiempo después, he podido con perfecta autoridad prohibir estas cosas y hacer la guerra escolar a la monomanía taurina, porque se me ha secado la afición; pero repito que todo, todo lo que se haga es inútil.

Lo que hago ahora, es sacarle al mal sin remedio todo el partido posible, o al menos todo lo que a mis pobres luces se ha podido ocurrir. Permito que se juegue al toro, pero impongo condiciones por el estilo de las que voy a referir, y algo vamos ganando.

Quiero, por ejemplo, que se estudien bien los pecados capitales y las virtudes contrarias, y exijo que la corrida sea de siete toros. Cada uno de ellos es un pecado capital. *Tú eres la Soberbia, tú la Avaricia, tú la Lujuria,* etc., etc. *¡Al encierro!...* Hacen falta siete matadores. *Tú te vas a llamar Humildad, tú Largueza, tú Castidad,* etc., etc...

Hay que advertir que son espectadores todos los niños del colegio.

Sea, por ejemplo, el primer toro.

¿Cómo se llama?

Todos los chicos gritando: *Soberbia.*

¿Quién mata a la Soberbia?

¡La Humildad!...

¡Que salga el matador Humildad!

Presente, don Manuel.

¡Cuáles son tus banderilleros?

Aquí los tiene usted; estos dos.

¿Cómo te llamas tú?

¿Yo? No me enfado.

¿Y tú?

Yo me llamo, Sin orgullo.

Bueno; pues que salga el toro.

Embestida por aquí, suerte por allá, alegría estrepitosa de los muchachos, y algazara andaluza por todo lo alto. Tocan a banderillas, y pregunto yo:

¿Cómo se llama el que le va a clavar al toro de la Soberbia las banderillas?

Todos los chicos a voz en grito: No me enfado.

¿Y ese que se las pone ahora?

Sin orgullo.

De modo, que a la Soberbia se banderillea, no enfandándose y no teniendo orgullo ¿No es verdad?...

¡Sí, señor!...

Tocan a matar.

¡Que brinde alto, que brinde alto!...

Señor Presidente: brindo por usted y por su acompañamiento, y porque yo, que soy la Humildad, le pongo las patas para arriba a la Soberbia, ya que también me han ayudado el no enfadarme y el no tener orgullo.

Pases variados, ceñidos y valientes, olés

c ados, una gran atención en el respetable público y la Humildad que se enfila y atiza un volapié de P. P. y W. El toro cae sin puntilla.

¿Quién mató a la Soberbia?

Todos entusiasmados:

¡La Humildad, la Humildad!

La *Humildad* es sacada en hombros...

Et sic de cœteris...

Esos son los niños toreros, porque al bautizar así este capítulo, no me iba a referir a esos pobrecitos niños a quienes explotan cuatro caballeros sin conciencia, llevándolos y trayéndolos por las plazas de toros, en una edad en que debían estar al cuidado de sus *imcomprensibles* padres.

Una noticia para los señores aficionados. Teniendo por base de la veracidad de mis palabras, el hecho evidente de que a cualquier maestro medianamente observador le pasa por el conocimiento el modo de ser de la sociedad futura, doce años lo menos antes que a los demás mortales, por la sencilla razón de que conoce a los niños de hoy, que van a ser los hombres de mañana, os anuncio:

Que no lloréis por la ruina de la fiesta de toros, que os doy palabra de honor de que va para allá, es decir, para ustedes, una riada de taurómacos que mete miedo...

¡Qué lástima!...

XIX

LOS NIÑOS INGRATOS Y LOS AGRADECIDOS

Un filósofo excéptico ha dicho que la gratitud es una virtud extranjera entre nosotros. Me va a permitir el filósofo del mundo que el modesto observador cristiano le enmiende un poco la plana porque le ha salido tuerta.

Hay una turbionada de ingratos por esos mundos de Dios, y puede decirse que vivimos en un mar de ingratitudes, cada una de las cuales es como aquél, amarga, como aquél, traidora, y como aquél, inclemente. Esto es dolorosamente cierto. Pero hay también mucha gente buena, bien nacida, que agradece hasta morir, y que salva a la humanidad del juicio del filósofo de marras.

Nadie como Jesucristo zahirió a los in-

gratos con la terrible ironía que puso en su pregunta, en una ocasión en que iba a ser apedreado por la canalla. Jesucristo les preguntó. *¿Por cuál de los favores que os he hecho me apedreáis?*

Estas palabras como todas las evangélicas son definitivas. ¿Se puede decir más? ¿Se puede decir algo más expresivo?

La ingratitud nació de mala manera en el concubinato del egoísmo con la soberbia. Mal debe de andar de alma un hijo de tales padres, y larga debe ser su historia, pues en el Paraíso mostró su negrura, haciendo olvidar a la pareja feliz que los goces que les rodeaban debían agradecerlos a Dios; y me he venido muy acá, porque el Angel Caído, antes de caer, estaba resplandeciente de gloria y venturas de célica consistencia, y fué el primer ingrato puesto en rebeldía contra quien lo hizo feliz.

Desde Luzbel en la rebelión, hasta las ingratitudes de ahora, ya ha llovido veces, y a pesar de tanta agua, no ha perdido el feo pecado, ni el olor, ni las manchas que las manos del demonio pusieron en él. Con

sangre de Cristo se lavan, pero cualquiera habla a los ingratos de Cristo.

Me cruzo con un muchacho en la calle, él me mira, le miro yo y se hace el distraído para no saludarme. ¿Quién es? Un exdiscípulo mío...

La estocada de la pena me da en mitad del corazón.

Yo le llamara de buen grado, y bajo, muy bajito, para que no se enterara nadie, le dejaría caer estas palabras:

—*Mira, hijo mío, aunque tú no me quieras ya, yo te quiero. Yo me sacrifiqué por tí, trabajé por tí, arrostré graves inconvenientes sociales para llegar hasta tí. Un día te abrí delante de los ojos horizontes de luz. Otro te enseñé cosas del mundo moral. Quise hacerte sabio y hacerte bueno. Te acaricié, te besé; sin que tú me vieras, lloré más de una vez por tus desgracias; me preocupé siempre por tu suerte, y fuí mil veces a la sociedad a hablar y propagar que en tu mejora estaba el porvenir de la patria y del mundo. No te pedí nunca nada. Te amé y te amo. Y eso que espero que pueda llegar un día en que tenga*

que preguntarte: ¿Por cuál de los favores que te hice, me apedreas?—

Anda con Dios, hijo mío, y que sus santas inspiraciones te gobiernen. Vete en paz. Te perdono, y que en medio de ese mundo que roba corazones y que a tí te ha robado el tuyo, te conserves digno y bueno; y, cuando el mundo se descuide un momento, recupera tu santa libertad, presa en la complicada red de los respetos humanos, y una vez que vuelvas a ser dueño de tu corazón, no me busques a mí, pero ve al Sagrario a buscar a Quien está allí para que los ingratos se lo coman y tengan vida eterna...

¿Son muchos los alumnos que después de salir del colegio vuelven la cara para no saludar a su maestro?

Me duelen tanto esas cosas, que me acuerdo de todas, y podía decir a ustedes un número en que seguramente no habría error. ¡Del quince al veinte por ciento han hecho eso conmigo...!

Voy a referir a los lectores un caso estupendo, capaz él sólo de hacerle a uno perder los estribos y abandonar nuestra obra,

si en ella no tuviéramos los ojos puestos en Dios únicamente.

No es la gratitud de un niño. Es la cobardía de un niño y la ingratitud de un padre.

Nadie fué más querido que este muchacho en nuestras escuelas. Para él las caricias, para él las distinciones, para él la confianza de todos los maestros. ¿Había un par de botas disponible? Pues para él. ¿Había juguetes? ¿Había meriendas? ¿Había expediciones campestres? ¿Había alguien a quien se le mostrara cariño en todo y por todo? ¿Qué había en la escuela que no fuera suyo?

Un día me dijo: *Mire usted don Manuel, después de mi familia, a quien quiero más en el mundo es al señor Vicario y luego a usted y luego... y luego...*

¡Zalamerillo...! El muchacho es inteligente y sabe que esa palabra quería decir: *¡Bendito seas!*

Empieza el tremendo período que tantas víctimas hace en los niños pobres, o sea el estirón del crecimiento de los doce a los ca-

torce años, y ya tenemos a nuestro amiguito, descolorido, con ojeras...

¿No ha venido Fulano?

No señor, don Manuel, está malo. Tiene calenturas.

¡Vaya por Dios! ¡Quisiera verlo!

Vendrá mañana, porque la calentura, que no es muy grande, le da por las tardes... dice uno.

La idea de la catástrofe se apodera de mi espíritu...

Yo sé muy bien lo que son esas cosas. Eso es, que su padre tiene un sueldo muy chico, y tiene mucha familia y el niño está creciendo y le hace falta comer más... ¡No, pues lo que es por eso, no...!

Hablé con el niño, y luego con el señor Arcipreste, a quien expuse un plan que él conocía, porque este caso lo vemos y tocamos con frecuencia. El Arcipreste no me dejó obrar, y dijo: *Deje usted, que yo arreglaré eso...*

Y el arreglo es que el niño come con él en su mesa, y es resultado de todo que la anemia se combate, las calenturas se acaban,

la salud vuelve y se roba a la muerte prematura una víctima.

Bueno, pues cuatro meses después de salir del colegio, este niño ha pronunciado un discursito en un Centro enemigo de la Iglesia y se ha mofado de los curas con burla sangrienta.

Nos consta que el niño no quiso y que hasta lloró cuando le obligaron; pero su padre le impuso a la fuerza la voluntad de aprender y decir el discurso donde a sus nobles antiguos protectores se ponían públicamente en ridículo. Y este niño, que tenía un gran ingenio, y que además era el número uno de la compañía de cómicos del colegio, por la desenvoltura de su carácter y hasta por la travesura graciosa de su modo especial de ser, comete la iniquidad dicha y no se le ocurre *enmudecer* en el momento de perpetrar la ingratitud... ¡Él, que ha enmudecido tantas veces en el colegio cuando le convenía para salirse con sus cosas de niños...!

Y el colmo de todo esto es que el padre sabe perfectamente todo el cariño y todas

las distinciones que con su hijo se guardaron en el colegio.

¡Bendito sea Dios, que le da al Arcipreste fuerzas para pasar por estas cosas...!

... ...

Pero dejemos esas impresiones tristes, y alegrémonos, porque más del ochenta por ciento de mis discípulos, después que han salido del colegio, nos tienen un sincero cariño y nos manifiestan su agradecimiento de todos modos... ¡Ah, no; la Humanidad no es tan mala como se dice...!

¡Pero qué cosas más bonitas hacen algunas veces conmigo!

Me conmueven, me hacen derramar lágrimas.

Bajo del tren en la estación. Se disputan mi maleta dos muchachos. Uno de ellos se ha impuesto al otro y lleva ya encima de su cabeza desmelenada mi equipaje...

Cuando llego a casa y voy a pagarle, sale corriendo y me dice a voz en grito: *Don Manuel, a usted no se le cobra...* Es un antiguo discípulo. Le insto a voces que venga, y es la única vez que no me ha obedecido en su vida...

Medito un momento y pienso, lleno de fe, que ya pueden venir ingratitudes... ¡Hijo mío, cualquiera que te vea en la calle con tu blusita, tus alpargatas y tus remiendos, llevando sobre la cabeza una maleta, pensará que eres un golfo...! ¡Un golfo! ¡Un golfo...! ¿Pero qué sabe la gente...? Un golfo que tiene el alma cien veces más noble y más pura que la mía...

... ...

Hablo con un amigo en la calle. Se acerca un niño que se educó en mi escuela y, dándome una flor, me dice: *Don Manuel, pa que se lo ponga usté en el pecho...* Yo me la pongo en la solapa, pero mi discípulo antiguo quizá no sepa que la llevo prendida mucho más adentro: la llevo en el alma...

... ...

¡Ese es... ese es! Ese, soy yo, y el que habla es un niño que me muestra a su madre. Hablo con ellos un instante y me llevo el convencimiento de que aquella familia me quiere de veras, y que si se les presentara ocasión harían por mí cualquier cosa...

XX

LA BLASFEMIA

Quiero aplicar unos severos azotes a la brutalidad de los que blasfeman y a la culpable negligencia de los que permiten blasfemar. Llevo con esto el propósito de defender el derecho que tienen los niños a que nadie perturbe su alma, ni ensucie sus oídos, y el derecho inviolable de Dios a la augusta limpieza de su nombre.

¡Ah, ciudades andaluzas!, ¿quién ha metido en vuestro diccionario popular tanta miserable basura? Se os contempla, y con la luz de vuestros cielos, de vuestras calles y de vuestros campos encantáis a quien os mira.

Pero se os oye, y dais una impresión *pluscuam-rifeña,* porque en el Rif no se nombra a Alá más que para honrarlo, y en vuestras calles rueda la grosería, envol-

viendo en sus detritus el santo nombre de Dios.

Hombres desvergonzados de mi tierra: blasfemáis tanto, que habéis pegado la enfermedad de vuestra lengua a las mujeres, y va extendiéndose el mal hasta la inocente palabra de los niños.

¡Las mujeres, también las mujeres! Esa criatura celestial de ojos limpios, frente pura, alma de ángel y formas divinas, que encanta a los poetas y hace enfermar de amor a sus amadores, ¿pertenece a la misma raza que aquella otra que, por *quítame allá esas pajas,* empareja con la vecina, y, manos en jarras, ojo chico y saltón, boca sucia y olor a desván, escupe a diestro y siniestro el insulto de su alma de mala bestia, sin olvidarse en ningún caso de escupir también para *arriba?*

¿Es Teresa de Jesús, hacendosa, fina, trabajadora, analítica, llena de amor al prójimo, casta, limpia, pensadora como nadie, poeta sin igual y mística arrobada en la visión de Dios, más alta que la luz y más espiritual que una idea, de la misma raza que esa mujer que excita a su macho a realizar

crímenes ante los cuales hasta los hombres fieros vacilan, y que no tiene más verbo en sus excitaciones que la blasfemia, soez, estupenda...?

Decididamente, Cuvier y los grandes naturalistas han hecho una mala clasificación. Ellos dirán científicamente lo que quieran; pero yo creo que muchos y muchas con quienes tropiezo en la calle no son de la misma especie que el benévolo lector de estas líneas, que yo o que cualquiera persona que, por serlo, esté en pleno uso y disfrute de su razón natural.

Yo haría la clasificación así: minerales, vegetales, animales, animales-blasfemos, y hombres.

La fauna de la blasfemia es muy varia, y pudiéramos decir divertida, si no fuera repugnante por propia naturaleza.

Hay blasfemos por ira, por costumbre, por presunción, por propaganda y por molestar.

Yo conozco un señor que pasa por instruído, y que lo será sin duda (aunque algo más habría que hablar sobre su educación), que al momento en que una contrariedad le

visita, se dispara, y allá va el insulto a Dios, que, como es natural, se recibe por las personas sensatas como un tiro que saliera de una escopeta que se ha supuesto descargada. ¡Quién había de esperar eso de un señor así...!

¿Cree usted en Dios?—le pregunto.

No, señor.

Pues, amigo, bien se pone usted en ridículo; porque dice usted que no cree en Él, y, no obstante, le maltrata con la palabra. Desengáñese, que hay que abandonar una de las dos cosas: o su ateísmo, o sus blasfemias, porque si se queda usted con las dos, va usted a tener a cada instante una pelea de pensamientos en la cabeza.

Este señor contesta una frescura, o un disparate, y queda terminada la cuestión. ¿Para qué les servirá a estos caballeros el entendimiento?

Es ahora el herrero, el carrero o cualquiera de esos honrados menestrales que, sin enfado, sin contrariedad ninguna, van ilustrando a cada momento su conversación con una serie de blasfemias frías que meten miedo.

¿Por qué blasfema usted tanto?

Ya ve usted, la costumbre...

¡Bonita costumbre...! ¿Pero usted cree en Dios?

Mire usted: creer, lo que se llama creer, creo. De otras cosa, ca uno se sabe su cuento; pero, como creer, ya lo sabe usted: creo. Sí, señó, creo.

¿Y no tiene usted miedo de provocar a Dios, sabiendo que puede castigar a usted con el poder que, como Dios, tiene?

Pues, mire usted, no había caío yo...

Vamos a ver: ¿Cree usted que Dios le oye?...

¡Ya lo creo...!

¿Y usted ha pensado en la cara que pondrá Dios en su trono de gloria, cuando vayan llegando allí las palabras de usted, y se entere que casi todas las que usted pronuncia son salivazos que le tira a su divino rostro?

Cate usted ahí otra cosa en que tampoco había caío yo... ¡Maldita costumbre! ¡Por vía del mundo, que no vuelvo a mentar más a Dios, ni a la Virgen, ni a nadie de allá arriba! ¡Es que está uno más bruto!...

Relevación de prueba.

Entre los blasfemos por presunción están los niños. Esta presunción la hemos encontrado en el capítulo "¡Ya yo fumo!" y en otras muchas ocasiones en que el secreto de obrar de los pequeños es ésta: imitar a los hombres.

Vais por la calle y oís a un niño de diez o doce años blasfemar. Fijaos bien y veréis que ocurre eso casi siempre así: primero, disputa con otro niño; segundo, deseos vehementes de *salirse con la suya;* tercero, ganas de manifestar al otro que él le es muy superior; cuarto, gesto de hombre, y, últimamente la blasfemia, que es entonces en sus labios la mostración de su virilidad.

Ocurre en este caso que, como él cree que mientras más y más fuerte blasfeme por más hombre han de tenerle, aprieta tanto el pobrecito, que no hay quien lo haga mejor con vistas a Luzbel.

El padre de este niño, el vecino de al lado, el señorito, el que sabe, el que no sabe, el blanco, el negro, todos han blasfemado y a todos los ha oído él blasfemar. Todos han sido inductores de ese asqueroso vicio:

todos han operado con tan grosera pedagogía social sobre los oídos del pequeño.

Los alumnos de mi colegio no blasfeman, gracias a Dios. Casi todos ellos, cuando son recién venidos a nuestras escuelas, traen en los labios manchas de blasfemia. Luego, a medida que van educándose, se les va limpiando el léxico, y cuando alguno de los que no han cogido todavía el engranaje nuestro, dice, no ya blasfemias, sino una simple palabra fea, se recibe con muestras de desagrado por todos los oyentes, y alguno que tiene el vicio de acusar se desliza hasta mí y me dice: *Don Manuel, Fulanito ha dicho una cosa de picardía...*

Como la blasfemia se construye, gramaticalmente hablando, con el empleo de un verbo sucio y grosero que acciona sobre el nombre excelso de Dios, es muy práctico, con respecto a la educación de los niños, hacerles fijar la imaginación reposadamente en cada uno de estos términos: primero, sobre la grosería, bajeza y ausencia de decoro del verbo de referencia; segundo, sobre la esplendente hermosura de Dios.

Así se consigue hacer perder la parte de

rutina que hay muchas veces en la blasfemia, porque no pueden menos de asombrarse los niños y tomar profunda antipatía y repugnancia moral a la relación inconcebible de los dos términos predichos. Yo he conocido a un niño que tenía la pésima costumbre de blasfemar, y, al hacerle meditar sobre los dos términos de la relación, se echó a llorar desconsoladamente. No blasfemará ya nunca.

No merecen siquiera que nos ocupemos del que yo llamo blasfemo de propaganda y del que blasfema para molestar a su prójimo.

Yo soy un hombre libre que se ríe de todo lo que signifique creencia religiosa. Yo soy superior a estos neos y beatos. Yo me río de todas las paparruchas y boberías de vuestros sentimientos religiosos. Yo soy de otra raza muy superior...

Todo esto hay en algunas blasfemias que oigo yo en la calle. Es la que se pone como encabezamiento de la propaganda de ciertas ideas y de ciertos hechos.

De estos pobres asquerosos seres, el segundo, o sea el que ofende a Dios sólo para

molestar a los demás, une a todas las indignidades del género la miseria específica de su cobardía.

A éste le molesta por cualquier causa don Fulano, hombre de buena educación y cristianas costumbres, y, como no se atreve personalmente con D. Fulano por temor a cualquier cosa, blasfema porque sabe que eso hiere el alma de aquel señor con quien no se atreve cara a cara. Es ésta la más diabólica de todas las especies del insulto a Dios; y, si antes hemos calificado de fría una blasfemia, de ésta podemos decir que es un carámbano de la zona glacial del espíritu.

Hay dos procedimientos para curar estas llagas sociales: uno, el del venerable Dom Bosco, empleado por el pedagogo sin igual en una ocasión en que hacía un viaje a Rívoli en el pescante de una diligencia. Convino con el cochero que si éste no blasfemaba hasta Rívoli le daría dos liras, aclarando los términos del contrato de tal manera que, por cada blasfemia que el cochero soltara, Dom Bosco desquitaría 20 céntimos de las ofrecidas monedas de plata. Cuando terminó el viaje, el cochero debía a Dom Bosco unas

pocas de liras, y eso que el pobre hombre había hecho esfuerzos soberanos para ganarse lo prometido.

No obstante, al despedirse los dos, Dom Bosco le regaló las dos liras, previa una humildísima exhortación.

Esto último se metió en el alma del blasfemo de tal manera, que primero produjole una gran preocupación y luego un sentimiento admirativo hacia el sencillo y cristiano modo como aquel sacerdote humilde le había reprendido, y, finalmente, un gran disgusto de sí mismo, que dió por resultado el no blasfemar más en su vida.

Los que tengan dulzura evangélica de tan alta graduación, que la empleen como aquel bendito de Dios. Mas como presumo que va a tener pocos imitadores la pedagogía extraordinaria del fundador del Instituto cien veces admirable de los Salesianos, me permito recomendar a los lectores, políticos y autoridades la propaganda y práctica del segundo procedimiento, que está al alcance de cualquier funcionario que quiera cumplir la ley y su deber.

El Sr. Pérez Mozo, gobernador que fué

de Valencia, y a quien no tuve el gusto de conocer, desterró del vocabulario de la capital levantina el uso de la blasfemia. En breve tiempo se operó el increíble milagro..

Leyó la cartilla, como vulgarmente se dice, a los encargados de vigilar el orden, e impuso multas a los blasfemos. Cuando recibió recomendaciones políticas para levantar esas multas, sirviéronle de estímulo para cobrar las impuestas con más prontitud. Al que no tenía dinero para pagar, cumpliendo las leyes del Estado, le obligaba a cumplir su pena en la cárcel. Es fama que aún no se habían impuesto media docena de correctivos y ya las calles de Valencia parecían otra cosa...

Cuando concluyó este digno funcionario su gobierno, en aquella provincia no blasfemaba, públicamente, nadie.

Después no sé lo que ocurriría allí; pero, si posteriormente se hizo cumplir la ley, tened la seguridad de que la blasfemia habrá desaparecido.

El procedimiento responde admirablemente a la constitución psicológica del blasfemo. Este, o es un cobarde, o es un impío,

o un mal educado, o es todo eso junto; y el lector comprenderá claramente que a todos esos conceptos cuadra de modo admirable la corrección penal como perfecta pedagogía de efecto inmediato y seguro.

¡Bellas ciudades andaluzas: cuando voy por vuestras calles y oigo blasfemar a los mismos encargados de velar por el orden y la urbanidad, pienso: ¡Dios mío, hasta cuándo vas a retardar el obsequio de un Pérez Mozo para cada una de estas hermosas capitales...!

Concluyendo, diré, con respecto a los niños, que hay en esta materia una medicina de indiscutible eficacia, mucho más radical, para los efectos de combatir la blasfemia, que todo lo que indicábamos anteriormente. Mirad qué sencilla: *¡Que no blasfemen los hombres!*

CAPITULO XXI

EL REY Y LOS NIÑOS

—¿Qué opinión tiene usted del Rey?

—Del Rey no tengo opinión. Tengo sinceras admiraciones y una devoción singular, porque, a todos los amores que inspira en mí la realeza, se une en este caso el valer personal del Monarca, valer tan grande que, si Don Alfonso no fuera Rey, merecería serlo. Más de una vez oí a los enemigos de la Monarquía hablar del Rey despectivamente, y yo les dije siempre que ese falso juicio, por fortuna casi desterrado del pueblo español, se puede tener cuando no se ha hablado un momento con Don Alfonso. Inteligencia aguda, ilustración extensa y perfectamente cimentada, optimismo, valentía y amor joven y vehemente por la madre España, son condiciones del Rey, ennoblecidas por una democracia tan grande, tan

sincera, tan cordial, que bien puede decirse que lo característico del Rey es la gran democracia de su corazón. Al decir democracia quiero decir afecto al pueblo, no de mitin ni de comité, sino emoción íntima que levanta en el ánimo del Rey un altar donde, después de Dios, se adora paternalmente al pueblo.

—Yo quisiera que me dijera usted algo de D. Alfonso relacionado con la enseñanza.

—Don Alfonso tiene la obsesión de la enseñanza. Pudiera decirse que es esto lo que más le preocupa, lo que más le hace estudiar, y lo que es objeto de sus meditaciones más profundas. El Rey está tan enterado, tan perfectamente puesto en estas cosas de la enseñanza, que hace poco tiempo fuí yo a Madrid y me presentaron a un notable escritor que se ha especializado en cuestiones pedagógicas, el cual escritor pedagogo me habló del humanismo en la enseñanza, y para defender su tesis tiró de libreta y me leyó las horas que se dedican cada día, en todas las naciones civilizadas, al latín, al griego, a la filosofía y a la cultura clásica.

Era una estadística completa y un poco mareante por la diversidad de números y datos que bailaban en ella. Al escritor le era preciso recurrir a los apuntes de su libreta. Pues bien; al día siguiente fuí a ver al Rey con mi buen amigo el subsecretario de Instrucción, Sr. Leániz, y en una larga conversación sobre enseñanza, Don Alfonso, sin libreta y sin apuntes, daba noticias de todas las cosas que me había leído el literato y algunas más, y todo ello le salía al Rey como la cosa más natural para dar fuerza a su deseo de que la enseñanza fuera humanista. Todo el pensamiento de la Ciudad Universitaria, magna idea que hará cambiar el aspecto intelectual de España, es obra del Rey. Puede usted decir, sin miedo a errores, que acaso no haya un español tan ejercitado como el Rey en las disciplinas generales de la cultura.

—¿Y de las relaciones con sus escuelas, qué nos puede usted decir? Eso tiene un interés grande y el público ha de leerlo con mucha curiosidad.

—Pues oiga usted, señor periodista ama-

ble y curioso. Yo empecé mi labor en estas escuelas gratuitas hace más de veinte años. ¿No es cosa de ayer, verdad? Al principio, es decir, lo menos en diez años, no tuve ayuda oficial ninguna. Alguno que otro donativo me hacía el ministerio de Instrucción pública cuando los amigos de escuela lo pedían al ministro del ramo. El primer consejero que llevó al presupuesto del Estado una subvención permanente para nuestras escuelas fué el liberal D. Julio Burell. Alguien le dijo que cómo se atrevía a subvencionar una escuela reconocidamente católica, siendo él tan liberal, y contestó: "Para hacer hombres cultos y hombres buenos, no me importan los colores. Sé que es una escuela admirable, y con eso me basta..." Desde entonces hasta hoy no ha habido un solo ministro de Instrucción que no haya recibido del Rey recomendaciones calurosas para proteger nuestra obra de niños pobres.

—¿Estuvo usted una vez en Palacio con veinte niños de sus escuelas?

—Sí, señor; y el Rey se entusiasmó en tales términos, que hubo un momento en que

vi empañarse sus ojos de emoción, y, acariciando las cabezas de aquellos niñitos, declaró que viendo estas cosas se sentía orgulloso de ser español.

Por cierto que uno de los chiquillos, extrañado de ver al Rey en traje corriente militar—pues él, por lo visto, había pensado encontrarlo con manto, cetro y corona—, me dijo muy bajito, para que S. M. no se enterara: *¡Me caigo en dié; si el rey es un sordao, don Manué!*

—Cuente usted, maestro, alguna anécdota del Rey y los niños en las Escuelas del Sagrado Corazón, de Huelva.

—Pues mire usted; el Rey, el Infante Don Carlos, el cardenal arzobispo de Sevilla, el ministro de Marina, paisano nuestro, D. Honorio Cornejo; el director del *A B C*, el embajador de la Argentina, el pobre marqués de Viana, la duquesa de la Victoria y todo el acompañamiento de S. M., estaban contentísimos después de la visita al Internado gratuito para estudios del Magisterio. "*Ya estoy deseando examinar a los*

niños de las escuelas", dijo el Rey. Hicieron cosas preciosas los chiquillos. Estuvieron inspirados de Dios. El auditorio real estaba encantado. "*Esto es una completa maravilla*", dijo el embajador argentino; y el marqués de Viana se hartó con ellos en ejercicios de geografía del Japón.

Llevaban ya dos horas de visita, y el Rey, muy satisfecho, interrumpe a un chico que hacía un ejercicio de historia de España, jugando a la *piola* o saltando.

—*Vamos a ver*—dice S. M. al chiquillo—, *¿qué año fué esa batalla de Pavía?*

—*El año mil... mil quinientos... mil quinientos veintisiete...*

—*Te equivocaste, que fué dos años antes; fué en 1525.*

El chiquillo se pone triste, y el Rey dice:

—*No vayas a creer, hijo mío, que yo sea un erudito. Nada de eso. Yo sé esa fecha porque en la Armería Real hay una coraza del Rey Francisco I y dice en su tarjeta: "Pavía, 1525"; y como la veo todos los días, no tiene nada de particular que yo la sepa.*

La ovación que hicieron los chiquillos al Rey en ese momento fué de las que hacen época. Era absolutamente sincera, calurosa, de corazones. Eran todos los corazones de una multitud de niñitos pobres que se ofrecían como un perfume de Dios al Rey modesto y sabio.

CAPITULO XXII

COMUNION

El huracán era dueño del mar. En la bárbara sinfonía de sus irritaciones silbaba la flauta de los reptiles, había rechinamientos desesperados, y un rugir pavoroso de trompa llevaba la voz de aquella hora, sin luz, en que toda la naturaleza era drama.

Los hombres van en un pobre barco roto. Se ha hecho ya todo lo humano para defenderse... Es imposible luchar. Hay que morir... Uno dijo:

—*Luis, hermano rey, levanta tú al Santísimo en el aire, que Él es más fuerte que la tempestad.*

Pero no había hostia que ofrecer, y, entonces, el Rey santo, gloria del trono de Francia, toma en sus manos un niño que él bautizara, lo ofrece al Señor, levantándolo en el aire, y al trazar con él una gran cruz

sobre el cielo, la tormenta enmudece como si la plegaria le hubiera tronchado las alas al huracán.

Muchas veces he dicho yo, y alguien se extrañaba de oírme, que un niñito bautizado, inocente, es lo que más se parece a la Eucaristía. Pan blanco de la carne pura, limpieza virginal que en la hostia es propia y en el niño adquirida por el agua del Jordán; modestia humilde de los dos; perfume doméstico del hogar y de la harina; río de caricias y de besos; prodigio de ternuras y de atracciones; en grado sin medida, eternal, sois del Sacramento, y en cantidad del límite humano estáis en el niño.

Sólo la carne y la sangre de la Virgen se parecen más a la Eucaristía que los niños inocentes y puros.

Lo dije una vez, y la ciencia tuvo una sonrisa desdeñosa para mí... Yo admiro a la ciencia y la respeto mucho, pero estoy muy contento de que San Luis y yo pensemos lo mismo.

He visto en la galería *Uffizi*, de Florencia, un cuadro del Correggio que es la expresión clara y precisa del pensamiento, según

el cual, lo que más se parece a la Eucaristía son los niños. El gran artista de la escuela de Parma, dulce como Murillo y fuerte como Miguel Angel, ha puesto a la Virgen de rodillas adorando a Jesús Niñito, recostado sobre unas pajas en el suelo. No se puede ver el cuadro sin sentir una emoción sacramental. A medida que miro más al Niño, más claro veo que su carne blanca y rosa es harina de la hostia. ¡Ah!, no cabe duda, aquel Niño desnudo es Eucaristía pura, y la Virgen lo venera con el deseo íntimo de una perfecta comunión. Nadie se ha exaltado en ningún comulgatorio como la Virgen lo está delante del *bambino*. Es que se han encontrado en las cumbres infinitas el amor maternal y el eterno. El cuadro del Corregio es como un anuncio, como una aurora de la Eucaristía que vendrá después, cuando el trigo del maestro esté preparado para que lo muelan en la cruz.

Yo tengo la impresión de que todos los niños inocentes, florecidos en la gracia bautismal y aún no contaminados de las mise-

rias morales de la vida, se parecen. No hay nada más parecido a la carne de la hostia que la carne de los niños. Con sus ojos, sonrisas y besos se forma un mundo de pureza único en la vida, que puede ser como un emblema, como una sugestión, del gran misterio sacramental.

Luego, cuando los niños pecan, ya son como nosotros, fruta mordida y aire viciado. Aquella eternidad de la blancura intocada del picacho se ha estremecido al sentir que en su nieve perpetua se hundía la garra sucia de un aguilucho de la cordillera.

Antes del desastre de aquella blancura de nardo, en pleno triunfo de la inocencia infantil, ha podido el santo Rey de Francia levantar en el aire el niño y romper con su inocencia las alas ásperas e indomables del huracán. Y Correggio, el inspirado, pinta, tal vez sin pretenderlo, un asunto verdaderamente eucarístico, cuando Jesús no tiene más que unos días y aun falta una treintena larga de años para que surja el milagro formidable de la noche pascual.

Porque no cabe duda que viendo a un niño inocente se recuerda a Jesús; y viendo a Jesús desnudo, recién nacido, adorado por su madre, como lo puso el gran maestro italiano, se piensa necesariamente en la Eucaristía.

CAPITULO XXIII

COSAS INTERESANTES

El ahorro es una alta virtud que, sin dejar de serlo, ha sentado sus reales en el campo mercantil, realizándose así unas nupcias simpáticas entre el orden espiritual y la necesidad humana del comercio.

Estamos tan acostumbrados a que muchos intelectuales marquen con sus burlas y hasta con sus anatemas a lo que un poeta llama *groserías necesarias de la vida,* que siento una singular complacencia cuando en la esfera de lo útil, de lo comercial y de lo *grosero,* veo que se realiza aquella bendita unión, en que todo un mundo de ideas y sentimientos que informan la vida íntima del hogar, cae amorosamente en los brazos de los números y de los negocios mercantiles.

Por el ahorro, la virtud doméstica se hace pública. No parece sino que para fortalecerse

busca el apoyo exterior, nutriéndose en la cooperación y en auxilio de los demás. Es decir, que aquello que en el orden íntimo no tiene más fuerza de obligar que la mera amonestación de la conciencia advirtiéndonos la necesidad de prever razonablemente los azares propios de la vida, se convierte por causa del convenio en una razón exterior y jurídica que nos obliga a ahorrar. Sentimos el aguijón de ser ordenados y previsores, y como ese orden y esa previsión tiene siempre cien enemigos mortales en la sociedad humana, nos ponemos bajo el amparo de un compromiso jurídico para luchar con las tentaciones y los vicios, que destruyen nuestro ahorro y nuestro porvenir.

—*¿Qué tienes, tan triste?*—le pregunto a un niño pobre de mis escuelas.

El niño se echa a llorar. Su padre ha muerto hace unos días...

—*¡Mi papá se murió!...*

—*¡Vaya por Dios, muchacho! ¿Cuántos hermanos tienes?*

—*Dos hermana chiquetiya, mi Juanito y yo.*

Total: cuatro niños pequeños y una ma-

dre inútil, porque han de saber nuestros lectores que *Juan el Pelao,* que con su muerte causó esta perturbación terrible en su hogar, era un hombre que sacaba magníficos jornales en los faluchos de pesca, pues muchos días entraba en su casa con seis, ocho y hasta con diez duros ganados. La mujer de Juan no sabía más que gastar todo eso en la familia.

Los niños, perfectamente vestidos; la esposa, echa un brazo de mar; la casa, nadando en la bundancia; todo en un plan formidable, y de pronto, el edificio que se derrumba, cogiendo en sus escombros a una mujer que no sabe ni puede afrontar la situación y a cuatro inocentes, que pasan de la categoría de niños que disfrutan de todo, a la realidad de pobrísimas criaturas que se mueren de hambre.

¡Quién pudiera meter en las frentes de esos padres buenos, pero salvajemente incultos, la idea de que hay que ahorrar, no con la ambición del avaro, que es una fiebre maligna y una infección del espíritu, sino con el buen sentido del amor paternal que se priva de un placer innecesario y guarda su

duro pensando en el porvenir de sus hijitos!...

* * *

Entre los enemigos de la tranquilidad humana, se destacan muy principalmente el lujo y el vino. Ambos van contra el ahorro. Si el ahorro triunfa, es porque ha sabido volar con las dos alas de la modestia y la templanza.

Ved a ese buen empleado, cajero de una Sociedad mercantil, a la que dedica todas las energías de su corazón y toda la luz de su inteligencia. Este hombre tiene una familia que le suscita cien problemas diarios. Los sombreros de las niñas están muy vistos, los trajes de paseo están fuera de moda, porque el último grito de la elegancia tiene otros figurines y la vanidad machacona e intransigente de la familia obliga al padre a hacer cábalas y combinaciones para conseguir lo imposible, que se obtiene aplicando el funesto principio de *trampa adelante*...

Y hay que abonarse al teatro...

¿No se puede? Lágrimas y cuestión. Bailes. *¿No se puede?* Suspiros, violencias y es-

pectáculos domésticos. Y hoy es un coche para pasear siquiera una vez al mes, y mañana la invitación para contribuir a una obra benéfica, y el otro unos zarcillos largos., etc., y como el padre no puede y la trampa le agobia y los acreedores le ponen la cara colorada, se pone a comer y no puede, los nervios dirigen su vida, la imaginación le multiplica el mal, la calentura le disloca el entendimiento; y como no medita, ni razona, un día negro su mano temblorosa entra en la caja, y el fantasma del delito se levanta al fin ante el desdichado, martirizándole con sus acusaciones...

¡Ah, trajes, modas, zarcillos y vanidades, qué caros costáis! Era un hombre intachable y honrado y vuestras necedades le hicieron caer al abismo y a la ruina.

¡Qué falta de caridad tan grande hay en el mundo! ¡Pobre padre, cómo se ahoga en la charca sin que haya una mano de amor que fraternalmente trate de salvarle!

Con el sentido del ahorro hubiera sido la del cajero una familia feliz...

* * *

Hay en mis escuelas un chiquillo de cinco años, tan nervioso e inquieto, que la maestra que cuida de los párvulos no sabe lo que hacer con él para fijarle la atención y conquistarle.

Hace unos días consiguió que el chico atendiera, ofreciéndole un álbum de grabados en color, con animales y juegos preciosos. El chiquillo, para conseguir su deseo, realizó el prodigio de dominar sus nervios, algo desequilibrados. Venció, y loco de alegría se llevó a su casa el regalo como si tremolara una bandera triunfal...

Al día siguiente el alumno del premio se ha presentado en la escuela llorando.

—*¿Por qué lloras, hijo?*

—*Porque mi padre ha vendío el álbum.*

—*¿Que lo ha vendido?*

—*Zi zeñó, pa vino, en la taberna, que yo lo vi...*

* * *

Y yo digo: vaya usted con ideas del ahorro a un obrero que para satisfacer su pasión alcohólica le vende los premios a su niño. Esos premios que los padres buenos y

normales guardan entre los más puros recuerdos del hogar como se guarda una joya... Mi madre murió de noventa años, y todavía conservaba como una reliquia los premios que yo me gané en la escuela.

Hay, pues, que hacer campaña en contra del lujo y el vino y levantar en la consideración de las gentes la idea de que el ahorro nos obligará a ser templados, sobrios y modestos, demostrándoles también que el seguro de vida, enriquecido por el genio mercantil con mil combinaciones que multiplican el beneficio, es la forma más fácil y perfecta del ahorro moderno, pues se resuelven con él los graves problemas planteados en el corazón mismo de la familia.

CAPITULO XXIV

FUTBOL

En plena plaza de San Francisco, próxima a nuestras escuelas, hay una partida original de fútbol. Diez o doce chiquillos, mal trajeados, descalzos, se entregan desenfrenadamente al juego inglés, que también se ha naturalizado en España.

Por el suelo arenoso de la plaza va y viene el balón, que es un pedazo de chaqueta vieja hecho pelota por obra y gracia de una guita que en fuerza de vueltas y más vueltas ha conseguido dar al trapo viejo una forma groseramente esférica.

Cada puerta del campo de juego está marcada por dos gorras, puestas en el suelo a unos tres o cuatro metros de distancia una de otra.

En el centro de las dos gorras hay un portero que espera el ataque.

El escándalo que arman los jugadores es de padre y muy señor mío.

—¡Dale ahí, *Perico,...!* ¡Centra, chiquillo; centra, que estás *atontao!*

—¡Duro ahí, *Pelao,* duro ahí! ¡Que la cuela, que la cuela! ¡Ole el *Pelao...!* ¡Que te la quita, que te la quita! ¡Echasela al delantero! ¡Ole! ¡*Gooó!*

—¡Que ha sío gó! ¡Que no ha sío gó!

¡Que sí! ¡Que no! El juez del campo toca un pito de madera de esos que, además de sus funciones propias, tiene la de dejar pintados de grosella los labios de quien los usa.

¡Pri, pri, pri, pri, pri...!

Señó Juan, el municipal, que ha presenciado con gran interés el partido callejero, se cree en el deber de intervenir en la cuestión:

—¡Ea, niños; dejarse de pamplinas, y a jugá, que yo he visto mu bien que eso ha sío gó!

—¡Usté qué va a vé!

—¡Que lo he visto, niño! Este chiquillo fué el que lo tiró, y el portero no lo pudo pará. Yo lo vi...

Entonces, el capitán del bando contrario grita al municipal.

—¡Señó Juan; pero... usté no ve que el Pelao, que fué el que chutó, estaba urzai!

—¡Tú si que está urzai... urzai!

—¡Sí, señó; urzai! ¿No es verdá, Canario? Usté no sabe ni una papa de furbo.

Y cuando al bueno del municipal empezaba a ocurrírsele un disparate para contestar a Canario, porque se la ha atravesado la palabra *urzai* (*outside*, que escriben los ingleses), la campanita de la escuela tocaba a la clase de la tarde, y los chiquillos, en desbandada, dejaron al guardia un tanto en ridículo, solo, con la palabra en la boca y sin saber lo que era *urzai*.

—*¡Urzai!* ¡Qué será eso, Dios mío! ¿Será pitorreo del niño? No..., lo dijo mu serio... ¿Qué pajolera cosa será *urzai*, señó? Si eso parece cosa de la familia de Guzmán... ¡Porque mardita sea la má...! Yo sabía antes lo mío de leé, de escribí y de cuenta; pero, como no lo usa uno, se me va borrando tó... O yo estoy majareta perdío, o a mí me parece que eso es fransé, *¡urzai...!* ¡Fransé, más claro que la lú...!

Los futbolistas, mientras tanto, iban ha-

ciendo *goals* con sus cuerpos por la puerta grande del colegio.

Es verdad que en esta puerta no hay portero para estorbar la entrada. Digo mal: hay en ella una escultura del Salvador con brazos abiertos, que llama a los niños con la ternura indecible de la frase evangélica.

Los *goals* que hacen los niños con la pelota de sus cuerpos al entrar en la escuela, son mucho más importantes que los *gó* de la plaza de San Francisco, sin ser éstos males del todo, y con la ventaja por parte de aquéllos de que no hay nadie *urzai,* porque está todo el mundo en su sitio y en su línea.

Este juego inglés tiene el inconveniente de que perturba con su léxico a los guardias curiosos, a más de otras dificultades de orden moral, porque ni en las peleas de gallos ni en las corridas de toros, ni en ningún espectáculo público, toma la muchedumbre una parte tan febril como en el fútbol, discutiendo sus *gó, urzai, córna* y *chutes,* palabras de extranjis que llegan a la multitud completamente averiadas.

Así, pues, el idioma inglés queda hecho polvo; el idioma español, que recibe la mer-

cancía en malas condiciones, queda peor; y la pasión que el juego despierta en la caliente juventud española lleva a ésta por unos derrotes donde la hidalguía de la raza suele quedar mal.

Será preciso hacer campaña educativa para que los partidos de fútbol no resulten un espectáculo poco edificante.

No soy enemigo de este juego. Creo que tiene muchas cosas buenas; pero es preciso depurarlo de sus inconvenientes, y cada Club debe tener en ello un decidido propósito de perfección.

CAPITULO XXV

MISERIAS

Se me ha presentado ayer en mis escuelas de Onuba un niño de siete años con el cuerpo lleno de manchas cárdenas y llagas sangrientas. El niño tiembla nervioso y agotado.

—*¿Qué tienes, qué es eso?*

—*¡Mi padre, que me ha pegao!*

Da miedo verle al niño las espaldas y el pecho... ¡Qué infamia!

Después de reanimarlo convenientemente, ponemos un bálsamo sobre las huellas de la agresión paternal.

Como un niño pobre es lo que se parece más a Jesucristo en el mundo, mientras se le está curando me parece que es aquella la misma carne flagelada de Jesús.

Las mujeres que hacen el servicio doméstico en nuestras Escuelas e Internado se echan a llorar al ver al niño.

El cuadro tiene una ternura inefable y produce una indignación nerviosa.

Esta indignación desajusta la paz del espíritu. Siente uno ganas de...

—*¿Pero por qué te ha pegado tu padre, así?*

El niño no sabe explicarse y llora siempre...

—*¿Tienes madre?*

—*¡No zeñó!*

Entonces me entra una grande angustia y me figuro a la madre del niño que desde la otra vida manda lágrimas e inspiraciones para defender a su hijito.

Don Carlos, el director de nuestras escuelas, como sacerdote que es, interviene llamando al padre del niño para que explique su conducta y además para corregirle su manera de castigar.

El padre ve a nuestro D. Carlitos y le dice que el muchacho tiene el vicio de robar todo lo que encuentra en casa, y que él pierde la paciencia y le castiga fuertemente porque quiere tener a su hijo, muerto, antes que ladrón.

¿Ladrón? Este hombre no sabe lo que dice.

¿Ladrón de siete años? ¿Dónde está eso?

Según la ley penal, hace falta para imponer a un niño leves penas que tenga más de nueve años y menos de quince y que haya obrado con discernimiento.

Este es el Código penal. El Código es un guardián un poco duro, bastante duro. La sociedad lo ha puesto en la vida con la cara muy seria y muy grave para que nos defienda a todos.

Este padre es más duro que el Código. El concepto que este hombre tiene del honor no cabe en las ternuras del amor humano.

Para ser ladrón es preciso tener la noción exacta de la propiedad de las cosas y romper esa noción con el atropello voluntario del delito.

El niño no sabe leer, no sabe hablar apenas; tiene una carita triste de inocente, y unos ojos en cuya luz no brilla la inteligencia todavía. El niño es torpe y retardado.

Con plena inconsciencia, la pobre criatura coge las cosas de su padre con un sentimien-

to indefinido de acción puramente mecánica y animal.

Hay que aleccionar a este niño con dulzura, con habilidad, con amor. Hay que sensibilizarle el concepto de los bienes del prójimo para que los respete y hasta los tema. La propiedad ajena hay que pintársela como un perro que está echado en el camino. El perro está muy serio y muy hosco. Si el niño pasa por allí y no le toca, el perro no le muerde. Tal vez murmure el animal algún leve gruñido anunciador de que está en guardia y con los colmillos preparados; pero, en fin, eso no es más que un anuncio.

Si el niño se mete con el perro, entonces sobreviene la acometida, y los dientes del animal se clavarán furiosos en las pantorrillas del chiquillo.

¡Guárdate del perro!, escribían los romanos en las puertas de sus casas.

¡Bonito es el animal que está en el camino para andarse con tonterías! Tiene por dientes el Código.

El bueno de Don Carlos predica al padre del niño, que llega a enternecerse ofreciendo

solemnemente no pegar a la criatura en la forma bárbara que antes lo hizo.

Me parece plausible la manera evangélica que Don Carlitos ha puesto en práctica para afrontar esta dolorosa cuestión... Ahora bien, si el padre repite la faena con el hijo inocente, entre la madre del pequeño, allá arriba, y Don Carlos y yo, aquí abajo, vamos a arreglar las cosas de tal modo que el poder paternal pierda sus derechos, trasladándolos a quien tenga la fibra más humana y más tierna.

Además, el padre no debe olvidar que el perro del camino sabe también, con toda precisión, dónde tienen los padres brutos las pantorrillas.

CAPITULO XXVI

AGUINALDOS

Señor que tienes muchos billetes de mil pesetas en la cuenta corriente de los Bancos; cuidadoso guardián de un paquete grande de onzas, que con otros muchos más pequeños, de monedas de a cinco duros, viven perezosamente dormidos en el fondo de un mueble; hacendado de dehesas, ganaderías y rentas pingües, e industriales de fortunas grandes: si sois cristianos y tenéis el sentido de todo lo que significa en el mundo ese venir de Jesús a Belén, con frío, con pobreza, con amor, a redimir al hombre preparando a la Humanidad los caminos del cielo; si el hogar vuestro quiere tener la alegría y la paz del Niño admirable, acordaos de los pobres, y muy especialmente de los niños pobres.

Nosotros vivimos entre niños pobres. Po-

bres que aprenden, pobres que estudian, pobres que empiezan a redimirse...

¿Necesitáis más motivos para considerar a nuestras escuelas dignas de vuestro aguinaldo? ¿Aún no os movéis? Pues bien: pensad que estos niños pedirán por vosotros en este tiempo pascual. Pedirán por vuestros hijos, por vuestros enfermos, por vuestros difuntos. Pedirán por vuestros negocios y por vuestras almas. ¿No queréis?

Pues entonces no hay que apurarse, porque yo voy a pedirle a los lectores pobres del "*Maestrito*"... que busquen a Jesús en el Sagrario y nos manden oraciones para acá. Con esas oraciones hará Dios pan, ropa, medicinas, material de enseñanza y todo lo necesario para las Escuelas e Internado gratuito de Maestros. De las piedras del camino hará Jesús adoradores suyos cuando a su real voluntad cuadre; excuso deciros lo que hará si en vez de piedras son oraciones de almas buenas y abnegadas.

¡Que conste que esperamos los aguinaldos de los ricos y las oraciones de los pobres! Y si algún rico quiere mandarnos, además de un billete grande o chico, una oración,

entonces nos volveremos locos de alegría porque no habrá nada más laudable en el mundo. Dinero y oración. ¡Buen Aguinaldo! No nos olvidéis, por Dios, hermanos míos, que tenemos muchas, muchas, muchas necesidades y muchos problemas enormes sin resolver. Que la Virgen Milagrosa nos conceda a todos una Pascua feliz.

—Dor Manué, ¿qué me va usté a da a mí pa esta Nochebuena?

—¡Ya veremos, ya veremos! ¿Qué te dimos el año pasado?

—A mí, una chaqueta, porque estaba muerto e frío, y pa mi madre dos tarros de Emurción Descó.

—Po a mí me dieron batatas, y mi hermana las puso a cocé y nos jartamos, don Manué.

—A mí me tocó medio almud de castañas...

—Y a mí, unas botas y un duro pa mi padre, que estaba parao hacía más de un mes...

—Bien, bien, hombre..., pues este año.

—¿Qué, no va a bé ná?

—No, hombre; eso, no. Pero dependerá

de lo que quieran ablandarse nuestros amigos por ahí...

—¿Y si no se ablandan, Dor Manué?

—Si no se ablandan, ya veremos lo que nos manda Dios. Seguro que nos convidan con algo. Es preciso que vosotros no olvidéis la obligación de pedir de todo corazón por nuestros protectores, y en este tiempo tan interesante, cuando el Niño viene a sufrir por nosotros, ofrecerle nuestras almas y nuestras vidas; y yendo mucho al Sagrario, tirarle miles de besos a la puertecita dorada, besos con el pensamiento, que esos son los que le gustan a Él, tan chiquito, tan precioso, tan requetebueno, que dan ganas de comérselo a besos, y de comérselo también de otro modo, de ese modo que tanto le agrada al Niño cuando lo entramos dentro de nosotros en el momento divino de la Sagrada Comunión.

—Entonce, Dor Manué, el Niño tan chiquerretín y tó está también en la Hostia.

—¿Que si está? ¡Vaya si está! Está muy a su gusto, porque como Él sabe que los niños lo comulgan mejor que nadie, pues se hace Niño para los niños, que son su delicia,

y también para los hombres que se aniñan... Cuando tú vayas a comulgar piensa que aquella Hostia que tú tomas es el Niño que está en el pesebre de Belén, y cuando lo pienses y te den ganas de volar, de ser muy bueno y hasta de llorar cuando el Niño llore, te acuerdas un poquito de mí y de los protectores del Colegio y le pides por nosotros...

El niño se pone muy serio, y, como si hubiera descubierto un mundo nuevo, me dice con grande emoción:

—*Sí que lo haré; lo haré, pediré por lo que usté quiere... ¡No había yo caío en la cuenta de que la Hostia es también el Niño!...*

CAPITULO XXVII

LA SENCILLEZ BENDITA

Una pobre madre de familia con una carga de chiquillos pierde en la mesa la paciencia con una niña de tres años y le da un azote.

El padre no puede tolerar que le peguen a los niños y se levanta enfadado. Sin comer se mete en la cama con humor de perros.

La niña, ejemplo exquisito de sensibilidad, comprende perfectamente la situación que se ha provocado por culpa de ella y, acercándose a la cama de su papá, le dice con graciosa media lengua:

—*¿Quiedes que me acueste contigo?*

—*¡Bueno!*—dice el padre.

Ya acostada le dice con una graciosa seriedad al padre:

—*Papá, sabrá que no te quiero ná.*

—*¿Y por qué no me quieres?*

—*No te quiero porque te acuestas sin comer.*

Y como si se tratara de resolver la cuestión sentimental que allí había y que el angelito tenía clavada en el alma, dijo riéndose:

—*Mira, papaíto: a mí, cuando me pega mamá, no me duele, no me duela ná...*

Y se reía con una risa de ángel que sabe poner en disimulo el dolor para evitar disgustos en su casa.

A esta niña, para que su papá no se enfade, no le duelen los golpes que con la paciencia perdida le da su madre.

¡Qué buena!

* * *

Una amiguita mía de cinco años que se llama *Tere* llega de visita a casa de una familia en el momento mismo en que empiezan a cenar.

A la chiquilla le entra el deseo de comer en la casa visitada, y dice, causando extrañeza a todos:

—*¡A mí que no me pongan cubierto!...*

Pero como no le hacen caso se cree en el deber de explicarse y exclama:

—*¡Como no me convidan!...*

La graciosísima *Tere* se salió con la suya: comió.

* * *

Un chiquillo de la escuela de esos acusones me dice:

—*Dor, Manué este niño ma mentao mi madre...*

Yo, para escurrirme de la antipática cuestión, le digo:

—*¡Te ha mentado la madre! ¿Y eso es malo? Mira, tu madre, la mía... Ya están mentadas. ¿Tiene eso algo de particular?*

El chiquillo me mira como si pensara que yo soy tonto.

—*¡Nada, hombre, que eso no es nada!*

Y el barbián, para respetar lo que yo le digo y salirse además con la suya, exclama:

—*Sí señó; primero me mentó la madre, pero también me dijo "hijo de la gran..."*

Este chiquillo no retira jamás la acusación, aunque lo maten.

* * *

Hay un niño descalzo, con seis años, rubicundo, algo respingado de nariz y con una alegría en los ojos que es un encanto.

—Chiquillo, ¿tú no tienes botas?

—Sí, señó, D. Manué.

—Entonces, ¿por qué no te las pones?

—¿Por qué va sé? ¿Usted no ve que está lloviendo?

—¿Y por eso?

—Po claro está. Me las pongo, se mojan y se echan a perdé...

* * *

Este mismo chiquillo se pone de portero voluntario en nuestro colegio. Para no perder el tiempo hace letras en el suelo de cemento, con una tiza.

Llega a visitar el Colegio el señor fiscal de S. M. en Huelva.

—¿Está D. Manuel, niño?

—Sí, señó... ¿Y usté quién es?

—Yo soy el fiscal de la Audiencia.

—Po, miusté, en aquer cuarto de la Dirección está... Ahora que pa entrá usté tiene que decí en la puerta: ¿se pué pasá?

El señor fiscal, hombre de corazón de niño, se encanta con el chiquillo y ríe a todo reir la ingenuidad del ciudadano portero accidental.

* * *

Un chiquitín de cuatro años, una preciosidad de criatura, está oyendo misa en la iglesia del colegio, con toda compostura, pero totalmente distraído.

Se saca un pañolito muy pequeño para sonarse y caen de su bolsillo al suelo, con gran estrépito, dos perras gordas y una chica: un real.

Los muchachos, ante aquel estrépito, vuelven la cara hacia nuestro personaje. Los maestros se ponen serios, y el chiquillo, sonriente, ingenuo y con una completa ignorancia del mal, me dice de modo que pudieron oirlo todos:

—*Don Manué, no sa pure usté; es que se las he quitao a mi madre...*

CAPITULO XXVIII

MANOS QUIETAS

En una de estas gloriosas mañanas de verano hay un grupo de chiquillos a la puerta de mis escuelas de Onuba. Ríen, juegan y hablan. Algunos comen también, porque en estos bandos de gorriones humanos hay siempre comensales de pan con manteca, de pan con aceite y de pan solo, que es la fórmula más general de alimentación de los niños pobres.

Un chiquillo del grupo le dice a otro:

—*Oye, tú, ¿quién ta reventao el labio, di?*

—*Er maestro de mi escuela, que es un verdugo y un júa, er tío ladrón. A mí, de una guantá me partió la boca, y a mi Rafaé por poco lo mata de una paliza... Chiquillo, no lo pueo vé ni pintao; mal rayo lo parta. Yo no voy más a aqueya escuela.*

Este alumno aborrece al hombre que de-

bía educarlo, porque la mano recia del pedagogo abrió un abismo entre los dos.

En vez de abrir abismos hay que tender puentes de luz entre el alma del niño y su maestro, ya que las manos patriarcales educadoras han de ganar las batallas, moviéndose en la ondulación blanda de la caricia, y no en el ángulo de hierro de los porrazos.

Pegarle a una mujer es una cobardía; porque, débil, no puede defenderse. Pegarle a un niño, que es más débil, es una verdadera infamia.

Los niños, por su inconsciencia y travesura natural, y algunos porque son malos, que no parecen sino inspirados del mismísimo demonio, tientan al maestro una, dos, diez veces; y cuando el pobre pedagogo ha apurado todos los recursos de su paciencia y la criatura insiste en el desorden con una tenacidad irrompible, si el maestro no se amarra las manos con las cuerdas de su propia dignidad y con las ligaduras sagradas de su ministerio, entonces las aguas tumultuosas rompen el dique pedagógico, y estamos en plena inundación de bofetadas.

Lo que más agrava el asunto es que los

maestros buenos son hombres de nervio y de sangre; es decir, que tienen las grandes condiciones para pegar. Ese maestro posma que no pega nunca, no por virtud, sino porque nada le mueve el corazón, carece de condiciones para enseñar. En el horno encendido se funden las divinas estatuas de la educación, pero surgen también de sus llamas las grandes calenturas de la ira.

El maestro bueno, el que vale, el que sirve, el que crea, tiene que ser casi siempre un vencedor de su propia naturaleza, para no romper con el martillo de la soberbia la escultura hecha con tanto cariño.

En la incesante lucha de la escuela se presentan al maestro caracteres tan distintos, variedad tan heterogénea de almas y de pasiones de chiquillos, que muchas veces no basta para amarrarse las manos el concepto de la dignidad profesional, ni la consideración del plano superior en que el maestro se mueve.

...Aquel niño no tenía gobierno posible; venía siempre tarde a la escuela, no contestaba jamás cuando se le pedían razones de su conducta, y, agrio con sus compañeros,

por la cosa más insignificante peleaba con todos, agrediéndolos con una rabia retorcida y negra.

Todos los maestros del Colegio fracasaron con él. También yo fracasé. No tenía cura...

Decidí despedirlo, y le dije:

—*Quiero que te vayas, porque aquí pierdes el tiempo. No sabemos educarte... ¡Pobrecita tu madre, qué triste se pondrá!*

Cuando le hablé de su madre, se deshizo en llanto, y yo recibí sus lágrimas con cierta satisfacción, porque, como nunca le oí llorar ni reir, aquel fenómeno inesperado de su psicología me pareció como el anuncio de algo nuevo y extraordinario que había de presentarse inmediatamente.

—*Y tu pobre padre, ¿qué pensará?*

—*¡Mi padre es más malo que un perro!*

Aún no salgo de mi sorpresa cuando el niño insiste:

—*Sí que lo es, porque toas las mañanas se emborracha de aguardiente, y de las zobas que le da a mi madre, la pobrecita se ha puesto tisis.*

El niño lloraba un llanto inacabable... Era

la tragedia de un corazón de nueve años, envenenado prematuramente en la vida. ¡Pobre criatura!

Le di muchos besos. Llamé a los maestritos, y hubo quien, al conocer el misterio de aquella alma dolorida, lloraba de remordimiento, por haber pegado alguna vez al pobre niño.

El triste venía de su hogar lleno de pena y de ira; llegaba tarde a la escuela, porque había de ayudar en los quehaceres mañaneros a su pobre tísica; no contestaba a las preguntas que sobre esto le hacíamos para no revelar el drama de su familia, y con el corazón lleno de hiel, por el motivo más insignificante, formaba las grandes peleas con sus compañeritos...

¿Quién es capaz de pegarle a un niño si piensa que lo que se estima incorregible puede ser originado por tristezas bárbaras de la vida?

Mis maestros saben, pues, que, además de la dignidad del educador, para amarrarse las manos hace falta conocer la gran miseria y desgracia en que viven los niños pobres.

Es preciso tener el alma de acero para cas-

tigar corporalmente a estos santitos de la vida; porque por muy traviesos, pícaros y desordenados que se presenten, sus hambres, fríos, dolores, tristezas y lágrimas inocentes los proclaman santos, muy santos.

Por si no hubiera bastante, hay que concluir de amarrarse las manos viendo en el Crucifijo de clase al Maestro Inmortal de todos los maestros, que, a pesar de los dolores, deshonras e injusticias con que le atropellan en la cruz, amarra sus manos con clavos y los pega al palo con sangre divina, para no castigar allí mismo a la vileza de sus verdugos.

Por otra parte, aunque los niños sean muy felices, el hecho de que las bofetadas caven entre ellos y sus maestros el abismo del odio, es razón suficiente para no pegar jamás, porque el odio es todo lo contrario de la educación, y ésta no puede conseguirse más que con grandes cariños.

Ya hace mucho tiempo que saben en mis escuelas que pegarle a un niño es clavarme a mí un alfiler en la pupila de los ojos.

CAPITULO XXIX

CARIDAD NUEVA

—*Padre, que ma dicho el maestro que me lave los pies.*

—*¿Los pies, chiquiyo? ¡Valiente pamplinozo está tu maestro...!*

Yo hablo con este hombre, que tiene de Dios, de la Patria y de la ciudadanía el mismo concepto que de la higiene, y al descubrir el eriazo de su cabeza y corazón, y pensar que en mi tierra hay legiones de ignorantes como él, siento deseos vivos de no darme descanso en la tarea educadora de los niños pobres.

No sé lo que hacer para que vibre en la sensibilidad nacional cierto nervio que parece dormido.

¿Le llamaré nervio pedagógico?

Me da miedo bautizarlo así, porque mu-

cha gente se pone siempre en guardia con eso de la pedagogía.

Si se entiende por pedagogo un señor serio, grave, distraído, con éxtasis y embobamientos de altísimas lucubraciones, que no ha visto en su vida una escuela, ni un niño, y que, desde su chaquet, dispara en todos los actos *pro cultura* unos formidables discursos, en que el tren de su palabra aun no ha salido del *Imperativo* de Kant cuando entra de pronto en la estación de Hégel y deja boquiabiertos a los oyentes con el *sujeto* de Fichte, el *objeto* de Schelling, la *razón* de Krause y las recetas positivistas del día; si pedagogo es este señor que cuando habla no hay quien lo entienda de puro sabio que es, y que con sus jeroglíficos se ha construído una torre de marfil, en la que vive con el regalo de sus pingües sueldos, entonces hay que reconocer que tienen razón aquellos que se ponen en guardia cuando oyen hablar de pedagogía.

Pero si pedagogo es un hombre bueno que ama a Dios y a la Patria, llora con el sufrimiento del prójimo, goza con sus alegrías y sueña con sembrar en el huerto de la uti-

lidad humana el árbol de la belleza y del bien para que los niños y los hombres sean más buenos y más felices, entonces, me van a permitir aquellos señorones de la desconfianza que yo les invite a un cambio de ideas y sentimientos en este particular.

Hace veinte años que trabajo yo todos los días en un huertecito muy modesto, pero donde toda labor se orienta a la regeneración de España, y en ese trajinar de mi vida he podido ver prácticamente que el nervio pedagógico del país está algo insensible, o, por mejor decir, está dormido.

Me explicaré pronto, que no quiero, ni por un solo minuto, figurar en las filas de los pesimistas. Líbreme Dios de abrir los ojos al sol, sin ver en la transparencia aristocrática del alma nacional, tan llena de luz, la inmediata posibilidad de todas las perfecciones.

Así lo creo, de todo corazón, como artículo de fe.

He aquí la cuestión que me preocupa: los ricos en España, que han tenido siempre un exquisito sentimiento para las enfermedades de los pobres, abren con gran facilidad sus

bolsillos y sus consuelos para todas las desdichas que pueblan los hospitales, orfelinatos, asilos, etc. En Madrid, por ejemplo, hay en cada calle una institución de este carácter. Lo mismo pasa en Sevilla y en todas las grandes ciudades españolas. Es decir, que es un hecho indiscutible nuestra noble emoción delante de un pobre tuberculoso, de un niño enfermo o de un anciano desvalido.

No ocurre lo mismo con otra clase de males, porque, si he de ser sincero, no puedo negar que permanecemos casi indiferentes ante la incultura del pueblo. Nos asombran los tumores de la carne, y no se crispan nuestros sensibles nervios ante los tumores de la voluntad y del entendimiento.

Yo sé que la caridad con los enfermos y desvalidos pertenece a un orden elemental y necesario; pero con tanta o más claridad se me impone la idea de que la vida moderna exige de nosotros una profunda lástima para esas inteligencias obscuras, porque nadie encendió en ellas la luz, y para esos corazones fríos, porque no hubo quien los calentara en el amor.

Creo, pues, que la más importante de todas

las formas de la caridad moderna, debe ser aquella que encienda luz y amores en el alma de la muchedumbre. Luz en la escuela, en el periódico, en el libro; y amores en el hogar, en la patria, en el templo, y, por tanto, en la escuela también, que debe ser maestra de todas esas emociones fundamentales.

Se ha dicho que de nacer San Pablo en este tiempo, sería periodista. Yo quiero añadir que sería también maestro de escuela.

Oriéntese, pues, la caridad española hacia ese campo nuevo, entre otras razones, porque mientras más luz y más amor se reparta a los pobres, habrá menos necesidad de hospitales y de casas de beneficencia.

Los más grandes enfermos de la vida actual son el corazón y la cabeza; y el dinero y la voluntad de los ricos deben volar hacia las instituciones donde se cuidan esos órganos, de cuya perfecta sanidad depende el porvenir de la patria.

Quiera Dios que salga de su insensible sueño el nervio pedagógico de la vida nacional, y que esos gloriosos casos aislados, que alguna vez alegran las columnas de nuestros periódicos, sean un estímulo poderoso

que oriente los testamentos y las donaciones de los ricos hacia las obras de caridad nueva, de esa caridad por la que San Pablo seguramente se hubiera hecho periodista y maestro de escuela.

CAPITULO XXX

LOS DOS LUISES

Estaba yo en Fuenteheridos, pueblo de la provincia de Huelva, que tiene un campo lleno de delicias, una fuente que es una gracia de Dios, porque en los seis mil metros cúbicos de agua que produce diariamente están el pan y el bienestar de aquella zona laboriosa y honrada, y hallábame sentado en el umbral de mármol de la casa donde vivía, cuando trabé conversación con Luisito Valle, niño de diez años, inteligente, como todos aquellos serranitos, que ninguno tiene pelo de tonto.

—*¿Vamos a ver, ¿qué es eso de dividir?*

El muchacho me soltó con un poco de carretilla lo que dicen los libros:

—*Determinar las veces que un número contiene a otro...*

—*Bien, bien; pero yo quiero que tú me*

digas, a tu manera, lo que es una cuenta de dividir...

Luisito daba vueltas a la cuestión, pero no aclaraba la cosa a mi gusto.

En esto se acerca al grupo el chiquillo más gracioso y despierto que vi en aquella serranía, Luis Gómez, de tres años, con el pelito rizado, la frente alta y unos ojos investigadores, llenos del ansia loca de ver, y tocados de esa curiosidad insaciable precursora de las vivas inteligencias.

Viví con este niño un mes y no lo vi una sola vez, en tantos días, sin que Luisito tuviera en las manos una pera, una manzana, un bruño, una ciruela o un melocotón.

—¿Qué quieres mejor, Luisito, una fruta o un dulce?

—Una futa pimero, pero me tiene que da er durce después...

Bueno; cuando en mi conversación con el Luis primero, sobre las cuentas de dividir, tiré de ejemplo para aclararle las ideas, se me ocurrió decirle:

—Figúrate que tengo yo mi bolsillo lleno de peras...

Al oir esto Luis Gómez, el del pelo rizado

y la media lengua, clavó en mi americana los ojos buscando ávidamente la debilidad de sus debilidades, o sean esas peras de las huertas de Fuenteheridos, dulces, aromáticas, jugosas, que no tienen nada que envidiar a ninguna otra fruta del mundo.

—*Y figúrate que te doy a tí tres peras; a éste, a Luisín, le doy otras tres...*

A Luisín se le encandilaron los ojos...

Yo hice un gesto como si las tuviese realmente en el bolsillo, y dije:

—*¡Vaya, toma tú tres peras y toma tú otras tres, Luisín!*

Y al alargar mi mano vacía y ver el de los tres años que su gozo daba en un pozo, dibujó una arruga en su frente limpia, y con una seriedad que no podía comprender yo en un niño tan pequeño, ofendidísimo, me dijo tirándome la frase a la cara: "*mentira!*" Y huyendo al medio de la calle, me alargó sus manos nerviosas y con un *pucherito* próximo al llanto gritó:

—*¡Eres un mentiroso!... ¡Mentiroso!*

Estaba el chiquillo para comérselo. Tuve que buscar peras reales para sustituir a las imaginarias de la cuenta de dividir, y una

vez más salió triunfante en la práctica mi observación de que los niños pequeñitos, por mucho talento que tengan, carecen de la facultad de hacer hipótesis, y que a ellos hay que hablarles con la realidad misma, sin imaginaciones ni supuestos.

Quiera Dios proteger en la vida al Luis de diez años y al Luisín gracioso, que me echó en cara mi *mentira*.

CAPITULO XXXI

SINCERIDAD

El niño es naturalmente sincero. Se manifiesta casi siempre conforme a lo que siente, a lo que ama y a lo que aborrece. El vicio contrario a la sinceridad, la doblez es un producto averiado del crecimiento, de la civilización. Un amigo mío, que, según afirma, me quiere con todo su afecto, es, a pesar de todos sus cariños hacia mí, el autor de unos anónimos donde me pone como un trapo. Le molesto, le irrito, le estorbo, y como públicamente me quiere tanto, tiene que valerse del secreto para decirme: *¡mal pedagogo, fenómeno de vanidad, soberbio,* etc. etc.!; y aun cuando en algo y en mucho tiene razón, es lo cierto que él no se queda tranquilo si no disfruta del placer solitario del anónimo, poniéndome como no digan dueñas.

¿Por qué no reinará en el mundo la ver-

dad? Aparte de sus relaciones con Dios, el hombre es un animal que se distingue de los otros en que sabe hacer comedias. Vive en pura y constante comedia. Hay quien encierra la verdad en el espíritu y la sentencia a prisión perpetua, a cadena perpetua. Hay quien alguna vez dice la verdad por equivocación. Hay quien echa fuera la verdad, pero mezclada siempre con la mentira en una unión tan estrecha, que fuera preciso un gabinete de química moral perfectísimo para separar la sustancia buena de la mala. Hay, por último, quien dice la verdad y miente, porque dice lo que es, lo que debe ser, y ama y tiene en su corazón lo que no es, lo que no debe ser; tiene una palabra hacia el bien y un sentimiento hacia el mal, tiene la verdad en los labios y el error moral en el alma. Estos hombres se sirven de la verdad como de una vanguardia exploradora. La verdad es en los labios de estos hombres como un criado de la mentira. El error triunfará por los servicios que la verdad le presta. Este es el caso o tipo del hombre insincero. Dios nos libre de él.

¿Por qué le gustan a usted tanto los ni-

ños? Tantas veces me han hecho esta pregunta, otras tantas me he contestado a mí mismo que los niños me gustan tanto porque me refrescan de las mentiras de los hombres. Es claro que hay chiquillos insinceros; pero, en honor de la verdad, son muy pocos, y si escojemos como sujetos de observación a los comprendidos entre los cinco y los siete años, será una verdadera rareza que encontremos el tipo de insinceridad a que me he referido anteriormente.

—*¿De qué está mala tu madre?*

—*De una paliza que le dió mi padre.*

Este chiquillo no pagaría ni un céntimo por ocultación.

—*¿Por qué vienes tan tarde?*

—*Dor Manué, vengo tarde porque como mi padre se emborracha por las mañanas, tengo yo que di a la plaza...*

Cuando estos dos chiquillos tengan veinte años ya no hablarán de palizas ni de borracheras. Y cuenta que en estos casos la ocultación de la verdad es casi de derecho natural. En otras materias que no les afectan tanto, la verdad sale redonda, tersa, sin con-

sideraciones ni defectos, distingos ni sordinas.

Podrá el chiquillo variar la verdad por una gran presión que le hagáis, por un gran estímulo que contra la misma le presentéis; pero suelto, libre, se moverá en su mundo moral con una orientación indeclinable: la verdad.

Si fueran como los niños nuestros jueces, nuestros políticos, nuestros periodistas...; si nuestros comerciantes, filósofos, artistas y damas fueran así, ¡qué envidia tendrían de España, desde los inmortales retiros de sus historias, Esparta la austera y aquella república romana, asiento de todas las virtudes de la ciudadanía!

Castigo mucho la insinceridad, y premio colmadamente los rasgos de los niños que revelan la santa y fuerte virtud por la que se salvan los pueblos. Mis alumnos lo saben muy bien: hay que ser sinceros para ser honrados; hay que ser honrados para agrandar el corazón y engrandecer la patria. Una de las cosas que más me encantan en la escuela es, cuando explico y me equivoco, ver cómo un rapaz de nueve años que me quiere y me res-

peta hasta lo indecible, muy serio, muy formal y sin afectación de ningún género, me dice tranquilamente:

—*Dor Manué, eso no puede ser, usté se ha equivocao.*

Y yo, sin darle importancia exteriormente, para no romper el dulce encanto de la vida sencilla de la verdad, siento en el fondo de mi alma el repique de unas campanitas mañaneras que vocean triunfalmente las victorias de la sencillez de la vida sin doblez ni engaño.

CAPITULO XXXII

EL TRIUNFO DE LAS CARABELAS

(Premio Cávia, 1927.)

Para cuando los niños sean mayorcitos.

En el amanecer luminoso de aquel 12 de octubre la *Santamaría* de Colón, la *Pinta* de Martín Alonso y la *Niña* de Vicente Yáñez han tocado con sus proas la tierra del Nuevo Mundo.

La mañana tropical del golfo sonríe en las aguas azules, en la limpieza del cielo y en la alegría de la selva virgen. España acaba de romper la barrera infranqueable que habían construído el miedo y la ignorancia, aprovechándose de la inmensidad del mar. Esa felicidad que sonríe en el seno de la mañana augusta es un obsequio de la naturaleza a los tres barcos triunfadores, que son los

tres maestros más grandes de la Geografía Universal.

El espíritu creador de la patria española contrae en ese momento nupcias con América la cobriza, la inocente, la bella. El sacerdote de ese matrimonio es Dios y son testigos el cielo, el sol, el mar, y aquellos marineros españoles que desde la democracia de sus vidas han escalado la cumbre más alta del honor. La Historia estaba celosa de la Poesía, y con un puñado de hombres de carne y hueso escribió un poema más grande y más luminoso que todas las invenciones de la leyenda.

Luego viene Cortés y quema en la candela de sus naves una resina olorosa y nueva, que es el incienso de la patria al inmolarse voluntariamente ante el altar de América. Viene Pizarro, que no sabe leer y civiliza un mundo, crea un imperio más grande que Europa y en la noche ecuatorial ha visto aquella Cruz del Sur, cielo novísimo descubierto por él, cruz de brillantes que relampaguean misteriosos como espléndida joya sideral que era el regalo que Dios hacía en las bodas de España con América.

Y vienen Ponce de León, Balboa, Grijalba, Solís, Ocampo, Alvar Núñez y mil más, legionarios del heroísmo y patriarcas de la civilización. Por todos ellos la patria del solar castellano, del poema del Cid y del Romancero; la que supo romper en la frente de almoravides, almohades, y benimerinos la soberbia de las dominaciones con el martillo de la austeridad; la España de los fueros de los municipios y de las iluminaciones teológicas, trabaja en la alfarería creadora de mundos y al dilatar meridianos y paralelos surge el planeta definitivamente perfecto, según las leyes de la geografía de Dios.

Ahora, lo mismo que el 3 de agosto, mis discípulos recogen esta emoción que va llenando sus almas y perfumando sus ideas. Es el salmo de la patria que debe semitonarse con todos los colores y dulzuras del amor.

Les digo: Para que el amor de la patria sea perfecto ha de tener alas en su misticismo y herramientas en su acción. Amor que no sabe volar no es amor, y, por otra parte, amor patrio que no tiene una palabra, un libro, un arado, un martillo y un cansancio de

labores generosas es un sustantivo sin sustancia.

Aquellos españoles de la epopeya tenían alas y tenían instrumentos, eran místicos y trabajadores; vivían iluminados de ideales y tenían los pies perfectamente puestos en la realidad de la vida.

Este día es un grande orgullo de la Historia y debe traer para la juventud de España y de América el serio propósito de volar por el mundo de las ideas llevando bajo las alas el instrumental práctico de la civilización. Pero es preciso, para volar por fuera, volar primero dentro de nosotros mismos, en la meditación de nuestro propio destino, porque no hay uno solo de los jóvenes hispano-americanos que no tenga un 12 de octubre a que llegar en su vida; un posible 12 de octubre que sea la revelación completa de su personalidad. A este momento glorioso no puede llegarse si no copiamos de la Rábida, que es la cátedra más fuerte del genio español, la sencillez franciscana, la entereza maravillosa del carácter y generosidad que sale limpia de todos los juicios históricos; si no nos embarcamos en las tres carabelas

de nuestra memoria, entendimiento y voluntad y nos lanzamos al mar de la vida por vencer las tempestades atlánticas y las de los hombres, y si no estamos vigilantes para ver en la aurora del día milagroso la América que todos llevamos por descubrir en nuestra alma.

CAPITULO XXXIII

LA INMACULADA Y EL NIÑO

La Inmaculada.

Está en Lourdes, blanca como el sol y azul como la eternidad del cielo. Tiene un rosario en las manos.

Me decía un chiquillo de la escuela del Amo:

—*Dor Manué... ¿Rosario qué es, di usté?*

—*¿Rosario? Manojo de rosas.*

—*Usté está de broma, Dor Manué.*

—*Nada de broma. Mira, tú vas por la calle y oyes las cosas bonitas que un muchacho le dice a una muchacha. ¿Cómo se llama eso?*

—*¿Eso?... Eso se yama un piropo...*

—*Exacto... y se llama también una flor..., ¿no es verdad?*

—*Sí señó.*

—Y ¿cuál es la flor más bonita que tú conoces en todos los jardines?

—La fló más bonita, que a mí me gusta má, es la rosa...

—Pues bien, el Avemaría es una rosa que le trajo del Cielo a la Virgen el ángel de la Anunciación, y como en el rosario hay muchas Avemarías, y cada una es una rosa, todas juntas hacen un manojo de rosas..., un rosario.

El chiquillo se ríe y dibuja en el cristal de sus ojos esa luz que se enciende en los corazones inocentes, cuando llega a ellos la verdad sencilla de Dios.

En los ojos de la criatura, en la materia de la conversación y en rosario de la Virgen flotan las esencias de la Pureza Inmaculada de María.

El Niño.

Los niños enamorados de Dios lo piensan en la Eucaristía, como si allí, en la blanca forma de las eternas humildades, estuviera Jesús dormido en la cuna mientras la Inmaculada le calienta con sus besos. El Niño Je-

sús se acostó con un poquito de necesidad... el frío... el hambre...

La Virgen Milagrosa le vela el sueño, y el Patriarca carpintero se quita el manto, donde debían bordar sus insignias todas las democracias de la tierra, y con él abriga al Niño, que dormido sueña con una Cruz...

Niño, cruz, pobreza, inocencia... ¡Qué penetrante olor a Eucaristía!

Otro niño pálido, también inocente y pobre, quiere comulgar al Niño de Belén. Le quiere pedir cosas muy santas, cosas muy grandes, de la humanidad dolorida. Le quiere pedir a su amigo, a su hermano Jesús, que cure a su papaíto enfermo...

El niño pálido se acerca a comulgar al Niño Dios, y cuando viene del comulgatorio trae la cara encendida como una amapola. Debe ser del calor de las brasas de Cristo; o que los ángeles que rodean al Sagrario, al ver a la criatura humana tan pobre, tan niño y tan tocada su alma de prematuros dolores, se han hartado de darle besos y le han puesto la cara encendida...

El Niño de Belén es el amigo del niño de la vida. Es la eterna amistad que hizo su nido en el Evangelio, y echó sus polluelos al mundo para que, cuando les crecieran las alas, volaran a Dios.

CAPITULO XXXIV

EVANGELIO

En la iglesia del Colegio, después de oir la Santa Misa, hablo a los niños, con permiso de Don Carlitos, que allí tiene jurisdición exclusiva, y les digo cuatro cosas relativas al santo sacrificio incruento.

Porque la cuestión es que los chiquillos están callados, están quietos, están bien, pero están distraídos. Se distraen porque no tienen el sentido de la misa. Sobre todo, los chiquitines... ¡Qué monos, que ricos, qué bien, qué ordenaditos están!; pero...

Y la cosa es que yo quiero que amen la misa, no como un santo deber, sino como un gusto delicado y exquisito.

Me dirijo a un chiquillo rubio, chatungo, de unos ocho años, que está recién venido de una escuela laica, y que no sabe, por consiguiente, ni una sola palabra de religión.

—Vamos a ver, ¿tú sabes lo que es el Evangelio?

—Evangelio, no señó...

Los chiquillos se echan e reir.

—¿Que no sabes lo que es el Evangelio?

—No señó; digo, sí señó... El Evangelio tiene que ser una cosa que es mu verdad, porque mi padre dice siempre: esto es tan verdá como el Evangelio.

—Exacto que el Evangelio es la verdad; pero tu padre se equivoca al decir que hay alguna cosa tan verdad como el Evangelio, porque tan verdad como el Evangelio no hay nada en el mundo.

Los chiquillos miran embobados al chatungo y a mí. Yo sigo:

—¿Cuánto es 3 por 3?

—Nueve...

—¿Eso es verdad?

—Sí señó.

—Pues mira, todavía más verdad que eso es el Evangelio, porque el Evangelio es la historia de Jesucristo hecha por los discípulos, que contaron lo que vieron y oyeron de Jesús: su doctrina, su vida, sus milagros, su pasión, su muerte, su resurrección y su Igle-

sia, y esas son verdades más anchas, más profundas y más fundamentales que multiplicar y dividir.

¿Tú no sabes cómo se llaman los historiadores de todo eso? ¿No lo sabes? Pues óyelo. Se llaman San Juan, San Mateo, San Marcos y San Lucas, esto es, los Evangelistas.

¿Te enteras, chiquillo?

—Sí señó...

—Entonces, vamos a ver: ¿qué es el Evangelio?

—Espere usted: el Egangelio es... San... San...

Los chiquillos, muertos de risa, ven regocijados el lío que se arma el pequeño exlaico.

—No, hombre; lo de tu padre...

—¡Ah, sí señores: el Evangelio es muchísima verdad.

—¿Y quién cuenta esa verdad, hombre?

—La cuenta... ¿quién la va a contá? La cuenta usté...

—Mira, mira, chiquillo; tú no piensas...

—Si yo lo zé, Dor Manué; es que no ma cuerdo de los nombres...

Y entonces, a excitación mía, el Colegio en masa semitona:

—*San Juan... San Mateo... San Marcos y San Lucas...*

Yo siento una singular satisfacción con que los niños pobres de nuestras Escuelas proclamen a una voz, y solemnemente, los nombres augustos de los santos cronistas de nuestra Redención. ¡Qué gratitud tan inmensa la debemos a los modestos gloriosísimos testigos de la verdad santa del Evangelio!

Luego, después de este incidente del chatungo, le cuento a los niños cómo la Iglesia ha querido que todos los días se lea un pedacito del Evangelio en la Misa...

—*Y por qué se persina uno en el Evangelio, di usté, Dor Manué?*

—*Hombre, pues la cosa es muy sencilla. Mira: cuando se está diciendo la Misa, está la iglesia llena hasta los topes de ángeles, y la puerta de la iglesia y los alrededores llenos de demonios. Cuando llega la hora del Evangelio, como es una verdad tan grandísima lo que se va a decir, los ángeles tienen un gran empeño en que todo el mundo esté con devoción, y los demonios, rechinando y ha-*

ciendo ruido en la calle y distrayendo a las personas para que no estén devotas. La Iglesia, al ver esta lucha, ha dicho: PUES QUE TODO EL MUNDO SE PERSIGNE... *Mirad, fijarse bien*: POR LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ, DE NUESTROS ENEMIGOS LÍBRANOS, SEÑOR... *Y como el enemigo grande es el demonio, pues quiere la Iglesia que hagamos cruces sobre nuestra frente, sobre nuestra boca y sobre nuestro pecho, para que los enemigos se vayan al cuerno mientras se dice el Evangelio... Nombrarle al diablo el Evangelio es como nombrarle a los ladrones la Guardia civil...*

—*Vamos a ver*—le digo a un pequeñito de nueve años, morenillo, con los ojos como dos pimientas, llenos de una viveza singular—, *¿tú ves los ángeles que llenan la iglesia en la Misa?*

—*No señó, no los veo.*

—*¿Pero tú crees que los ángeles del cielo vienn a oir la Misa?*

—*Sí señó.*

—*¿Y por qué lo crees?*

—*Porque lo dice usté.*

—*¿Nada más?*

—Porque lo dice usté y porque eso tiene que ser verdá.

—Pues es verdad, hijo mío. Con esta carne pecadora de nuestros ojos no lo vemos ahora...; pero más tarde, cuando soltemos este peso y vayamos a Dios, verás tú cómo vamos a venir muchas veces, como ángeles, a oir la Misa de los templos de la tierra, porque la Misa es lo más grande que se la ha ocurrido a la Iglesia y a su Esposo Jesús. La Misa es Cristo vivo, Pasión y Muerte de Cristo, Oración y Limpieza de las almas y Comunión divina de la idea...

XXXV

DE DIOS

He querido concluir con este capítulo y el DE JESUCRISTO, para gozar la satisfacción de expresar las relaciones de los niños con la divinidad.

Que vengan esos caballeros que salen ahora con la matraca anticristiana de que al niño no se le hable de Dios en la escuela, para que vean el absurdo sectario en que se mueven, no sólo por las incontestables razones que alegamos en *Cada maestrito...*, sino por las que aquí se aducen copiadas de un libro admirable en el que leemos siempre y en donde está la verdad de estas materias: el alma de los niños.

Los niños, como están menos trabajados que los hombres por la soberbia, están más cerca de Dios.

Casi todos los casos de ateos que yo conozco son, más bien que adeptos del ateísmo, discípulos de la rebeldía.

La rebeldía nace siempre de la soberbia; ella le da vida y ella la alimenta; el *non serviam* famoso es la fórmula universal, así en el cielo, cuando los ángeles la pronunciaron, como en la tierra, donde quiera que hay una pasión fuera de cauce.

¿Yo ponerme delante de un cura?
¿Yo arrodillarme?
¿Yo quitarme el sombrero?
¿Yo contarle los secretos a un clérigo?
¿Yo hacer lo que hacen las beatas?
Yo, yo, yo... *¡Siempre lo mismo!*

El *yo*, afirmación de la personalidad, nobilísimo pronombre substancial de la dignidad humana, se congestiona a veces, se inflama, se convierte en *yoísmo*, se hincha más todavía, y concluye negando a Dios, no por nada, sino porque, si no lo quita de en medio, ¿cómo va a proclamarse a sí mismo, Dios...?

Conozco otros ateos de efecto teatral. Un orador de mitin pronuncia un *imponente* discurso contra la Teología cristiana. *Dios*

no existe: es una invención de los curas. Odio profundamente todo eso... Guerra a Dios. La idea de Dios es una superstición que tiene a la Humanidad sumida en la barbarie...

Todos estos piropos al sentido religioso humano eran lanzados por aquella *fiera* con tanto calor, elocuencia, vida y entusiasmo, que los gritos siguieron a las ovaciones, y la sierpe del tumulto ondeó su cabeza.

Como es natural y frecuente en estos casos, sobrevino la bofetada, luego el palo, sonó un tiro, y aquello fué el delirio... No sé cuántos contusos. ¡Cosa rara: entre ellos estaba el orador!

En la Casa de Socorro, al desnudar a la *víctima* para curarle la caricia de los *intelectuales,* encontró el practicante que sobre el pecho del aporreado verbo del ateísmo había un escapulario...

El soberbio, el cómico político... ¿Queda algún ateo? Sí: queda el necio señoritín, o el no menos necio estudiantillo que dice que tiene dentro de sí un ateneísta, y que niegan a Dios por la sola reclamación de su ciencia

cosmopolita, que navega con las velas desplegadas por el amplio golfo de lo *cursi*...

Resumen: el *cursi* no es ateo ni nada; el *político* tiene un escapulario, y el *soberbio* no es que niegue a Dios en realidad: es que Dios le estorba y le hace la competencia. Total de ateos, cero: nadie.

Luego sin argucias, ni habilidades, ni profundas filosofías, reconozcamos que la Humanidad entera, como tiene ojos para ver y piernas para andar, y lengua para comunicarse con sus semejantes, tiene la idea natural de Dios.

Anda ya, chiquillo, ¿qué estás hablando de Dios? Eso no son más que tonterías.

Pero, padre; entonces, ¿quién ha hecho el mar, y los árboles, y el campo, y los animales... y el cielo...?

¡Nadie, solo, solo se ha hecho tó eso...?

El niño mira a su padre con una sonrisa que quiere decir que su padre se está divirtiendo con él... Porque el niño supone siempre que su padre es sabio, y a la criatura de referencia no le cabe en la cabeza el disparate que está diciendo el suyo, y el po-

bre interpreta lo mejor: cree que su padre bromea.

No hay niño tan *soberbio* que se atreva a competir con Dios, ni tan *vivo* que lo niegue por pura conveniencia política, ni tan *cursi* que lo niegue por pedantería insubstancial.

La Humanidad vota entera contra los señores ateos, y los niños lo hacen radicalmente, sin excepción, con voto categórico y terminante.

Coged a un niño, criadlo en una atmósfera glacial, esto es, sin Dios, y no decidle una sola palabra en pro ni en contra. Que no oiga nombrar a Dios ni para bueno ni para malo, y cuando empiece a desarrollarse su razón natural, ponedlo en medio de la naturaleza y preguntadle que quién ha hecho aquéllo que le rodea, y tened la seguridad que os dará la definición primitiva de Dios.

El ateísmo en el niño no existe. Si presentáis un ejemplar será de *cultivo,* nunca de generación espontánea.

Si no temiera desdecir mi propósito de alejar de estos libros la erudición en cuanto

sea posible, os contaría cosas que todos los pueblos y todos los sabios han dicho de Dios; pero, si vosotros sabéis todo eso, y lo sabéis más bien que yo, omito nombres y omito párrafos elocuentes de todos los pensadores de la Humanidad.

Importa sólo sentar, para los efectos de la supresión de Dios en las escuelas, único hecho contra el que nos ocupamos ahora, que la raza humana, universalmente, cree en Dios.

Importa también declarar que si el hombre cree en Dios, por propia inspiración natural, aparte multitud de razones que en filosofía y teología abonan esta creencia; si cree en Dios, repetimos, tiene que ligarse a Él de algún modo, y ha por fuerza de considerarlo como norma inapelable a la que ha de ajustar su vida presente y futura; su destino de la tierra y su destino de más allá del sepulcro.

Y yo pregunto: ¿Tiene más importancia, para los efectos de la enseñanza en la escuela, el teorema de Pitágoras, la tabla de dividir, la historia de España, o la de los Iberos, la forma de la letra, o las áreas de

los triángulos, que Dios, Fuente de la vida, Creador, según la Humanidad lo piensa, Justicia, según todas las religiones lo proclaman, Sabiduría, según todos los hombres lo adoran, y Belleza, según todos los corazones lo sienten?

¿Por qué, por qué quieren esos pobres equivocados el desahucio de Dios en las escuelas?

La razón no es más que ésta: *Para que se lo quiten de en medio.* Ni más ni menos que la famosa *competencia* de que hemos hablado antes. Como la conciencia no puede suprimirse, y Dios se refleja en ella como en el mejor cristal, quieren quitarse al Eterno Testigo, voceando contra Él, ya que aquel espejo no puede romperse sin romperse la vida.

Hay un ave en las llanuras africanas que, cuando se ve perdida en manos del cazador, cree que desaparecen para ella los peligros si oculta su cabeza debajo del ala para no ver al enemigo.

La soberbia cree que metiendo la cabeza debajo del ala de la negación está libre de Dios.

Luzbel, padre inmortal de los soberbios, cuando rechina el máximum contra Dios, y no sabe cómo escupir blasfemias al que le tiene amarrado en la eternidad del dolor, lanza la carcajada que conmueve al mundo de la rebeldía, y niega a quien le castiga: niega a Dios.

Vamos a oír tu opinión, niñito:

¿Qué quieres tú ser?

Ser bueno.

¿Por qué?

Pues porque, si soy bueno, soy de Dios, y si soy malo, del Demonio.

¿Pero tú no has oído decir a algunos hombres que no hay Dios?

Eso no es ná más que ganas de hablá, don Manuel; demasiao saben ellos que eso no es verdad... ...

Hijo mío: ¿Dirá alguna vez alguien eso mismo de ti?

No, señó, porque era meneste está loco, y, si me vuelvo loco, que no me echen cuenta...

Y me he quedado después pensando que un niño, ignorante y humilde, sabe más que un hombre, sabio, soberbio. Que la humil-

dad es la piedra angular de la vida y que la soberbia es el cimiento de la muerte del alma y del reino obscuro del mal, y, en última consecuencia, he venido a parar a aquella mi primera afirmación de que los niños no eran nunca ateos naturalmente, porque no estaban tan tocados de la soberbia como los hombres.

Y también he podido concluir que no hay derecho para dejar de enseñar a los niños el concepto de Dios, porque la Humanidad entera cree que no hay nada más importante que pueda ser objeto del conocimiento...

XXXVI

DE JESUCRISTO

Si callan las pasiones y enmudece la soberbia, y la carne se pone sus frenos racionales, y la vanidad se disipa en el viento, porque ella no es más que aire, y guardan compostura los hombres del talento, de la sangre y del dinero, podremos escuchar la voz llena de perfumes divinos, que viene de las palabras evangélicas.

Proclama el Evangelio que ha venido Jesús, y le nombra con nombres peregrinos. El Maestro se llama a sí mismo Camino, Verdad, Resurrección y Vida. El Maestro es Pan, Vino, Hostia, Sacrificio, Amor y Sagrado Corazón...

No ha venido más que a levantar a los humildes y a deprimir a los soberbios, y su misión concluye por establecer el reino

de Dios sobre los corazones de los hombres buenos.

Ved aquel niño de nueve años que ha venido tempranito a la iglesia para comulgar. No sé qué luz de oro anda en su frente, no sé qué honrada limpieza anda en la modestia de su vestido.

Acaba de comulgar y tiene las alas ocultas debajo de la blusita. Está recogido en la presencia de su Jesús Niño, que le roza con sedosos divinos contactos en el pecho. También le roza en los ojos. ¿Dónde está el Angel de la Guarda para que en lacrimatorio áureo de los talleres del cielo recoja esa lágrima de nueve años...?

Hombres que no creéis, hombres mundanos, venid a ver en los ojos de un niño una perla del mar de la pureza, en la que hace un oriente de divinas auroras un destello del Sol de la Hostia; porque el niño está en el Sagrario y el Sagrario está abierto... Venid los que no creéis, hermanos míos, y si el espectáculo sencillo de la Inocencia Infinita, haciendolo llorar de amor a la Inocencia Humana, no os mueve, o admira, cuando

menos, declaraos incurables, más incurables que el cáncer, la tisis y la locura.

¡Quitarle a estos niños su Jesús! ¿Qué le vais a dar en cambio? El misterio impenetrable..., el no saber de dónde venimos, por dónde marchamos, a qué llegaremos...; la niebla de la duda..., la obscuridad sin guía... ¿Qué es ésto? ¿Estáis en vuestros juicios, hermanos...?

Decid, decid qué les vais a dar a mis niños en cambio de Jesús, que yo soy maestro de los míos, y los quiero con toda mi alma, y no voy a entregar sus corazones al primer advenedizo que me salga al camino...

¿Quién llora?

Un niño que acaba de comulgar.

¿Por quién llora?

Por Cristo; mejor dicho, llora de... Cristo.

¿Cuánto tiempo hace que Cristo murió?

Veinte siglos, dos mil años...

¡Dos mil años, veinte siglos con el estandarte clavado en el hervidero de todas las civilizaciones. Veinte siglos de persecucio-

nes y de batalla...! Mahoma hubiera durado en Europa un año; Buda, un mes.

Pero, ¿la civilización no lo gasta todo, no lo consume todo, no echa al horno de su eterno *más y más,* todo lo que es, todo lo que brilla, todo lo que aparece, sin que obste ninguna clase de grandeza, para ser arrojada a la consunción devoradora de su olvido?

¿Se escapa alguien? ¡Que hable ese que escapa a la lima irresistible de los siglos europeos...! ¿Quién es...?

Un cualquiera, muere a las tres de la tarde hace dos mil años... Ahora, en nuestros días, miles de hombres y mujeres curan leprosos, cuidan enfermos, lavan todas las llagas del muladar humano, ofrecen sus cuerpos, sus almas, sus intereses y sus vidas por ese cualquiera... ¿Qué es ésto?

A un padre se llora, a un abuelo se siente, a un bisabuelo se recuerda. ¡Ah, de los que están más allá ya no se acuerda nadie...! ¿No es verdad que es así la consistencia del afecto humano?

Entonces, ¿qué tiene este Jesús que hace llorar de amor a un niño europeo, flor cria-

da en el solar de todas las discusiones, veinte siglos después de haber muerto en la cruz como un bandido?

¿Es esto humano, corriente...? ¿No os hace pensar...? ¿No observáis nada extraordinario...? ¿Tan dura es vuestra frente que no sentís en ella el aletazo del misterio...? ¡Hermanos, a meditar...!

¿Qué fuerza de penetración al través de los siglos tiene este Jesús, que se apodera del alma de Pedro y de Pablo al empezar la Era, se enseñorea del espíritu de Francisco de Asís en la Edad Media, manda en el corazón de Dom Bosco y en el del cura de Ars en pleno siglo XIX, inspira calenturas de amor, que exceden a la medida de los termómetros del hombre, a los mártires de ahora, y tiene ya preparados incendios de gloria para los amadores futuros?

¡Ah, Jesús mío! Si yo no tuviera más prueba de tu divinidad que la lágrima del niño, con ella me salvaría, con ella conquistaría el cielo, por ella sería apóstol de tu doctrina, y con ella, finalmente, regaría para siempre el huerto seco de mi corazón.

Por eso yo tengo que concluir este capí-

tulo y este libro dándole las gracias a mis niños pobres, porque ellos me han enseñado, llorando ante Jesús, la prueba experimental más fuerte de que Cristo es Dios.

Por eso también les digo que adoren a su Jesús hasta las lágrimas y el sacrificio. En el sacrificio de mis niños pueden ser holocausto sus pies descalzos, sus ropitas rotas, sus noches interminables de frío, sus hambres, sus desconsuelos, los golpes injustos que reciben, los desprecios que les rodean y el abandono en que les tiene el mundo. Si ellos forman con todo eso una pequeña corona de espinas y la muestran al Sacrificado de la Cruz, sobre el mundo se derramarán océanos de gracia y de luz, y la raza se ennoblecerá hasta lo sublime, porque Cristo Jesús ama infinitamente las coronas de espinas, símbolos de la virtud perseguida y de la inocencia martirizada.

INDICE

	Páginas
DEDICATORIA	5
I.—Vamos a cuentas	7
II—El mundo de los niños	11
III.—¿Qué es un niño?	15
IV.—Cosas de ángeles	21
V.—Cosas de demonios	37
VI.—La calle y los padres	47
VII.—La libertad y los niños	55
VIII.—La propiedad y los niños	63
IX.—Las bellas artes y los niños	73
X.—La Escuela. El Maestro	87
XI.—Los juegos	95
XII.—Los domingos y las vacaciones	103
XIII.—La rabona	113
XIV.—Los disgustos	121
XV.—¡Ya yo fumo...!	129
XVI.—El vino y la taberna	141
XVII.—La navaja y el valor	153
XVIII.—Los niños toreros	163
XIX.—Los niños ingratos y los agradecidos	173
XX.—La blasfemia	183
XXI.—El Rey y los Niños	195
XXII.—Comunión	203

Páginas

XXIII.—Cosas interesantes..... 209
XXIV.—Fútbol..... 217
XXV.—Miserias..... 223
XXVI.—Aguinaldos..... 229
XXVII.—La sencillez bendita..... 235
XXVIII.—Manos quietas..... 241
XXIX.—Caridad nueva..... 247
XXX.—Los dos Luises..... 253
XXXI.—Sinceridad..... 257
XXXII.—El triunfo de las carabelas..... 263
XXXIII.—La Inmaculada y el Niño..... 269
XXXIV.—Evangelio..... 273
XXXV.—De Dios..... 279
XXXVI.—De Jesucristo..... 289

B

M. SIUROT

COSAS DE NIÑOS

19828